El Hogar



A ORILLAS DEL ATLÁNTICO

Por Juan Peláez

Obleas rellenas de crema

para tomar con helados o refrescos

Galletitas Opera: la golosina del gran mundo, la preferida de damas y caballeros en toda reunión social. Con helados, refrescos, y otras bebidas de verano, es irresistiblemente deliciosa.

Las Galletitas Opera de Bágley son mucho más delicadas que las pastas de hojaldre y tan finas como merengues. Contienen un suave relleno de exquisita crema hábilmente preparada en gustos diferentes.

El sólo hecho de saber que son elaboradas por Bágley, es para usted una garantía no sólo de su bondad y calidad, sino también de su frescura. Sírvalas en la primera oportunidad. Será una verdadera nota de distinción.

En venta en todas las despensas y almacenes

GALLETITAS

OPERA

obleas con crema

BÁGLEY



SUBSCRIPCIONES
EN LA CAPITAL

Año...........	$ 9.— %
Semestre......	» 5.— »
Trimestre.....	» 2.50 »
Núm. suelto...	» 0.20 »
» atrasado.	» 0.40 »

EN EL INTERIOR

Año...........	$ 13.60 %
Semestre.....	» 7.— »
Trimestre....	» 4.— »
Núm. suelto..	» 0.30 »
» atrasado	» 0.60 »

EN EL EXTERIOR

Año.........	$ 10.— oro
Semestre....	» 6.— »
Trimestre...	» 4.— »

Para evitar interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora. El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta Administración en giros postales, cheques, órdenes contra casas de comercio establecidas en ésta, o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

El Hogar

ILUSTRACIÓN SEMANAL ARGENTINA

APARECE TODOS LOS VIERNES



Dirección, Redacción y Administración RÍO DE JANEIRO, 262

FUNDADA EN 1904 POR ALBERTO M. HAYNES

U. Telef., 63, Almagro, 1120 y 1121 — Dirección telegráfica: "Senyah"

OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUBSCRIPCIONES
A. DE MAYO 749, 5º p., U. T. 33, Av. 1472

ANUNCIOS EN EL EXTERIOR
Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. — No se acuerdan representaciones exclusivas. — La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

AGENTES PARA LA VENTA EN EL EXTERIOR
URUGUAY. — A. S. ADAMI
Plaza Independencia, 727, Montevideo
ESTADOS UNIDOS. — S. S. KOPPE Y CO. INC.
Times Building. New York
PARAGUAY. — SANTIAGO PUIGBONET
Palma, 78. Casilla Correo 581. Asunción

Año XXII — *Buenos Aires, Febrero 5 de 1926* — Núm. 851

Notas y Comentarios de Actualidad

La Repercusión Mundial del Vuelo de Franco

El vuelo de Franco ha tenido una repercusión mundial mucho mayor que otros grandes vuelos. Pocos se han limitado a considerarlo exclusivamente como una empresa de aviación. Muchos han visto en él, ante todo, una sacudida de la conciencia hispanoamericana.

Los grandes estadistas de fines del siglo pasado y comienzos del presente solieron vivir preocupados con la idea del despertar de la conciencia china. Sin embargo, no era el viejo imperio amarillo lo único que dormía en el mundo: también dormía España, también dormían los países hispanoamericanos. ¿Acaso ellos no podían despertar también, y acaso su despertar no tendría mayor importancia que el despertar amarillo? La raza blanca, obsesionada con el peligro amarillo, se olvidaba de sus propias reservas. Quizá el vuelo de Franco sirva para recordárselas.

El despertar hispanoamericano sería el acontecimiento más importante de este siglo, y modificaría completamente las ideas de Europa acerca de la situación y el porvenir de la raza blanca. Ella comprendería entonces que ahora el Mar Mediterráneo de la civilización occidental es el Océano Atlántico.

El "Factor Suerte" y la Aviación

Los comentarios argentinos sobre el vuelo de Franco vuelven a demostrar que ningún pueblo del mundo concede tanto valor como nosotros al "factor suerte". "¿Qué opina usted del vuelo de Franco?" "Salvo el factor suerte, es un éxito seguro." Todos los diarios, en sus artículos, en sus crónicas, en sus reportajes sobre el vuelo de Franco, han puesto de relieve la influencia decisiva del factor suerte en el éxito de cualquier empresa. Somos lo contrario de los pueblos que, como el alemán, tienen una fe ciega en la previsión humana. Nosotros sostenemos que después de haberlo previsto todo, falta todavía ver lo que dice el factor suerte. Si hemos de atenernos a los muchos refranes españoles que encarecen la importancia de la suerte, también eso lo hemos heredado de la madre patria. Pero no es de desdeñarse lo que la herencia ha crecido en nuestras manos. Para nosotros la suerte es un factor que debe entrar en pro o en contra en todos los cálculos. Los alemanes, que son industriales y cuyos negocios dependen de la organización, pueden creer en la previsión; nosotros, que somos agricultores y que dependemos de lo que resulte, sabemos que no hay cosecha sin factor suerte.

Reivindicaciones Parlamentarias

Apuntes de la sesión de diputados de la semana pasada, en que radicales y socialistas se trabaron en palabras:

Señor Bard. — Es una farsa.

Señor de Tomaso. — El sector socialista sabe lo que hace y no necesita consejos del señor diputado.

Señor Oddone. — No lo vamos a dejar hablar al diputado por Corrientes.

Señor Bard. — ¡Que se callen los charlatanes!

Señor Saccone. — Hago moción de que con la policía se saque del recinto a los socialistas. ¡Es una vergüenza!

Señor Bard. — ¡Es una farsa todo esto!

Señor Pena. — ¡El presidente no cumple con su deber!

Señor Presidente. — Sabe el presidente que tiene que ser pararrayo.

Este extracto de una sesión tumultuosa destruye por sí solo las leyendas relativas a la degeneración del lenguaje parlamentario. Las palabras más fuertes han sido dos: farsa y charlatanes. En cualquier incidente callejero, sobre todo cuando interviene el gremio de conductores de vehículos, se escuchan cosas mucho peores. No complacemos en dejar constancia de la semisuperioridad del lenguaje parlamentario.

¿Cuánto Debemos los Criollos?

Asombra el crédito que tenemos los criollos. Siempre se descubre que debemos más de lo que nos figurábamos. Según el diputado Peña (M.), nuestro crédito es muy superior a lo que por modestia quiere confesar el ministro de Hacienda. Según un estado enviado al Congreso en julio de 1925, la deuda flotante era de setecientos sesenta millones; según las planillas pasadas por la Contaduría de la Nación a la Comisión de Presupuesto, en lugar de setecientos sesenta millones eran ochocientos cincuenta; y la deuda con el Banco de la Nación, que según aquel estado era de veinte millones, según las planillas era de veintiocho. Una diferencia de cien millones, "más o menos", como decimos los criollos. Otrosí: durante el período 1923-25, la deuda consolidada pasó de mil trescientos millones, más o menos, a mil setecientos cincuenta millones, más o menos; de modo que, según el diputado Peña, mientras la deuda flotante está en los mismos ochocientos cincuenta millones, más o menos, en que estaba hace tres años; la deuda consolidada aumentó en quinientos millones, más o menos. Pero si bien esto demuestra que la deuda total ha aumentado en quinientos millones, más o menos, también es verdad que es la misma de antes, quinientos millones, más o menos.

Emoción...

¿Qué significa el vuelo de Franco para el porvenir de la aviación? ¿Qué importancia tendrá para el establecimiento de las futuras rutas comerciales? He aquí algunas cuestiones que nos tienen absolutamente sin cuidado. En la épica hazaña sólo nos importa la emoción, la angustiadora emoción de la aventura magna... Históricamente, somos los hijos de los conquistadores, hierve en nuestras venas su sangre, hablan nuestras bocas su idioma. Y Franco es la síntesis de las virtudes máximas de los gloriosos abuelos, es el valor redivivo de Pizarro, la tenacidad de Hernán Cortés, el arrojo indomable de Alvar Núñez... ¿Cómo no rendirnos de vibrante emoción ante el intrépido aventurero de hoy, que desde el cielo de nuestra patria viene a conquistar nuestros corazones, a hacernos olvidar con nuevos lazos de amor las viejas cadenas del coloniaje? La emoción, no las palabras, brindamos a los magníficos aviadores españoles que, tal los conquistadores del verso de Machado,

como creyeron, solos, lo increíble,
sucedió: que los límites del sueño
traspasaron, y el mar, y el imposible.

...Y es todo elogio a su valor, pequeño.

Un Intendente Ante el Mar

¡Mar del Plata, balneario rico en sugestiones! Al intendente le bastó ir allá para que se le ocurriese una nueva idea: el abaratamiento del pescado. Este es un cuento viejo, es cierto, sin duda más viejo que el de cualquier otro abaratamiento, pues diz que a diferencia del pan, la carne y hasta la fruta, el pescado nunca fué barato en Buenos Aires. Pero es un cuento viejo que a cualquiera se le ocurre de nuevo, al verse ante las inmensidades marinas presuntivamente pobladas de pesca. No critiquemos, pues, la falta de originalidad del intendente. ¡Aguardemos, más bien, el abaratamiento del pescado! Es decir, sigamos aguardándolo. Y tengamos presente que no sería la primera vez que se realizase un viejo cuento. Cervantes puso insistentemente en ridículo, sobre todo en el capítulo en que Don Quijote monta en Clavileño, la idea de ser llevado en volandas. No habían pasado tres siglos de la muerte de Cervantes, cuando ya la aviación figuraba entre las armas militares. No imitemos a Cervantes, no nos riamos de la idea del intendente. ¡Quién sabe lo que será dentro de trescientos años!

El Encantador Gobierno Nacional

La Cámara "consideró censurable la conducta negligente del ministerio del Interior en lo que se refiere al asunto de la Caja de Ahorro Postal". Pero quizá la Cámara no haya interpretado bien; quizá se trate de un método de gobierno fundado en el clásico principio de "laisser faire", "laisser aller" y ruede-la-bola. Ese asunto de la Caja de Ahorro Postal era un asunto enojoso. Nada más acertado que dejar que el presidente de la Caja se las arreglase con el Congreso. Si éste hallaba mérito a la intervención de la Caja, perfectamente, la intervendría; y si no... ¡no la intervendría! Este sistema de dejar que los demás se las arreglen como puedan y que el país se gobierne solo ha solido ser criticado por los impacientes y por los que tienen fe en la eficacia de la acción gubernativa. Pero, ¡quién sabe cuántos disgustos no le ha economizado al país!..., sin contar los que le ha economizado al gobierno. Comprendemos el afán de tener gobierno que sienten muchos ciudadanos. Nosotros mismos, a veces, nos hemos permitido creer que aquí hace falta un gobierno. Pero los gobiernos que dejan que ruede la bola acaso puedan decir al final de su período: "De todo podrá acusársenos, menos de haber estorbado al progreso del país."

Imposible Plebiscito

Los radicales, defensores de la ley de jubilaciones, y que estaban decididos a votar por el "statu quo", alegaban en favor de su determinación que querían llevar el asunto a consulta del electorado. ¿Cómo se iba a conocer la voluntad del electorado? Sólo que fuese por su pronunciamiento en favor de los radicales o de los socialistas. Pero este pronunciamiento sólo hubiera sido posible en la Capital Federal, pues no es verosímil que en el interior el electorado prefiriese los socialistas a la ley de jubilaciones. Difícilmente hubiera podido la opinión pública declararse más categórica y ampliamente de lo que lo ha hecho respecto de la ley de jubilaciones. La consulta al electorado sería ociosa. Por lo demás, los radicales saben muy bien, quizá demasiado, que el voto del electorado no significa una adhesión total a los partidos. Aun el triunfo de los radicales en la Capital Federal, no tendría por qué significar una adhesión del electorado porteño a la ley de jubilaciones.

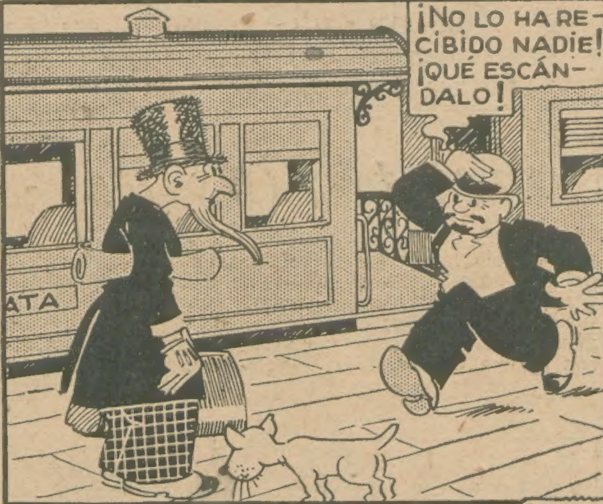
Las Aventuras de don Pancho Talero

Por LANTERI

Mar del Plata. — Hoy llega a ésta, en el tren de las 19, el célebre paleontólogo norteamericano Mr. Gilh And Cuadross.

Viene en busca del Protoserapio, fósil antediluviano con la captura recomendada, quien, según las últimas investigaciones de la Internacional Gruping Service, debe encontrarse en estas playas.













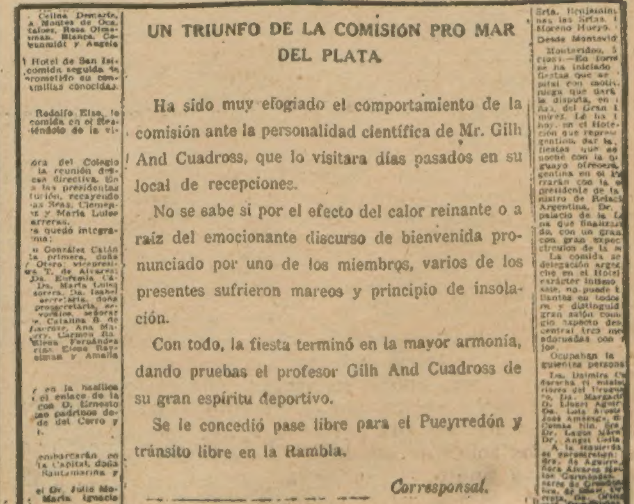












UN TRIUNFO DE LA COMISIÓN PRO MAR DEL PLATA

Ha sido muy elogiado el comportamiento de la comisión ante la personalidad científica de Mr. Gilh And Cuadross, que lo visitara días pasados en su local de recepciones.

No se sabe si por el efecto del calor reinante o a raíz del emocionante discurso de bienvenida pronunciado por uno de los miembros, varios de los presentes sufrieron mareos y principio de insolación.

Con todo, la fiesta terminó en la mayor armonía, dando pruebas el profesor Gilh And Cuadross de su gran espíritu deportivo.

Se le concedió pase libre para el Pueyrredón y tránsito libre en la Rambla.

Corresponsal.



"...En seguida los dos novios se alejaron..."

La casita blanca

Por
JUAN SIGAUX





SITUADA en la margen del río, era aquélla una finca encantadora, en la que parecía dormir, bajo el cielo azul, la casita blanca con los tradicionales postigos verdes. Altos álamos de Italia, de copa siempre temblorosa, correctamente alineados, formaban un lejano marco que extendía por encima de los muros de cerca su débil follaje empolvado por los talleres próximos; y muy junto al edificio, erigido sobre un pedestal de fino casquijo, alzábanse inmóviles unos viejos olmos, agachados como feroces guardianes y que calentaban al sol sus pobres troncos grietados. Un césped salpicado de margaritas y sobre el cual destacaban doradas flores de ranúnculos, descendía desde la escalinata hasta el Sena, en pendiente suave, y se ensanchaba al final en una terraza cuya balaustrada, de ennegrecida piedra y adornada a ambos extremos con sendos jarrones roídos por el musgo, caía sobre el camino de sirga. Al otro lado de la azulada línea del río, extendíanse grandes praderas.

En aquel polvoriento rincón de las afueras de París, era aquello un verdadero oasis, un islote de verdura en el que inútilmente mordía la lepra de los terrenos incultos que lo rodeaban, y que poco a poco habían sido convertidos en talleres o fábricas. Oculta por tres de sus lados, la casita blanca sólo era visible al paseante que se alzaba sobre las puntas de los pies al pasar por la parte exterior de la pared poco alta de la terraza. Desde el Sena, los bateleros o los pasajeros del "Turista", al ver desde lejos su linda fachada, con los postigos entreabiertos, se la mostraban unos a otros con gesto benévolo; algunos, al mirarla, sonreíanse en silencio: eran los enamorados; otros lanzábanle miradas melancólicas, llenas de tristeza.

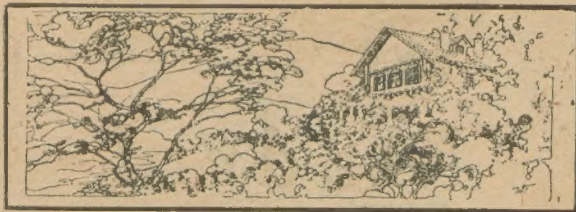
Los habitantes más viejos de la comarca se acordaban de haber visto jugar allí a un niño moreno, de hermosos ojos, llenos de ternura y de inteligencia, y que, apenas salido el sol, iba a hundir sus piernecitas desnudas en la húmeda hierba del césped, mientras su cuerpo minúsculo y encantador se estremecía de gusto, y su rostro vivaracho y despierto se animaba con la expresión del deseo satisfecho.

De pie, en la escalinata, un hombre reposado y vigoroso, a quien no tardaba en reunirse una mujer joven, feliz de poder apoyar sobre aquel hombro robusto su cabeza delicada y pensativa, vigilaba al niño y le dirigía desde lejos cariñosas recomendaciones.

Y de aquella casa que se despertaba, de aquel grupo atento, de aquel niño que jugaba, emanaba una felicidad confiada; todo aquel cuadro apacible, con el paisaje inmóvil que le servía de marco, aparecía como envuelto en una atmósfera de juventud eterna y de serenidad indestructible.

TRANSCURRIERON años; el niño había crecido, y por las alamedas de fina arena que contorneaban el césped, ahora respetado, avanzaba lentamente un muchacho vestido con la blusa de colegial que, ora flotaba agitada por el aire, ora caía en pliegues rígidos sobre su esbelto cuerpo. Unas veces con los brazos a punto de lanzar la pelota, otras con la frente seriamente inclinada sobre algún libro, la vida hervía ya en su pecho, y los ojos, como astros que aparecen en el firmamento, iluminábanse con fulgores misteriosos.

El hombre y la mujer, más gravemente atentos, vigilaban con ternura un tanto inquieta sus juveniles meditaciones o, rechazando todo pensamiento importuno, tomaban parte en sus juegos. En el entretanto, la casita abría de par en par sus ventanas para que por ellas entrase el aire vivificante, y el sol, que ya brillaba con fuerza, desprendíase poco a poco de sus nieblas matinales para ascender majestuosamente en el cielo azul. Ya los pétalos de las flores y el follaje de los sotos no ostentaban las cristalinas gotas del rocío; ondas de calor se difundían sobre todas las cosas, de todas partes surgía un zumbido cada vez más acentuado, y los árboles, vestidos con sus mejores galas, exhalaban perfumes, mientras a sus pies las raíces, trabajadoras obscuras, extraían infatigablemente de la tierra la savia. Apenas comenzaba el día, y ya por encima del creciente murmullo del despertar universal, oíase una especie de clamor confuso que parecía formado de sollozos y de risas, de invocaciones al placer y de estertores de dolor.



Y pasaron más años y ya no eran los más ancianos, sino los demás, nacidos mucho después, quienes recordaban haber visto en aquellas mismas alamedas cuidadosamente conservadas alrededor de aquel césped, más vigoroso y más fresco a cada nueva primavera, a un adolescente moreno, de cuerpo gallardo, pasear sus ensueños. Acompañábale el hombre, entonces apenas más robusto que él y solo, algo encorvado, contemplando todas las cosas con esa mirada vaga que no ve más que una querida imagen desaparecida. Luego, en una mañana de mayo, había surgido una nueva figura, una figura primaveral, una virgen tímida y esbelta que avanzó hacia los dos hombres; y uno de éstos, paternalmente, con una sonrisa algo triste, la besó en la frente, mientras el otro, con ardor contenido, le besaba las manos. En seguida, los dos novios — que no eran otra cosa — se alejaron, del brazo uno de otro, brillantes los ojos, extasiado el semblante, cerrado inexorablemente el pensamiento a todo cuanto en torno suyo se movía; y en tanto que los pájaros revoloteaban alegremente en el soto, que las flores enviaban al cielo sus más dulces perfumes y que las tornasoladas mariposas se perseguían en el césped, el hombre, más solo que nunca, sintió de pronto gravitar sobre sí todo el peso de los años, miró con melancolía cómo la joven pareja desaparecía en el recodo de una alameda, y lentamente, con la cabeza inclinada, regresó a la casita, a la triste casita blanca, que casi no lo reconoció, y se encerró en ella.

DURANTE primaveras y primaveras, veranos y veranos, se les pudo ver a los dos vagar de un lado a otro, alegres o pensativos, en las horas tibias de la mañana, o descansar a la sombra de los viejos olmos en el ardoroso bochorno de la tarde. Y estaban ellos dos solos; el hombre de la mirada triste y del andar súbitamente vacilante no había reaparecido. Poco a poco hacíanse viejos, y cuando se detenían meditabundos delante del césped, en donde parecían verse aún las huellas de aquellas piernecitas desnudas que tan alegremente se habían sumergido, en otro tiempo, en la hierba, una creciente melancolía ensombrecía sus frentes, y de sus pechos se escapaba un suspiro de añoranza. "Las horas huyen — pensaban; — avanza el día y muy pronto nos envolverá la sombra sin que hayamos visto asomarse en el firmamento la estrellita consoladora que da todavía la ilusión de la luz mucho tiempo después de puesto el sol."

EN estos últimos años, las gentes de la comarca se acuerdan de haber visto a un anciano de ojos angustiados, de rostro enflaquecido, regresar solo a aquel nido de niños y de enamorados. Los más viejos, al verle, han pensado en el niño de bucles castaños y hermosos ojos llenos de ternura y de inteligencia que, apenas salido el sol, iba a hundir sus piernecitas desnudas en la húmeda hierba del césped. Otros más jóvenes, al mirarle, han pensado en el adolescente, gallardo y vigoroso, que en una mañana de mayo, mientras todo murmuraba alegrías en el cielo y en la tierra, había besado, con apasionamiento contenido, la mano que le abandonaba una virgen tímida y esbelta. Y todos, en fin, al contemplarle, pensaban en que se volvían viejos ellos también, y su propia tristeza reflejábase en el semblante de aquel desdichado cuya mirada sin brillo, como un pájaro ciego, no sabía dónde posarse.

AYER, yendo por el camino de sirga, también yo quise mirar; y por encima de la balaustrada de piedra ennegrecida y adornada en ambos extremos con sendos jarrones roídos por el musgo, contemplé largo rato aquel lugar. El césped sigue salpicado de margaritas, y sobre él destácanse doradas flores de ranúnculos; los altos álamos de Italia estremécense a lo lejos, y los olmos continúan allí inmóviles, agachados como feroces guardianes calentando al sol sus pobres troncos grietados. La casita blanca duerme silenciosa bajo el cielo azul; los postigos están cerrados. No hay nadie.

Y en la escalinata, que empieza a cuartearse, ha brotado ya una brizna de hierba que ha apartado, sin el menor esfuerzo, dos pesadas losas...

Con Roberto Bracco

Por SAUL TABORDA

(Para "El Hogar")



TRAS un arduo peregrinar por las abigarradas y pintorescas callejas que arrancan de la calle de Toledo y ascienden, intrincándose prodigiosamente, hacia las alturas del Vómero, dimos, por fin, con la casa donde vive Roberto Bracco.

Una estrecha y apenumbrada escalera nos conduce al piso que ocupa el gran dramaturgo. Llamamos. Nadie responde. Tornamos a llamar, esta vez con más energía.

—¿Quién? — inquiere, con tono imperioso, desde adentro, una voz varonil.

—Nosotros..., dos visitantes...

—¿Quiénes? — interroga secamente la voz.

—Dos extranjeros que deseamos saludar al señor Bracco.

Hay un breve instante de silencio. Se oye el sordo rumor de una tranca de hierro que se corre y, en pos de esto, el rechinar de un cerrojo. Se abre cautelosamente la puerta y en el fondo del marco se diseña una figura alta, erguida, cuyo rostro, de rasgos abultados y firmes, revela una existencia trabajada y vivida. Es Roberto Bracco.

Al vernos y comprobar que somos gentes de paz, oculta presurosamente entre los pliegues de su "robe de chambre" un grueso garrote de que está armado. Hemos adivinado toda una tragedia.

—Adelante..., adelante — exclama sonriendo. Y como advierte que hemos visto su maniobra, se corta y ensaya una excusa. — ...No es nada..., no crean nada malo de mí..., esto es natural. Perdónenme ustedes...

—No se preocupe usted.

—Es que esto es penoso. ¡Recibir a la gente con un garrote detrás de la puerta!

—Tranquilícese usted.

—¡Este es el cuadro más fiel de la Italia de nuestros días! No nos queda otro recurso que armarnos para defendernos de los ataques que amenazan nuestra existencia. Los hombres de la oposición corremos inminente peligro...

Nos hace sentar entre las pilas de libros que llenan su estancia; nos ofrece un cigarrillo y, mientras enciende otro él, continúa en un tono cordial:

—Este episodio me trae el recuerdo de lo que solía ocurrir en Trieste en la época del irredentismo. En aquel entonces yo vivía en Trieste y era un conspirador. La policía seguía nuestros pasos y estaba al tanto de lo que hacíamos. Una noche nos sorprendió el comisario. "Ustedes tienen derecho a conspirar — nos dijo — mientras lo hagan en secreto, ya sea en sus locales privados o en el seno de sus hogares." Esto dijo un comisario de la policía de Francisco José. Los corifeos del régimen vigorante entienden que no tenemos derecho, no digo a conspirar, sino también a pensar. Nuestras reuniones son disueltas, nuestros locales son asaltados, nuestras personas son maltratadas, nuestros hogares son profanados, y la única garantía de que puede disponer un italiano de estos días es un garrote colocado detrás de la puerta. Hay que decidirse por el régimen de Francisco José o por el que impera ahora en Italia.

De pronto nuestro interlocutor se contiene como si le pareciera haber dicho más de lo que hubiera querido decir.

—Bueno, bueno — dice sonriendo, — por más que la situación que atraviesa hoy Italia es una situación dura y llena de incertidumbres, yo no debo decir nada más acerca de ella. Los situacionistas nos acusan de que desacreditamos a nuestro país.

—Pero usted es miembro de un partido de oposición y, como tal, está siempre en el caso de juzgar esta situación.

—Aun así no quisiera decir nada que pueda ser repetido fuera de Italia.

La actitud de Bracco parece resuelta. No quiere hablar más de la política de su país. Pero yo sé bien que esta abstención no es nunca firme cuando se trata de un napolitano, y más si ese napolitano es nervioso y combativo, como lo es Bracco. Mientras Nicolás Antonio trabaja con su lápiz, invito al maestro a que hablemos de arte, de su arte, de sus dramas.

—Yo soy ya viejo — responde. — Hubo un tiempo en que mi teatro tuvo amplia y universal difusión. Fuí el primer dramaturgo cuya obra pasó las fronteras de Italia. A toda Europa y a toda América llegaron mis dramas; mis personajes actuaron en todos los escenarios, encarnados por los intérpretes de más nombre. Hice mi ciclo. Ahora me siento un tanto olvidado. De cuando en cuando me llegan noticias de representaciones esporádicas. Hoy, justamente, he recibido recortes de Buenos Aires que se refieren al estreno de una de mis comedias, con éxito, según parece. Pero lo cierto es que ya estoy viejo...

—¿Cree usted que hay hoy valores superiores que suplantan su obra?

—El futurismo vino como un ciclón. Sus apóstoles prometieron cosas nuevas; pero el ciclón ha pasado, como pasan los ciclones, sin que nos sea dado ver sus novedades. Las antiguas figuras de relieve están de pie. D'Annunzio y Sem Benelli valen hoy como ayer. Sem Benelli es un bravo luchador; mas sus creaciones se refieren siempre al bien y al mal. D'Annunzio... ¡qué grande pudo ser D'Annunzio si hubiera brotado alguna vez una lágrima en alguno de sus personajes! Es el suyo un teatro de panteras y de leones. Pero nadie domina la forma como él, nadie conoce tan a fondo los secretos de nuestro idioma.

—¿Y prescindiendo de estas figuras?...

—No veo nada. Ahora se hace arte inglés, ruso, alemán; de todo, menos arte italiano.

—Hay también un arte fascista... — insinúo.

Bracco sonríe.

—Sí — dice, señalando una revista que está encima de una mesa. — Esa es una revista de "arte fascista". Un rótulo. Todo su contenido es ruso o alemán. Hay arte fascista así como hay "ideas" fascistas... Por ahí anda un libro cuyo subtítulo dice: "Ensayo de una ética fascista".

—Le confesaré que me cuesta trabajo entender el ideario fascista.



Roberto Bracco, por Nicolás Antonio

—Simplemente, porque no existe.

—Ahora me explico menos el fascismo en este país de las ideas claras y precisas. O el fascismo posee un ideario, o hay que confesar que se está en un régimen extraño a la tradición espiritual italiana.

La mirada de Bracco comienza a cobrar un vivo resplandor. Empieza a animarse, y concluye por exclamar:

—Este es un régimen de delincuencia. Mire usted: pocas veces el espíritu italiano se ha sentido tan humillado como hoy. Hay una tragedia muy honda en el alma de este pueblo.

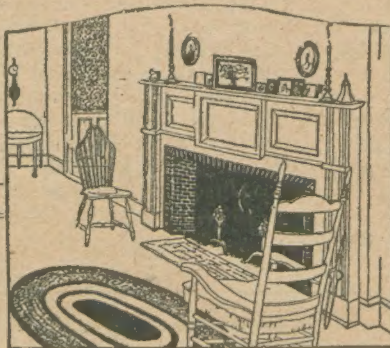
—Esto quisiera comprender.

—No es cosa fácil. Comúnmente, para el viajero que entra por primera vez a Italia, a la Italia "fascista", acá no hay nada de extraordinario. Se está en el mejor de los mundos. A menudo leo tales impresiones en los diarios extranjeros que recibo. Y esto es natural. El viajero observa que los trenes marchan a horario, que las tarifas están reguladas, que los hoteles son limpios y que están bien atendidos, que los coches y los automóviles tienen taxímetros, lo cual le evita enojosas disputas con los conductores, que los museos se abren a horario, etc., etc.; pero, ¿y de lo demás, de la tragedia histórica, qué alcanza a ver? Nada, absolutamente nada. Esa la sentimos nosotros y nadie más. Los viajeros que hoy alaban el "orden" italiano son de la madera de aquellos que se regocijaban con las comedias que escribía Goldoni en vísperas de la ruina de Venecia. Son de los que comían y se divertían a sus anchas en esta Nápoles dominada por los Borbones, mientras los Poerios y los Settembrinis eran vejados y perseguidos por la tiranía. La historia es siempre obra de una pequeña minoría, y esa minoría es la que sufre hoy ante la terrible incertidumbre de nuestro estado.

—¿Cómo se explica usted que el fascismo se mantenga en el mando si no es más que un régimen de violencia?

—Como simple hecho de violencia. Comenzó afirmando que era una reacción contra el comunismo. Muchos le creyeron. ¿Y qué hay de verdad en esa pretendida amenaza del peligro bolchevique que el fascismo esgrime todavía para infundir temores al pueblo italiano y para justificar su existencia? Ninguna. El mismo jefe del gabinete ha dicho, en su comentado discurso sobre la política internacio-

(Continúa en la pág. 73)



Madrid

Evocación

POR FERNANDEZ MORENO

Levantado el mantel y el tapete extendido.
pide mi tía el libro tantas veces leído:

"Advocaciones de Nuestra Santa Señora"
El cobre del brasero dulcemente se dora.

Lee con voz monótona mi tía largo rato;
hecho una bola, duerme, sobre la alfombra, el gato.

De vez en cuando, Angela, mi prima, mueve el fuego
y echa sobre las brasas puñaditos de espliego.

IÑA alumna: Acabas de rendir el último examen; aun vienes rosada por la reciente inquietud, y el éxito te ha puesto en los ojos un brillo de triunfo.

"Niña maestra: Te has acercado a la ventana abierta sobre el jardín; aspiras con deleite el aire de la mañana y miras las cosas al través del rosado prisma de tu flamante dicha; eres tan feliz que todo te parece nuevo, con un encanto que hasta hace un rato no habías advertido.

"Eres maestra. Lo repites "in mente" muchas veces, y, definitivamente tranquila, te complaces en evocar los momentos más difíciles de tu vida de alumna; lo que en ocasiones te pareció grave y agobiador parece ahora juego de niños, y sonríes pensando en el susto con que veías llegar la hora de práctica o una lección difícil; te sientes con fuerzas; te crees capaz de todos los sacrificios y tienes impaciencia de avecilla por ensayar el vuelo.

"Ahora se esfuman los recuerdos; sólo hay la claridad espléndida que ilumina tu alma al repetir una vez más, ¡soy maestra!

"En esta hora solemne yo me atrevo a acercarme a ti; no me sentirás en el rayo fulgente que te nimba de luz; apenas si estaré en la sombrita leve que una hojuela diseña en tu frente, sombrea tus ojos, acaricia tus mejillas. ¿Me sientes, junto a tus labios que se harán más buenos al vertir con evangélico amor palabras de bondad; junto a tus ojos, para asomarme a tu alma?

"....Y dejo la sombrita de la hojuela para decirte en voz baja: Eres maestra. Dentro de breve tiempo comenzarás a cumplir el noble apostolado que elegiste como medio de vida o como amable distracción, pero por sobre todas las cosas porque sentías que habías nacido para ser maestra, porque algo en ti te llevaba a ser un poco madre de los hijos de otras madres.

"Sales hoy ilusionada de la casa que te preparó; llevas un caudal de sanos consejos; quizá te hayas formado un programa de labor que esperas realizar, pues que te sobran alas y crees que tus niños serán buenos; en fin, eres muy niña y ves las cosas tras tu rosada ilusión.

"Yo quisiera prepararte para la brusca sacudida que te espera; no desvaneciendo tus esperanzas, bien al contrario, advertirte que lleves tan alto tu ideal que no alcancen a ajarlo los abrojos que encontrarás, abundante y agudos.

"Eres maestra. Bien pronto comenzarás. ¡Cómo hallarás todo distinto de lo que esperas! ¡Cómo se encogerá tu alma cuando te veas en la labor y te encuentres inexperta, pequeña frente a la obra magna, un torbellino la mente, solicitada por mil fuerzas y sin un punto de vista de donde abarcarlas para comprenderlas en conjunto!

"Y entonces habrás de comenzar. Ahí, sintiéndote pequeña, olvidada de aquel programa tan bellamente preparado; torpe en la concepción de las ideas, en tensión fatigosa los nervios; junto a niños que son muy distintos de aquellos pulidos y preparados con los cuales dabas prácticas; vigilada por sus ojos escrutadores, más sagaces que los de tu madre, más hondos que los de tu confidente; a prueba tu tesón frente al de ellos; anhelosa de adivinar qué hay tras esas pupilas que en fuerza de ser serenas son complejas; bamboleante la seguridad aquella con que decías un día: "¡Soy maestra!"

"Así aprenderás a serlo.

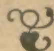


En voz baja...

Por

MARINA MARGARITA RAVIOLI

Ilustración de Peláez



"Quizá en una escuelita muy pobre, con niños de manitas ajadas por el trabajo; quizá con superiores que escatimarán la palabra de aliento, tan necesaria a veces, como en la tarde de estío el frescor de la fronda; quizá junto a alguna compañera que al chapotear en el lodo tratará de salpicar la orla de tu vestido.

"Ahí aprenderás a ser maestra.

"Tú no desmayes; marcha firme en tus propósitos; no te desanimes cuando creas que tu labor no progresa; ya sabes que los niños tienen fugaces cambiantes; hoy te desesperan porque parecen no haber asimilado lo que tan pacientemente explicaste; mañana te regocijarán con la maravilla de su razonamiento, la inquietud de sus "porqué", la gracia incomparable de su charla; ocasiones habrá en que acariciarás un proyecto largamente meditado en la soledad de tu alcoba, correrás triunfante a comunicarlo a tus superiores, esperas que se entusiasmarán contigo; hija mía, quizá tu proyecto no sea del todo bueno, ni tu superior del todo amable; prepárate al desconsuelo de una fría réplica o al dolor de un fracaso; tal vez tus superiores sufran accesos frecuentes de mal humor; soporta con tranquila indiferencia el que tuvieses que sufrir, y ya que sabes el escozor hondo que produce, no hagas que tus niños paguen la acritud momentánea de tu humor.

"Prepárate a recibir amarguras de los padres de tus niños; no esperes que reconozcan el bien que tú les haces; si el niño progresa, será porque es inteligente, aplicado, todo él viva luz; si no adelanta, entonces serás tú la inhábil, la que no quiere al niño, la que no se preocupa porque aprenda; discúlpalos, son a veces muy ciegos; sobre ese fustazo en pleno rostro tendrás la caricia de las madres que te quieren bien y que te miran con ojos muy dulces cuando, terminadas las clases, van en busca del hijo que te prestaron.

"Prepárate a la queja de los que observarán tus preferencias, las tengas o no; la eterna queja por los "preferidos de la Señorita". No demuestres particular afecto por ninguno; si de tus niños alguno se te entra mucho en el corazón, no lo digas, y puesto que al querer no se lo manda, ámalo más que a todos, pero que no lo sepan...

"Prepárate a encontrar situaciones creadas; te impondrán largos programas, métodos de enseñanza, procedimientos más o menos arbitrarios; acéptalo todo; no agregues tu voz al coro de maestras que claman contra los malos programas y los horarios pesados y las órdenes intempestivas; el programa largo y fastidioso se tornará en tus manos hábiles en distribución lógica y metódica de trabajo; el horario pesado tiene mil puntos de transformación para que tú, que eres ingeniosa, puedas alternar la hora fatigosa con la de amable descanso; los procedimientos y formas de enseñanza son cristales facetados, tú buscarás con simples movimientos el cambiante de mejor luz, y en cuanto a las exigencias que hallares, satisfácelas.

"¿Te piden? Hazlo.

"¿Te exigen más? Hazlo.

"¿Te exigen mucho, mucho? ¿Dudas? ¿Estas cansada?

"Piensa en las horas de sueño que quitaste a tu madre, o en el tesón infatigable del más torpe de tus niños que humedece con lágrimas el papel en que escribe, pero no deja el lápiz hasta acertar con lo que le pediste, o en la maravilla creadora que dispuso que cada día brille el sol, y cada noche sueñes bajo un cielo de luna y estrellas... Y, junto a esto, aquello te parecerá nada.

"Y no olvides, cuando juzgues, de ponerte en un plano favorable al juzgado; y piensa entonces que el superior exige porque a su vez es exigido, y pudiera ocurrir que juzgaras exigencia lo que simplemente es deber.

"Y si, a pesar de todo, estuvieras descontenta, *no hables* del superior con nadie; tú sabes que rara vez repetimos las cosas tal como las hemos oído; a través de varias personas bien o mal intencionadas, lo que comenzó copo de nieve, llegará a la dirección alud destructor.

"Mejor será que en un principio te encares con tus superiores noblemente, lealmente, y digas faz a faz lo que pienses. Y esto, yo te aseguro, te evitará más de una desazón.

"Ve a la escuela predispuesta a la alegría; deja en la calle la preocupación, la tristeza, el fastidio, el cansancio; entra ligera, sonriente, inquieta, afectuosa; verás que en seguida buscarán tu compañía; tendrán los niños respetuosa confianza y dulce intimidad contigo; verán las malas colegas que no te llegan

(Continúa en la pág. 72)

Las siete maravillas del mundo

Por MARCEL DIEULAFOY



El faro de Alejandría, rodeado por su inmensa escalera en espiral, que tenía en su cima una hoguera permanente



Mi padre, rico constructor naval, a quien sus ocupaciones no habían desviado del cultivo de las bellas letras, envióme muy joven a la casa de su hermano, que vivía en Atenas. Frecuenté allí los retóricos, seguí las lecciones de los filósofos, y me apasionaron la historia y la geografía.

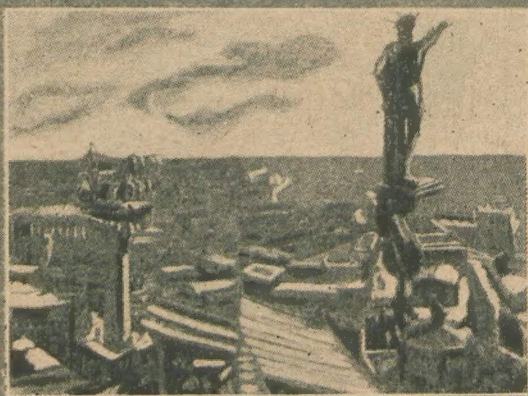
Desde mi infancia, pasada en los astilleros y en los muelles, tuve una gran afición a los largos viajes. Llegó ese gusto a ser en mí una verdadera obsesión. Regresé, pues, a Siracusa, y obtuve de mi padre el permiso para visitar las maravillas del mundo.



Las pirámides de Egipto, erigidas para sepulcros de los faraones

Al comenzar la Olimpíada CXXXVII, subí a bordo de un barco que se dirigía a Halicarnaso. Mis padres y mis amigos acompañáronme hasta el puerto y me despidieron con vivas muestras de sentimiento y ternura. Después siguieron días y noches; Poseidón me fué propicio, y una mañana el piloto anunció que estábamos a la vista de Rodas. ¡Apolo, dios del cielo y de la luz! ¡Helios, tú que maduras los frutos y perfumas las flores; tú que no asestas sobre Rodas sino flechas envueltas en rosas: salve!

Pero, ¿no dicen que los barcos entran en el puerto, pasando por entre las piernas del coloso? Estamos ya en el muelle, y desembarcamos. Mi primera ilusión sucumbe ante la realidad. La estatua de bronce, obra de Chares de Lindos, terminada en el curso de la Olimpíada CXXIV, se eleva en la extremidad del puerto y extiende sobre él una mano, como dando la bienvenida a los navegantes.



El coloso de Rodas, que, según la tradición, permitía pasar barcos bajo sus piernas extendidas. Está demostrado que no era sino una estatua de Helios, dios de la luz, que extendía su brazo hacia el mar azul, como dando la bienvenida a los navegantes

El viento era propicio; nuestro barco terminaba sus operaciones, y llegó el momento de arrancarse a los encantos de la isla que Helios había reservado para los hijos que le había dado Rodas, la hija de Halia y de Poseidón. Apenas tuve tiempo para admirar la fuente de bronce, adornada con una inscripción en caracteres extraños, consagrada por Cadmo a Minerva Lindiana, y nos hicimos a la mar.

Corta fué la travesía; pronto llegamos a Halicarnaso. Dominando el puerto, la ciudad y el ágora, situado en la ladera de una colina cortada en hemiciclo, la masa del mausoleo famoso destacaba su hermoso perfil sobre el fondo azulado de la montaña. El rey de Caria que, según la costumbre egipcia, se había casado con su hermana, murió a los veinticuatro años de reinado, el último de la Olimpíada CVI. Artemisa llamó a Phileas y a Satyros, y les confió el cuidado de erigir un sepulcro para el monarca. Mas cuando ella sucumbió al profundo dolor, después de absorber cada día en sus bebidas las cenizas de su esposo adorado, quedaron los trabajos interrumpidos. Pero Hídrico, el hermano de la reina, heredero e intérprete de su piadoso pensamiento, hizo que continuaran, y terminaron a los dos años.



El sepulcro de Mausoleo, construído como perenne testimonio de un amor inmortal, ha dado su nombre a todos los monumentos funerarios

Sobre una explanada rectangular, a la que lleva una gradería amplia, se levanta el basamento de la construcción. Es el zócalo grandioso de un templo jónicoperíptero, de treinta y seis columnas, coronado por las veintiséis gradas de una columna truncada. Un alto friso esculpido por Scopas, Bryaxis, Timoteo y Leocares rodea las cuatro fachadas del sepulcro. Entre las columnas hay intercalados héroes y leones. Finalmente, una cuadriga, con las estatuas colosales de Mausoleo y Artemisa, domina la pirámide y el templo, pareciendo en su mole inmensa obra de titanes. Los restos de los soberanos descansan en una cámara funeraria debajo del templo.

¡Qué contraste entre las dos Artemisas que reinaron en Halicarnaso! La virtuosa esposa de Mausoleo no ha logrado hacer olvidar el recuerdo de la heroína que, armada y vestida como hoplita, tomó parte en la batalla de Salamina al lado de Jerjes y mandó los trirremes de la Pentápolis dórica. Perseguida por un barco griego después del combate y estorbándole el paso una nave persa, la acometió sin vacilar y la echó a pique. Su presencia de ánimo le fué dos veces útil, pues equivocándose los griegos ante esta maniobra y juzgándola uno de los suyos, la abandonaron para perseguir otros enemigos, en tanto que Jerjes, igualmente engañado por la audacia de Artemisa, celebraba el valor de su aliada exclamando: "Hoy mis hombres se han portado como mujeres, y mis mujeres como hombres."

De Halicarnaso a Efeso la distancia es como la que separa a Siracusa del estrecho de Sicilia; la recorrimos en dos días y dos noches.

En cuanto llegamos, me aventuré por las estrechas calles de la población, y guiándome por los informes de los transeúntes a quienes pregunté, halléme pronto ante el temenos de Artemis. Quedé admirado. Mármoles, bronces, oro, pinturas, la intensa policromía del templo y de los pórticos, las estatuas, las estelas votivas, disputánse la atención y las miradas de los visitantes. ¡Qué sentimientos debía evocar aquel edificio comenzado durante la Olimpíada XL por Chersiphronee, Roecus y Teodoro de Samos, el mismo artista que había grabado el anillo de Polícrates!

Maldito eternamente el criminal anónimo que incendió el templo la noche misma del nacimiento de Alejandro!

— Extranjero: pareces conmovido al ver esta maravilla — díjome un ciudadano de Efeso al observar mi emoción. — ¿Es sin duda la vez primera que vienes aquí y no conocías el temenos de Artemis? ¿Qué interés te atrae a este sitio? ¿Encierra tu nave algún rico cargamento? Te costará trabajo venderlo. Grecia está empobrecida. Es presa de las facciones y partidos; pero Roma no tardará en poner a todos de acuerdo, devorándolos por igual.

— Viajo solamente para satisfacer mi curiosidad. Voy visitando las grandes ciudades y admirando las maravillas que en ellas encuentro. Desde Efeso iré a Babilonia.

— En ese caso, sígueme. Llevo un gran lote de tapices, tejidos y bordados admirables, que he traído aquí inútilmente. He formado una caravana y volveré a partir para el interior; me ofrezco a servirte de guía y de intérprete a través de las extensas comarcas que nos separan de Babilonia. Y si después de admirar los esplendores gigantescos de la ciudad de Nabucodonosor, junto a los cuales parecen pigmeos las magnificencias griegas, quieres acompañarme hasta los paraísos de Persia, verás allí a Susa, Pasargades y Ecbatana, y te elevarás hasta el cielo sin abandonar la tierra.

La oferta era seductora, y acepté.

En lo sucesivo tuve ocasiones repetidas de felicitarme por ello. De Sardes a Babilonia hay noventa etapas.



El templo de Diana en Efeso, verdadero tesoro de Grecia. Fué incendiado por Eróstrato, que de este modo quiso alcanzar la inmortalidad

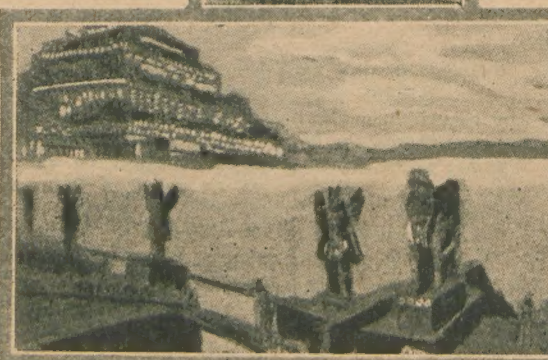
Después de algunos días de marcha llegamos a Cunaxa, famoso campo de batalla, donde los griegos de Clearco y de Proxena vencieron al poderoso ejército de Artajerjes.

Por fin, una mañana al despuntar el alba, los muros de Babilonia destacáronse en el horizonte.

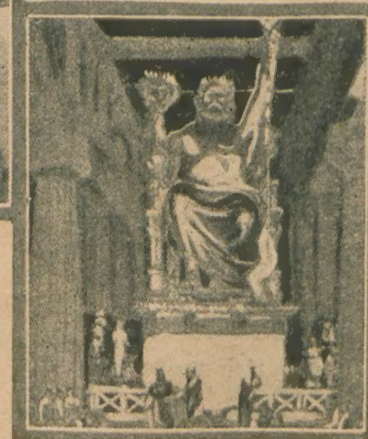
Protegidos por el recinto, se extienden sembrados de trigo y cebada y plantíos de palmeras. Luego una serie interminable de casas en ruina.

Un día es insuficiente para pasar esta primera zona de ruinas. A éstas siguen jardines cercados por paredes de tierra, y otra etapa nos conduce a los barrios habitados. Las casas, al principio pocas, comienzan a abundar, y se estrechan y aglomeran. Entramos al fin en la ciudad. Precedido por mi guía, pasé bajo la bóveda de una puerta practicada en la muralla, y al salir de la galería se me presentó el Eufrates en toda su amplitud majestuosa. Lo pasamos en una barca redonda, parecida a una especie de canasto forrado de cuero revestido de betún, que avanza girando en el agua. Hay un puente de barcas, que fué el que pasó nuestra caravana. Otro nuevo recinto, otra

(Continúa en la pág. 67)



Los jardines colgantes de Babilonia, construídos por Nabucodonosor para que su esposa tuviera la ilusión de las montañas de su país



El Júpiter Olímpico, de Fidias, obra de majestad sobrehumana, de extraordinario mérito y gran riqueza



La maldad del hombre

(Leyenda de los cacarés[1])

Por EPIFANIO OROZCO ZARATE



UANDO el hombre llegó a la tierra, las aves ya poblaban los bosques y eran felices vistiendo de alegría las copas de los árboles, al cantar sobre ellos, y enseñando sus cantos a los sencillos arroyuelos donde iban a beber.

Los pájaros del más lindo plumaje y del canto más armonioso y alegre, eran los cacarés. Ellos, desde la hora en que el sol besaba amorosamente la tierra, hasta que se ocultaba, iban desgranando sus trinos y diciendo sus amores por toda la tierra. Los animales del bosque se sentían llenos de mansedumbre al oír aquellos cantos y amaban a los cacarés. Los animales, los árboles y hasta los mismos reptiles, parecían desear la presencia de los deliciosos pajarillos.

Cuando el hombre llegó a la tierra los cacarés, que observaron sus movimientos llenos de inteligencia, se dijeron: "He aquí nuestro Dios; para él debemos cantar."

Y vinieron en grandes bandadas y cantaron, con más melodía que nunca, sus más dulces cantos para alegrar la existencia del hombre. Éste los escuchó extasiado, y cuando el sol tornó a ocultarse y los pájaros volaron a sus nidos, el hombre los despidió con cariñosos movimientos de la mano.

—¡Hasta mañana, amiguitos!...

Así nació el primer sentimiento humano: la amistad.

Tras el hombre llegó la mujer y con ella el amor. Luego llegaron los frutos del amor: mujeres y hombres pequeñitos. Los cacarés, que seguían cantando para el hombre, al advertir la presencia de aquellos seres pequeñitos, se dijeron: "El hombre ha tenido hijos; vamos a felicitarlo."

Y, junto al sitio donde moraba el hombre, cantaron las más tiernas canciones con que solían arrullar a sus hijos. Agitando sus alitas, de plumajes vistosos, alegraban a los hijos del hombre, y llegaban a posarse al alcance de sus manecitas para que los niños jugaran con ellos.

UN triste día las hijas del hombre desearon poseer las plumas de los cacarés para adornarse, dando margen a otro sentimiento: la coquetería. El hombre por complacer a sus hijas se acercó a un cacaré, que no suponía eso en su amigo, y le arrancó las plumas haciendo que con ello la crueldad se posesionara del humano. El infeliz pajarillo murió de frío en medio de atroces dolores.

Desde entonces los cacarés comenzaron a huir de los hombres. Pero como el cariño por los seres humanos estaba arraigado en ellos, desde las copas de los árboles más altos aun le brindaban la música de sus cantos. Ante la imposibilidad de conseguir nuevas plumas, en las hijas del hombre se acrecentó el deseo de poseerlas. Éste, siempre dócil con los suyos, se lanzó a perseguirlas.

Las pobres avecillas al ver la inconcebible maldad de su amigo de ayer, huyeron a lo más frondoso de la selva. El hombre se indignó al ver que no lograba su intento. Entonces nació otro de los grandes sentimientos humanos: el odio. Posesionado de él, el hombre encarnizó su persecución contra los cacarés, abriendo cauce a otro sentimiento: la injusticia.

ERA reina de los cacarés una avecilla de canto prodigioso y de plumaje brillante como los rayos del sol. Nunca los pájaros habían visto piquito más suave, ojitos más llenos de dulzura ni cuerpo más elegante que el de su reina. Por eso, todos los días, al amanecer, se reunían en torno de ella para obsequiarle sus mejores cantos, tratando de enamorarla. Ella también cantaba, y luego revoloteaba en torno de ellos, como para agradecerles la adoración de que la hacían objeto. Pero no se decidía dar a ningún cacaré las caricias de su piquito delicioso.

Con un amanecer tibio, escoltado por un sol amoroso y lleno de cálidos resplandores, desde lo más remoto de la selva, llegó un cacaré joven y lleno de inocencia, el cual entonó tímida y dulcemente sus mejores cantos, llenando de suaves emociones el corazón de sus hermanos de raza. La reina lo escuchó deleitada; pero, como en otras ocasiones, no cantó para agradecer los trinos de aquel viajero: con su vuelo gracioso fué hasta él y lo besó ebria de amor. Todos los cacarés, entonces, volaron en torno de la pareja cantando llenos de alegría por la felicidad de su reina y del nuevo hermano.



Desde aquel amanecer se vió a la feliz pareja volando siempre unida, de árbol en árbol, de rama en rama, y persiguiéndose uno a otro para besarse amorosamente la vez que lograban alcanzarse.

De vez en cuando se solía ver la figura del hombre que miraba a los cacarés con los ojos ensombrecidos por el odio, y el semblante contraído por un nuevo sentimiento: el despecho, que había nacido en él al no poder apoderarse de los pajarillos. Éstos se decían: "Mira el hombre qué triste y sombrío que anda... Le debe ocurrir algo; démosle nuestro canto para alegrarlo."

Y cantaban, hilvanando sus mejores trinos y agitando sus alitas para dar alegría al hombre. Pero el despecho se acentuaba en las facciones de éste, y concluía por amenazar con el puño a los cacarés y marcharse blasfemando.

"El hombre no nos quiere y nuestro canto le enoja. No cantemos más cuando se halle cerca" — se dijeron con tristeza los cacarés.

Y desde entonces cuando divisaban la adusta figura del hombre, que se paseaba atormentado por sus malos pensamientos, enmudecían y buscaban esconderse entre las ramas de los árboles hasta que él se alejaba.

UN día el hombre, que sintió nacer el ingenio en su mente, inventó trampas para cazar cacarés. Las armó y quedó esperando, pacientemente, que éstos cayeran en ellas.

Aquella mañana, como de costumbre, la reina y su amado volaban persiguiéndose uno al otro; de pronto, él quedó preso de un objeto extraño que le oprimió una patita hasta quebrársela. Piando, dolorosamente, se abandonó a su horrible presión con las alitas abiertas y los ojitos llenos de espanto por lo que ocurría.

El hombre rió brutalmente ante el buen resultado obtenido.

—¡Ah, ya caíste!... — murmuró lleno de gozo.

Y, rápidamente, se abalanzó sobre el infeliz pajarillo, lo separó de la trampa y comenzó a sacarle las plumas.

La reina, que temblando de miedo y dolor había contemplado la triste escena, echó a volar enloquecida de desesperación, chillando e implorando auxilio. Los cacarés que acudieron alcanzaron a ver cómo el hombre arrojaba el cuerpecito desplumado, que aun se debatía en los últimos estertores agónicos.

Después de aquella suprema maldad del hombre los cacarés no volvieron a cantar más nunca. Sólo se preocuparon de enseñar a sus hijuelos un chillido, mezcla de amenaza y desesperación, que les sirviera para ahuyentar al hombre cruel y lleno de malos sentimientos.

Cuando la honda pena que le causó la muerte de su amado heló el corazón de la reina, sobre el vistoso plumaje de los cacarés cayeron todas las sombras de la noche, simbolizando el hondo duelo de los desdichados pajarillos.

....

Hoy los cacarés son unas aves feas que no lucen ningún atractivo en su plumaje negro (luto eterno por su desventurada reina y el pobre cacaré viajero que un día llegó desde lo más remoto de la selva), y ya no cantan ni tentarán nunca alegrar la existencia del hombre. Todo lo contrario: cuando ven un representante de la especie humana, se dicen: "¡Allí viene el hombre cubierto de maldad; ahuyentémosle!"

Y se juntan en bandadas, y acercándose al hombre vuelan en su derredor lanzando chillidos llenos de amenazas y simulando atacarlo desesperadamente para obligarlo a huir...

Quien tenga ocasión de verlos y conozca esta leyenda del Chaco boliviano, se sentirá conmovido al ver cuán desesperadamente tratan de ahuyentarlo los cacarés, que por alegrar la existencia del hombre sintieron sobre sí toda la maldad de éste; y, del hermoso canto que les diera el dios de los pájaros, sólo conservan un desesperado chillido, y han reemplazado el vistoso plumaje de ayer con el luto eterno de la conciencia humana.

(1) Aves negras del Chaco boliviano que, cuando ven una persona cerca, se reúnen en bandadas y se ponen a chillar y a perseguirlo desesperadamente. Y no cejan en su empeño hasta que lo ven alejarse.



Un orador de banquetes

Por ENRIQUE M. AMORIM



L que ofreció la demostración es ahora felicitado calurosamente. Mientras tanto, el anfitrión sonríe con las cuartillas que los comensales llaman "del agradecimiento", entre los dedos temblequea. Es fácil comprobar su nerviosidad al ver cómo estira los brazos y arréglase los puños de la camisa. Pestañea sin cesar, pidiendo valor a los más íntimos con una mirada inquisidora. Al instante se ha producido un silencio, casi hostil al agradecido personaje. Un silencio picado de ruidos de lozas y cucharillas que chocan de improviso. Pero el momento embarazoso pasa. El anfitrión, doctor Carlos del Val, ha pronunciado su discurso y se halla ahora sentado "bajo una lluvia de aplausos", como dirán en el periódico, del cual el director hace acto de presencia. Hay apretones de manos, sonrisas, pullas discretas, una palabra suelta, alguien que insinúa el nombre de un conocido orador, el cual puede muy bien "rematar con un broche de oro el ágape"...

—¡Que hable Zutano! — grita un comensal, con audacia solapada.

—¡Que hable Zutano! — insiste otro.

Zutano sonríe, haciendo al mismo tiempo un gesto negativo con la cabeza gacha, mientras hace girar la copa de champaña sobre "el limpio mantel del homenaje"...

Se pronuncian dos o tres nombres más; reclámase la palabra de otros oradores que han concurrido al acto. Un desatinado solicita que lo haga el más mentecato de los comensales, y su palabra es seguida de un chistido prolongado, que borra el nombre del sujeto, escrito en la pesada atmósfera del salón.

De pronto se pone de pie un señor, correcto, frío, seco. Pero una sonrisa se dibuja ahora en los labios y su fisonomía toma una expresión más agradable. Nadie ignora quién es él. Se trata de Tito, Antonio Munes — un íntimo del homenajeado, — correcto muchacho, de muy buena familia, recibido el año pasado...

Tito consigue de inmediato un respetuoso silencio. Mira fijamente al anfitrión, su gran amigo; luego pasea sus miradas por la mesa en todas sus dimensiones y espeta las rituales y consabidas palabras:

—Amigo Carlitos... Señores...

Dos o tres comensales levantan al instante la cabeza, como si se les llamase por sus nombres. El orador baja la mirada, estira el pescuezo, se inclina un tanto y dice:

—Aunque no soy orador, quiero expresar con sinceridad, en esta mesa tendida en homenaje a un gran espíritu, mi homenaje cordial. Tengo por Carlos, Carlitos, como le decimos los íntimos, una gran admiración. Es un triunfador, un gran amigo y *(recapacita)* un estudioso. Además *(pausa)*, despierta simpatía toda su persona. Ya lo decía hace un momento el doctor Olmides: "estamos ante un hombre de porvenir, de esperanza y... este... ha dicho también algo muy verdadero: ha dicho que Carlos es un amigo capaz de sacrificarse por otro amigo. *(Pausa.)* El doctor Olmides, con tanta claridad y galanuro... *(se corrige)* galanura, digo, ha pintado, en cuatro rasgos, la persona de este compañero que desde hoy formará parte en la falange de los hombres que trabajan en pro de la justicia. *(Luego, dirigiéndose al anfitrión.)* Ya sabes, mi buen amigo, el aprecio que te tengo. *(Pausa.)* ...Como yo he creído siempre en ti, en tus inteligencia *(el plural del pronombre le desconcierta)*, en tus estudios, en la aplicación que... este... que has puesto en tus actos. *(Pausa.)* Has vencido, pues, y te lo decimos todos con la presencia en esta mesa. Has vencido, como lo ha dicho muy bien el doctor Olmides, que es un verdadero orador. *(Pausa.)* Yo sólo sé... este... decirte y aconsejarte que sigas adelante. En la vida hay que luchar, para vencer. ¡Luchar! Luchar contra todo, esperanzado siempre... *(Pausa.)* Creo... creo que tú eres luchador, y por lo tanto vas a vencer. *(Silencio.)* La vida merece ser vivida por la patria y por todo... Pido disculpa, como no soy un orador *(una voz del fondo dice: "¡Sabido, sabido!")*, soy sincero al ponerme de pie en tu honor y decirte que estoy contento *("¡Que se calle!", repite la voz)*, que francamente, sinceramente *(se oye otra voz que dice: "¡Demente!" Hay risas, siseos)* que sinceramente espero que serás un hombre de valor... *("¡Que se calle! ¡Silencio! ¡Basta! ¡Mejor sería que se callase usted!" Prosigue.)* Yo, que me he criado junto a ti, recuerdo tus cosas de la infancia, por eso quiero beber en mi copa cordial, al recordando la infancia... Beber para *("¡Borracho! ¡Que se calle!")* Beber digo, para brindar por todos a tu salud y por tu felicidad. ¡He dicho!...

Bebe, se chorrea el saco, sonríe idiotamente y se seca las solapas con la servilleta, mientras una gritería infernal se levanta de un extremo de la mesa. El orador, rojo, congestionado, no atina a responder a los palmoteos que recibe en las espaldas. Una mano le acaricia los cabellos, otra le da un papirotazo en el cuello; y, al cabo de un momento, el orador reacciona, para decirse a sí mismo:

—He hecho un papelón... He improvisado mal... Si no hubiese bebido tanto...

Esta objeción, que se le ocurre, felizmente, le da la clave de su salvación... ¡Si no hubiese bebido tanto champaña dulce, que es precisamente su peor enemigo!...

Se acercan a felicitarlo un par de bromistas, un tanto mareados:

—¡Gracias, hermanos! ¡Gracias! — díceles esquivando la broma y separando la mano de uno de ellos, empeñado en meterle una migaja de pan en el cuello.

—¡Gracias! ¡Qué locos bravos! ¡Ja, ja, ja!... ¡No sean locos! ¡Déjenme! ¡Qué muchachos!...

El orador se va convenciendo que solamente borracho pudo hacer tal disparate. Si se puso de pie, fué por el exceso de champaña que había bebido.

—Cuando me puse a hablar — reflexionaba — no me di cuenta; pero, a la mitad del discurso, comprendí que estaba bebido... Recién entonces — prosigue — me percaté de los disparates que decía.

Se acercan otros comensales a felicitarle, curiosos de conocer su estado. La mesa ha sido levantada. Un amigo de la infancia le da un pellizco... Él ríe, diciendo:

—¡Pero qué borrachines éstos!... ¡Qué bochincheros!

Y a continuación se desarregla la corbata, pone en desorden los cabellos, ríe, dice cosas sin sentido... Está borracho, no cabe duda, completamente borracho.

—¡Che, no abusen — ruega; — salgamos de aquí! Vamos a...

Unos señores que rodean al homenajeado, solicitan silencio. Llega la voz de un señor, muy circunspecto, que dice gravemente:

—Encárguese uno de ustedes de llevarlo a su casa... No está bien que le secunden... ¡Un poco de seriedad, caramba!

Una alegría infinita invade el atribulado corazón del orador. Ese señor acaba de dar el diagnóstico y la condenación que ansiaba desde los aplausos y pullas. Ha dicho que él está borracho; eso es lo que ha querido decir su salvador. Pide, al propio tiempo, que le conduzcan a su casa, que ha menester de una ayuda, pues él, en estado de embriaguez, no puede retirarse solo... Aprovecha entonces para decir, apoyando el fallo del grave comensal:

—¡Yo quiero más champaña! ¡Yo quiero más; si no, no me llevan!

Está contento, feliz; se siente borracho, mareado, irresponsable... Su ruego ha surtido el efecto consiguiente. El mismo señor vuelve a repetir, encarándose con uno de sus amigos:

—¡Pero, hombre, sáquenlo de aquí! ¡Qué van a decir en el hotel!

Una nueva y más firme alegría invade su espíritu. El hombre insiste que se le debe llevar afuera, pues está en estado de embriaguez...

Un ruido de sillas que chocan entre sí, el arrastrar de una mesa y el tintineo de copas de cristal precede a la acción repentina del orador, que se pone de pie.

Algunos comensales dan vuelta la cabeza hacia el lugar del intempestivo barullo, insinuando con sus miradas de reprobación la conveniencia de sacar al orador del salón...

Tres amigos, palmeándole las espaldas, aléjanlo del comedor. En el guardarropa manotea los sobre-

(Continúa en la pág. 72)



Invitación a contemplar la luna

POR

CONRADO NALÉ ROXLO

Tú que has visto las lunas literarias
que por las hojas de los libros ruedan,
ven a ver esta luna. Es una simple
luna de la naturaleza.

No digas se parece, no hagas una
metáfora, aunque sea
la justa, la inhallable, la que nunca
visitó el corazón de los poetas.

No cuelgues de su disco claro y puro
ningún cintajo literario. Sueña
que por primera vez abres los ojos
a una noche de luna y la contemplas

Gabriela Mistral
FOTO LUIS CABADA



El único amor de Gabriela Mistral

Por

JUAN JOSE DE SOIZA REILLY



Santiago de Chile, febrero de 1926.



TALIA tiene al *Divino Gabriele.* Chile tiene a *Gabriela, la Divina...* Así la llaman sus admiradores. Y hasta los que no admiran sus versos, admiran su sacerdocio de vestal.

Es pintoresco el prestigio literario de esta mujer humilde. Haciendo versos saltó desde la escuelita agreste de la Patagonia, donde educaba fierecillas, hasta el mareo de la gloria canónica.

En Chile, viéndola tan cerca y con tanta modestia, sus compatriotas no le atribuyeron, al principio, talento ninguno. Me refiero a las masas populares. En cuanto a los elementos literarios, los más nobles ingenios juveniles de Chile descubrieron en ella, fácilmente, la luz nueva que esta mujer alucinante y sacerdotal echaba en los caminos. Pero Gabriela, mujercita antes de vivir sus treinta años, era una extraña mujer con alma franciscana. Alma y traje también, de sacrificio. Y así vivió muchos años en la penumbra, hasta que... Méjico — que es un país de locos y de generales, es decir, de poetas — decidió hacerle la justicia de endiosarla. Hoy Gabriela es la más evangélica soñadora del mundo. El Instituto de las Españas, que actúa oficialmente en la América del Norte, decidió publicar sus poesías y sus prosas. Este homenaje despertó alrededor de la virgen chilena una extraña simpatía universal. Hoy es ella la candidato más probable para el premio Nobel. Una araucana...

Ahora bien: toda la obra de Gabriela Mistral está como saturada de pasión. Es un amor humano. Tan humano, que aun los viejos o los ineptos que no pueden interpretar su manera nueva de expresión y de ritmo se agitan, comprendiendo que allí, en su montaña, el humo de la cumbre es el traje de un fuego interior. Bajo la piel de seda palpitan las entrañas ásperas del dolor... Y yendo más adentro, buceando en el fondo de su mar poético, descartando el amor a los pobres y a los infelices, a los niños y a las mujeres (que bien puede ser una actitud renunciativa a la manera de Tolstoi), hallaremos que en la vida de esta mujer ha habido un gran amor. Un amor infinito. Terrible. Fogoso. Sangriento. Y puro. ¡Puro! Diré de una vez la palabra que borrará el equívoco: ¡un enorme amor puro por un hombre suicida!...

Y así fué, en realidad.

— Hablando con Gabriela — declaran sus amigos más íntimos, como Barrios y Prado — no se consigue aclarar el misterio. Ella, a veces, insinúa su drama sentimental. Mas bien luego lo esfuma. Lo niega. Lo niega llorando. Y así se descubre...

Sus íntimos, su madre vieja e india que vive todavía en La Serena, sus propias hermanas y sus amigas de la juventud, permiten al viajero argentino reconstruir, en su ausencia, esa historia verídica. No pudiendo hablar con ella, recojo sus recuerdos...

Además, en su libro "Desolación", Gabriela, sin querer revelar el misterio de su tragedia, lo revela cantando.

La historia podría comenzar como en los cuentos: *"Había una vez una maestrita de escuela. Era en un pueblito pobre de la Cordillera. Allí...*

¿Allí? Allí tuvo que refugiarse Lucila Godoy — verdadero nombre de la dulce soñadora — para poder comer. En su casa eran muchos. El pan no alcanzaba para todos. Nadie quería darle un puesto de maestra en La Serena, porque ya lo ocupaban otras maestras más felices. Más recomendadas... La mandaron muy lejos: a la Patagonia.

En la soledad del pueblo, entre vecinos ignorantes y cándidos, la maestrita se refugiaba en sí misma. Tejía versos. Empero, a los veinte años hay en toda Teresa de Jesús un corazón que arde. Que grita. Que llama al amado sin nombre... ¿En qué jovencito del pueblo podía Gabriela encarnar su pasión de veinte años? El único era un joven muy tímido, muy bueno, muy triste. Desempeñaba en el ferrocarril un modesto cargo de guardatrén o estafetero. Tenía ojos azules. O negros. O celestes... ¿Qué importa a la verdad? ¡Era el amado!... Sólo se sabe que aquel muchacho, momentáneamente, estaba al mismo nivel sentimental de la Gabriela. La maga hacía ya sus versos. Aun no había logrado encontrarse a sí misma...

Ella lo amó con un amor que incendia todavía sus últimos poemas. Y han pasado veinte años... Ella lo amó de amor, de sacrificio y de locura. Sólo que el hombre preferido no pudo comprender que aquel fuego era suyo. Y cuando ella se extasiaba mirándolo, ebria de su misma pasión, él sonreía socarronamente.

— ¡Vaya con la maestrita! Eres una romántica.

El pobre no sabía que él — tan tosco, tan prosaico — llegaría a ser, con el tiempo, la fuente inspiradora del más alto y armonioso lirismo de la América actual.

Y aquí viene lo triste. El dolor más grande de Gabriela... Su ideal, el hombre que ella había idealizado dentro de sí misma, era un ser cuya belleza moral estaba en los ojos con que ella lo miraba. Era un hombre común. Se emborrachaba gastando su sueldo en la cantina... ¡Dolor de los dolores! Fué inútil que ella le predicara sermones de moral. El doncel idealizado fué despedido de la empresa ferroviaria. Tuvo que ingresar en una tienda como modesto dependiente.

Un día, necesitando dinero para satisfacer su vicio alcohólico, el muchacho extrajo de la caja del patrón un fajo de billetes de banco. Esa misma noche, ebrio y arrepentido de su acción, se pegó un tiro. El eco de aquel tiro es Gabriela Mistral... Sin ese tiro, Gabriela no se hubiera encontrado a sí misma.

En los "Sonetos de la Muerte" hay uno — el tercero — en que Gabriela canta la desesperación de ver al hombre amado que se pierde en el vicio, arrastrado por sus malos amigos. Dice:

Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su plante
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él...

Y yo dije al Señor: — "Por las sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor.

Se detuvo la barca rosa de su vivir...
¿Que no sé del amor? ¿Que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

En otra composición, Gabriela da los gritos rítmicos más hondos que el dolor ha podido arrancar a una mujer. El amado ha muerto. Sin embargo, ella quisiera verlo. Desearía anudarse, para siempre, a su ensangrentado cuello de suicida. La composición se titula "Volverlo a ver":

¿Y nunca, nunca más, ni en noches [llenas
de temblor de astros, ni en las albo- [radas
vírgenes, ni en las tardes inmoladas?

¿Al margen de ningún sendero pá- [lido,
que ciñe el campo; al margen de nin- [guna
fontana trémula, blanca de luna?

¿Bajo las trenzaduras de la selva,
donde llamándolo me ha anochecido,
ni en la gruta que vuelve mi alarido?

¡Oh, no! ¡Volverlo a ver, no im- [porta dónde,
en remansos de cielo o en vórtice [hervidor,
bajo unas lunas plácidas o en un cár- [deno horror!

¡Y ser con él todas las primaveras
y los inviernos, en un angustiado
nudo, en torno a su cuello ensangrentado!

Después comienza la crisis religiosa. En sus primeros tiempos, Gabriela es panteísta. Cada flor, cada espina, cada ser, cada vaca, cada niño, es un Dios... Y esto no basta a su naturaleza mística. Necesita una imagen abstracta en la cual poder personalizar sus emociones más sutiles. Se hace católica. Católica sin límites... Y es entonces cuando descubre que el amado, en razón de su muerte voluntaria, es indigno de la gracia de Dios. Y ruega en "El Ruego" por él, diciéndole al Señor de las Nubes que perdone al suicida:

Señor: tú sabes cómo, con encendido brío,
por los seres extraños mi palabra te invoca.
Vengo ahora a pedirte por uno que era mío,
mi vaso de frescura, el panal de mi boca,

cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste.
Me cuido hasta de aquellos en que puse nada.
¡No tengas ojo torvo si te pido por éste!

Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro como la primavera.

Me replicas, severo, que es de plegaria indigno
el que no untó de preces sus dos labios febriles,
Y SE FUÉ AQUELLA TARDE SIN ESPERAR TU SIGNO,
TRIZÁNDOSE LAS SIENES COMO VASOS SUTILES.

Pero yo, mi Señor, te arguyo que he tocado,
de la misma manera que el nardo de su frente,
todo su corazón dulce y atormentado.
¡Y tenía la seda del capullo naciente!

¿Que fué cruel? Olvidas, Señor, que le quería,
y que él sabía suya la entraña que llagaba.
¿Que enturbió para siempre mis ninfas de alegría?
¡No importa! Tú comprende: ¡yo le amaba, le amaba!

Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio,
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.

(Continúa en la pág. 48)



Mozart cuando era niño



Camilo Saint-Saens, a la edad de doce años



Rota Rinaldi

Los niños célebres





EL genio prematuro de ciertos niños y su extraordinaria precocidad es uno de los problemas insolubles ofrecidos a la humanidad.

¿Admitiremos el valor futuro del hombre como una fuerza latente en la infancia, a la manera que duerme en la semilla la vida de un árbol? ¿Bastan circunstancias especiales para precipitar la eclosión de dones milagrosamente desarrollados, como hacen los faquires con un grano de trigo que — según dicen — transforman en planta madura en pocos segundos?

El genio imprevisto de un Mozart y de tantos otros chicos célebres a la edad de los juegos infantiles, ¿es atavismo?

¿Apelaremos a la metempsicosis, para explicar la existencia de un músico, de un matemático o de un poliglota de cinco años por el recuerdo de anteriores vidas?

Dejamos el extraño enigma al cuidado de los psicólogos, para concretarnos a la enumeración de los casos más curiosos de vocaciones espontáneas.

Empezaremos por los pequeños prodigios de la época actual.

En el cinematógrafo los improvisados talentos son moneda corriente. Conceden los "films" ruidosa gloria a pequeños de cinco y siete años. Los ejemplos de Jackie Coogan, de Baby Peggy, de Regina Dumien, entre otros, son bien conocidos.

La prensa mundial se ocupa de Pedro Nerini, que a seis años era un virtuoso del violín. Hoy tiene nueve.

El pianista de ocho años Pedro Mazzini recuerda la sorprendente precocidad de Saint-Saëns. No hace mucho se hizo aplaudir en la sala Pleyel, interpretando a Beethoven y Chopin.

En octubre de 1923 Rota Rinaldi revolucionó a Tourcoing, donde doscientos quince ejecutantes interpretaron un oratorio de su composición.

Para escuchar la obra de esta niña de once años acudieron críticos musicales de todas partes.

Si es en el ajedrez, ahí está Arístides Gromer, el jovencito parisiense que, a trece años, juega contra veinte adversarios de primera fuerza y es vencedor del torneo en tres horas, después de ganar quince partidas. Sucumbió ante uno solo de sus adversarios.

Este niño goza de gran renombre en el mundo de los ajedrecistas. Un tío suyo escribió un manual titulado: "Gramática del ajedrez", considerado como obra maestra entre los fervientes de este juego.

No olvidemos en esta crónica el temprano debuto de la Réjane, cuando contaba apenas seis años, de Sara Bernhardt y de Celina Montaland apareciendo en el escenario a cuatro años, encarnando el papel de "Gabriela" en la obra de Emilio Augier.

Niños prodigios en las artes plásticas de la época contemporánea fueron: Denys Puech, Juan Pablo Laurens y María Bashkirtseff.

El primero se reveló en circunstancias poco favorables. Su padre cultivaba una modesta propiedad y el niño estaba encargado de vigilar el rebaño.

Atormentado por vocación poderosa, dejaba al ganado vagar a la ventura, mientras se ocupaba en reproducir los objetos circundantes, rompiendo la escarcha o cortando un árbol, para obtener material. El día en que por vez primera sus ojos contemplaron una estatua quedó en éxtasis, y juró ser escultor. Hubo de conducírsele a presencia del autor del monumento, Mahoux, quien lo tomó como aprendiz y se interesó por su suerte.

El padre de Juan Pablo Laurens, el Agustín Thierry de la paleta, era carretero en un barrio de Lauraguais. Hojeando el único libro de la casa, el de oraciones usado por la madre, cuando iba a misa, encontró algunas imágenes. Inmediatamente intentó copiarlas, tal era su sed de dibujar.

Acertaron a pasar unos albañiles piamonteses, ambulantes, que pintaban paredes y techos. El niño, al ver pinceles y colores se sintió irresistiblemente impulsado a ir tras esos obreros.

Convenció al padre y, a trece años, se empleó con los artesanos, para mezclar y preparar colores.

Pero la vida errante, los malos tratos y escaso alimento que recibía le hicieron imposible la permanencia entre esa gente.

A pie, regresó a su casa. No por eso debilitó su vocación. Más que nunca empeñóse en ser pintor. Se le envió a la Escuela de Bellas Artes de Tolosa. Allí maravilló a todos los profesores.

María Bashkirtseff, muerta a veinticuatro años, era una jovencita de extraordinaria inteligencia. Su diario la coloca entre los más grandes literatos, lo cual no le impedía ser una excelente pintora. Fué sumamente precoz. La temprana eclosión de su alma, tan comprensiva, es un doloroso milagro. ¡Lastima grande que un espíritu de tal calidad se haya extinguido tan pronto!



FOTO H. N. Regina Dumien

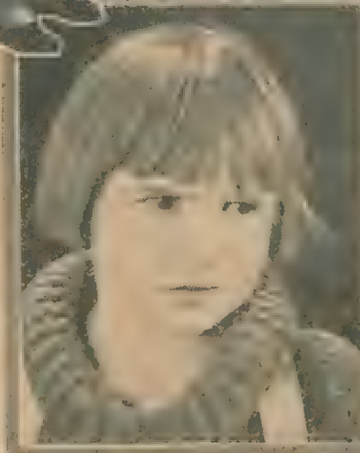


FOTO GOLDWYN Jackie Coogan



FOTO UNIVERSAL Baby Peggy

QUIZÁ sea entre los músicos donde mayormente abundan los ejemplos de prematura madurez. Listz, Beethoven y Saint-Saëns no habían cumplido una decena de años cuando se hicieron aplaudir, pero el pequeño Mozart fué el prodigio de los prodigios.

A seis años tocaba con perfección piezas de clavicordio compuestas por él mismo.

El emperador Francisco I quiso conocer a esta criatura de maravilla, dándole por compañera de juego a su hija María Antonieta, la futura esposa de Luis XVI. Mozart apareció en Versalles en 1763. Tenía siete años. Tocó el órgano en la capilla real, y dejó estupefacta a la corte.

Al año siguiente fué requerido por Jorge III de Inglaterra, monarca muy aficionado a la música. Colocaron ante el niño las páginas más arduas de Haendel y de Bach, que fueron ejecutadas a primera vista, con real virtuosidad.

Cuando regresó a Viena, en su duodécimo año de vida, fué instado por el emperador para que escribiese una ópera. Mozart hizo representar la "Finta Semplice". Como planta cuya savia se agota en brusco desarrollo, este genio sobrenatural murió joven: treinta y seis años duró solamente el mago de la música.

También Juan Rameau demostró desde la infancia rara habilidad musical. Hijo de músico, como Mozart, aprendió a cantar y a tocar el clavicordio al mismo tiempo que deletreaba su abecedario. Al llegar a siete años deleitaba con sus ejecuciones en el piano y en el violín. Sus estudios escolares se resentían, naturalmente, y un maestro cruel castigaba al niño. Se vengaba llorando amargamente, pero volvía a los instrumentos favoritos.

Juan Pico, nacido en el castillo de la Mirándola en 1463, fué otro niño prodigio.

Abrazó todo el ciclo de los conocimientos humanos. Dotado de asombrosa facultad de palabra y de memoria nada común, Juan era considerado a diez años como uno de los oradores y literatos más notables del mundo. Hablaba latín, griego, hebreo, árabe y caldeo.

Profundizó el derecho canónico a catorce años, y despertó entusiasmo universal por su sabiduría. Publicó una lista de nueve proposiciones sobre todo cuanto está al alcance del humano conocimiento, resuelto a defenderlas contra cualquier opinión.

Este valiente reto le creó gran número de enemigos. Fué acusado de herejía y hubo de luchar contra persecuciones.

Murió a treinta y un años, el mismo día de la entrada de Carlos VIII a Florencia, quien le mandó en vano un médico para asistirle.



FOTO H. N. Arístides Gromer

Otro sorprendente niño fué Condiac, nacido en 1719 y muerto en París antes de cumplir su séptimo año. Conocía cual experto gramático su lengua materna, poseía nociones de latín, de griego, de hebreo, estaba adelantadísimo en aritmética, geografía, mitología, heráldica e historia universal.

El caso del escocés Jacobo Crichton (1560-1583) es vertiginoso. Tres lustros llevaba cuando invitó al público para discutir con él, en verso o en prosa, en doce lenguas diferentes, sobre el asunto que se le ofreciera, en el Colegio de Navarra.

El día señalado para la controversia, se retrasó en el camino. Los adversarios comenzaban a burlarse de su desafío, cuando apareció. Había sido detenido por un espadachín, quien, al cerrarle el paso, le gritó:

(Continúa en la pág. 58)



Tres borrascas en un plato capeadas por el yate de Quintín

Por EDMUNDO MONTAGNE

Ilustraciones de Palacio



HA transcurrido mes y medio sin que a Quintín se le vea la cara en su casa. Y en cuanto a dormir en ella, va para medio año que no lo hace.

Ahora, a las dos de la noche, trata de abrir la puerta de la pieza con el menor ruido posible. Entra, enciende un fósforo y ve algo que lo fastidia al pronto. ¡Su cama está ocupada! ¡Lo había olvidado! De veras, tenía completamente olvidado que una vez un amigo le escribió para que en su casa recibieran al jovencito estudiante que está ahí en su cama, completamente dormido.

A este primer contratiempo sigue el enérgico "¡Quién va!" de su madre y los "¡Qué!" asustados de los demás hermanos, y los ladridos de los perros del encargado.

¡Qué bochinche habrá de ser el que ocasiona, para que perros tan civilizados como aquellos se decidan a ladrar!

—¡Eeeh!... ¡Soy yo! — dice Quintín, como reprendiendo a su propia madre.

Hace rodar la mesa; discute con doña Martina para que no ande descalza, queriéndolo ayudar a trasladar el colchón; va y viene, con las ropas de cama, de una a otra pieza...

Lo peor es que su madre no queda en mirarlo solamente, sino que le pregunta:

—¿Te ha pasado algo con Remigio?

¡Preguntárselo, cuando ya no recordaba él a ese imbécil!

Por lo que, tendido en el suelo, sobre su colchón, y apagadas las luces, Quintín piensa en su disgusto y definitiva ruptura con el puestero mayorista de frutas, Remigio Casabella.

—¡Si nada tengo yo que ver ya con él! ¿A qué preocuparme tanto?

Y se esfuerza en recomendarse la más despejada actividad en el trazado de un croquis de yate, del yate por él soñado y cuyo diseño acaba de prometer al señor Álvarez, nueva relación de Quintín hecha en el puesto de Remigio.

¡Qué yate ni qué patacho viejo! Hasta la casa llegó pensando solamente en la navecilla ligera; pero luego le impedían conciliar el sueño las recordadas torpezas con que Remigio no hacía más que descomponer cuanta situación comercial él le arreglaba.

Había sucedido que el frutero Remigio Casabella giraba los quinientos únicos pesos que tenía en el Banco Peninsular. Tales dineros, precisamente, se los pedía el inquieto holgazán, hijo de un millonario, Jerónimo Trocozzone. ¡Hijo de un millonario y era anarquista! ¡Qué sencillo hombre, qué talento, qué embobado estaba Remigio con Trocozzone, con la amistad de Trocozzone! Tan embobado, que no advertía el sarcasmo de pedirle a él, a un pobre comerciantucho como él, con un pie en la quiebra, quinientos pesos para seguir jugando en la ruleta de Mar del Plata.

—¿No ves eso? ¿Vos no ves esa contradicción: la de un anarquista echando plata en la rueda de azar de los ricos desocupados? ¿Y plata ajena? ¿Siempre tu plata? — le había dicho Quintín, enojado, esa tarde. ¡Basta! Aprovechá ese cinismo del pesadote Trocozzone para romper con tu débil costumbre de ceder.

Y el frutero había exclamado:

—¿Y qué voy a ceder? ¡Vos sabés tanto como yo que no puedo!

—Aunque pudieras — remachó Quintín. — No le he visto sacar nunca un triste peso ni para pagar una vuelta de café. ¿Te vas convenciendo de que es un pulpo, y que a este paso no te dejará una gota de sangre?



Quintín no se está quieto en el suelo. Trae y lleva los recuerdos. Él también había ido con Remigio y la yunta Trocozzone-Turcuvich a las provincias lejanas, en viaje de utopistas vegetarianos que buscan la región paradisal en que ser inocentemente felices. Y él vió cómo las chifladuras del inconsecuente Trocozzone resultaban, al final de cuentas, ser poco menos que la ruina comercial de Remigio. Y si bien era cierto que él, Quintín, había contribuído a gastar en aquella risueña y desatinada aventura el par de miles de pesos que constituía el fondo bancario del frutero, también cierto era que estaba empeñado en rehabilitarlo. Y hasta Fedor Turcuvich se había allegado a querer dar una mano en el puesto, cuando en mal momento Remigio, con sus brusquedades de golpeado en la cabeza, lo trata de inútil delante de los vendedores callejeros, por lo que Turcuvich, alejado, lleno de rencor, intenta arrancarlo a él, Quintín, del lado del frutero... Y Quintín ignora una cosa: ignora que Trocozzone pide dinero a Remigio insinuado por Turcuvich, pues Turcuvich ve que Quintín y el puestero beben champagne en la concurrida confitería donde después de cenar aparecen infaltablemente juntos. ¿Champagne? ¡Pues entonces ganan la mar de plata con la fruta! Y, crecido su rencor, distribuye chismes entre los amigos y le parece de perlas que Trocozzone esquilme a Remigio.

El champagne, sin embargo, era un procedimiento a la inversa: lo tomaban cuando los negocios andaban mal, para despistar. Fué primeramente una ocurrencia de Quintín, que Remigio llevó a sistema.

—¡Sí: con mi misma arma me dió el golpe! — piensa Quintín, y se representa por décimaquinta vez la escena de la ruptura.

Esta tarde había notado contradictorio como nunca al frutero, quien, cuando, irritó a la sirvienta, le gritó despropósitos a los sobrinos e hizo llorar a la hermana. "¿Qué tendrá éste?", se preguntaba en vano Quintín, llamándolo al orden. Suponía que lo sacaba de quicio la idea de no enviar a Trocozzone los quinientos pesos que le pidiera telegráficamente. Y se decía: "te pica, pero al fin no accedes. ¡Poco a poco te harás fuerte, pedazo de animal!"

Pero en la confitería estalló el secreto como una bomba.

—Mozo... ¡Champagne! — pidió Remigio mirando a Quintín con cara en que libraban batalla una sonrisita picante y una súplica de perdón.

Y asombrado Quintín le preguntó:

—¿Champagne? ¿Cómo? ¿No hemos negociado bien? ¿No hemos vendido todas las frutas, las encanastadas y las por ciento? ¿Y hasta las picadas?

Y contestó Remigio:

—Sí..., pero le giré los quinientos...

—¿Le giraste los quinientos a Trocozzone? ¿Vos mismo confesás que has hecho un mal negocio? ¡Mirá: ningún champagne despistaría esta calamidad! ¡Así es que te lo tomás vos: yo no quiero envenenarme!

Y Quintín, que había vociferado aquello y que produjera gran extrañeza en los habituales de la confitería, salió como una centella de allí.

—Oí, esperá: no seás loco! — lo llamó Remigio.

Y Quintín, sin volverse, siguió hacia la calle exclamando, para que lo oyera todo el mundo:

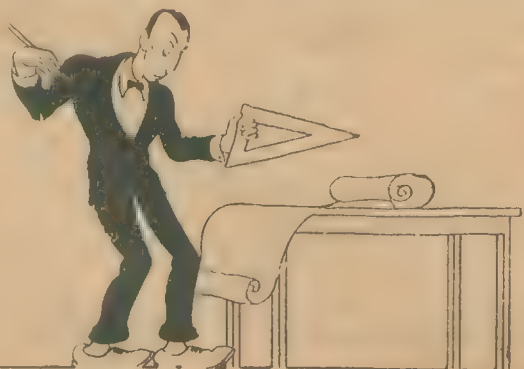
—¡Quedate vos con tu Trocozzone y reventá con él, si tanto te gusta!

Pero, ¿hasta cuándo se ha de repetir Quintín el recuerdo de la escena? ¿Podrá conciliar el sueño de una buena vez?

Lo podrá, pero todavía no, sino allá por la madrugada.

Subleva a Quintín el imaginar que Remigio, en teniendo que hacer un pago, gire como otras veces en descubierto.

—¡Ah, no! — se promete. — No seré yo quien corra y vea al gerente del Banco Peninsular ni al de ningún otro banco para componerle sus barrabasadas. Le prometí al del Peninsular, precisamente, y se lo prometí bajo palabra de honor, que Remigio Casabella no lo pondría más en los apuros de otras veces, y que nos conduciríamos tan bien, que él tendría gusto en adelantarnos cinco mil pesos. Sí. Yo con ese chiste me lo estaba preparando ya. A mí me ha tomado simpatía. Y me lo preparaba porque veía concluídos los tres mil del viejito Paolo.



Al recuerdo del viejito Paolo, se sacude Quintín nuevamente sobre el duro lecho. El viejo Paolo se había presentado una tarde en el puesto para saber buenamente cómo iban los negocios de Remigio. Éste le dijo que mal. Y el viejo, en consideración posiblemente a la memoria del pa-



dre del frutero, de quien había sido muy amigo y cuya honradez la ponía siempre como ejemplo, le prestó los tres mil pesos, diciéndoles paternalmente, a Remigio y a Quintín:

— ¡Eh, muchachos, muchachos no hay que farriar tanto!

¡Ah... Y los quinientos, únicos dineros de esos tres mil que debieron ser sagrados para ese imbécil, va él y se los gira al sinvergüenza de Trocozzone!

A esto da Quintín con un pie en la pata de la mesa, y la madre, desde la otra habitación, le pregunta:

— ¿Te sentís mal, Quintín?

— No, mamá: estaba soñando.

— Tratá de dormir... ¡Has venido tan tarde!...

II

GRAN suceso! Hoy Quintín almorzó en su casa. Hace un rato, salió a la calle y vino empuñando..., ¿una lanza?..., no: un rollo de papel de gran tamaño. Ha extendido el papel sobre la mesa, y en torno de ella va y viene, silbando, tarareando. Aplica ya la escuadra, ya la regla sobre la blanca superficie, y marca distancias y traza líneas.

Don Alfonso, el encargado, al pasar frente a la puerta suele detenerse, respondiendo a las expansiones de Quintín.

— Como le digo, por fin he encontrado quién comprenda lo que debe ser un yate perfecto.

— ¿El señor Álvarez es naviero?

— No; pero veo que entiende de construcción naval más que los del oficio. Y, sobre todo, espero que lo mandará construir, que es lo que importa. Está entusiasmado. Dirigiremos juntos la obra.

— ¡Vaya: lo felicito, don Quintín!

— ¡Gracias!

Y Quintín, como siempre que ha trabado una nueva relación, olvida ahora cuanto no sea dar satisfacción al señor Álvarez. Lleva su desvelo amistoso al máximo. En las treguas de sus puntos y sus líneas no ve cruzar por su mente sino el rostro del señor Álvarez. Y es curioso: aunque la bondad de esa cara es mayor cuando la ve aconsejándole volver junto al frutero Remigio, Quintín no recuerda más que esa bondad y al poseedor de esa bondad, el señor Álvarez. Mercado, regateos, blasfemados y gemidos de los napolitanos compradores, Remigio Casabella y sus berrinches y su champagne..., todo se ha hundido en la sombra del no ser.

— No pases, mamá, frente a la luz — advierte de pronto Quintín a doña Martina.

— No, muchacho. Saco la yerbera y nada más.

— ¡Ah, eso es: cebá unos matecitos, que ya estoy viendo mi yate deslizarse por las aguas del estuario, proa al océano!

— ¡Tan, ta-ra-ta-tan, tan! ¡Mensajero! ¡Señor Quintín Muraille!

Quintín, regla en mano, sale al vestíbulo, y viendo subir al portador de una carta, piensa que ha de tomar esa carta, ha de estrujarla y ha de echarla a un lado sin abrirla.

— No estoy para atender llamados de locos.

Pero por si no fuera, como supone, de Remigio, la abre.

Se enterará de su contenido y volverá en el acto a su yate.

— Aquí no hay más quehacer que el yate — piensa, y mirando la carta, sigue diciéndose: — La firma Giglini, el tenientito Dalmiro Giglini. ¡Qué! ¿No estaba celoso de mí? Y si estaba celoso, ¿qué quiere ahora? ¿Ya no cree, como dicen, que yo aludí a su Negra cuando canté la otra noche? Bueno. De cualquier manera, que no me llame ni a su pieza ni al cuartel: que me deje en paz.

En un segundo recuerda Qiuntín las bromitas cansadoras de Remigio respecto a la Negra y los chismes que Turcuvich comenzara a bordar. Y con todo, no alcanza a comprender el absurdo de aquella carta.

— No hay más — exclama en medio del vestíbulo, — que estoy rodeado de imbéciles!

— ¡Hombre! — susurra don Alfonso, queriendo pasar como escurrido.

— ¡Disculpe, don! En la calle, los imbéciles me rodean en la calle; aquí, no. ¡Figurese usted que un tenientillo quiere que me bata con él porque a una que llama la Negra le gusta como yo canto!

— ¡Cáspita! ¿En qué tiempos vivimos?

— En el de los Mosqueteros de la Reina, don Alfonso — responde Quintín, mofándose. — ¡Uf!... Y que si no le prometo acudir a una cita para explicarme, se sentirá agraviado.

Y, por supuesto — concluye don Alfonso, — le mandará los padrinos.

— Eso deja entender.

Y Quintín, viendo venir a su madre con el mate, pone súbitamente punto en boca.

Y al rato quiere tararear y trazar más rayas que nunca; pero el "usted" de distancia y de reto en que está escrita la carta de Giglini, con quien hacía cierto tiempo se tuteaba, lo subleva.

— Quizá las otras noches me propasé, bromeando, en la confitería, sobre la odalisca y el militar, y Turcuvich se lo ha soplado y el otro se ha enceguecido.

Y en esas que Quintín imaginaba el lance, y en el preciso momento en que de un sablazo partía en dos la sesera del tenientillo, suenan nuevos llamados de aldaba, y el estudiantito llega subiendo a saltos, y dice:

— Quintín: dos señores lo buscan.

— ¿Quiénes?

— No los conozco.

— ¿Dónde recibo yo a los padrinos de honor? — expresa sinceramente azorado.

Y cuando don Alfonso, que apenas disimula la comicidad del trance, le indica su recibito rococó, los padrinos llegan arriba.

Y...

— ¡Amigo Álvarez!... ¡Ja, ja, ja! ¡Usted dispense! — irrumpe con grandes gestos Quintín. Usted y el señor no vienen como padrinos de...

— ¿Cómo padrinos? ¡Ah, sí: de bautismo del yate!

— Pues..., luego les contaré el equívoco.

Y el señor Álvarez presenta a su acompañante, el joven naviero de quien le hablara a Quintín. Y, entre uno y otro mate, comentan animadísimamente el diseño a medio hacer.

III

LOS parroquianos de la confitería notan a Remigio Casabella más inquieto que ayer. Si su costumbre de sacar a dos por tres el reloj indica su carácter impaciente, esta noche esas consultas de la hora menudean al punto de rayar en locura. Y deja su mesa, y va a la puerta, y vuelve adentro. Todo lo cual es disimuladamente comentado por Turcuvich y Giglini, que ha hecho mesa aparte.

El teniente había saludado a Remigio; Turcuvich, no. Y él, Remigio, se preguntaba si aquellos otros esperarían a Quintín, y si, atajándole el paso y haciéndolo sentar a su mesa, se lo tendrían toda la noche, anulando así la posibilidad tan anhelada de que el sublevado socio en frutas se reconciliara con él.

En la cara mostachuda de Turcuvich asoma de pronto un fulgor de envidia. El teniente mueve su espada entre las piernas.

¿Qué pasa?

Remigio Casabella viene transformado, regocijado como una criatura. Y con él entran el señor Álvarez y otro señor.

— ¿No lo ha conocido por vos? — pregunta el teniente Turcuvich, refiriéndose a la amistad del señor Álvarez con Remigio.

— Sí, también. Siempre que uno quiere hacer gente a los brutos... presentándoles gente...

Pero no le es posible continuar cuereando al frutero: el señor Álvarez, tan irresistiblemente amable, se acerca, saluda, los dos se ponen de pie, él les presenta al joven naviero y...

— Hoy habrá más motivo de hacer la mesa doble. ¿No es así, amigo Casabella?

Y el preguntado, Remigio, siempre contento, indica a un mozo de servicio que acerque otra mesita. Y como esa indicación, en cualquier caso, no le correspondía a él sino a los dueños de aquel sitio, se produce en éstos cierto empaque embarazoso que el señor Álvarez atribuye al resquemor de Turcuvich con Casabella, por lo que se apresura a anularlo.

— Aquí, el amigo Turcuvich, descendiente de navegantes, será un buen apreciador de la obra.

— ¿El señor — pregunta Turcuvich al joven naviero — ha hecho un barco?

— Colaborará..., colaboraremos... Se trata del yate estilo Quintín Muraille. Nuestro excelente amigo Quintín...

El teniente interrumpe al señor Álvarez diciendo con sequedad, de un modo cortante:

— Yo también espero al señor Muraille.

E iba a agregar:

— Pero, para un asunto particular.

Cuando...

— ¡Magnífico, entonces! — exclama el señor Álvarez. — No tenemos más que sentarnos.

Y sospecha otro disgusto en el teniente, y también con Quintín.

Pero se han arrimado dos mesas; Remigio Casabella conversa con el teniente, Turcuvich con el naviero, y el señor Álvarez, haciéndose al fin oír por todos, alaba el bello carácter de Quintín.

— ¡Ayer me promete el croquis y hoy lo comienza y lo concluye! ¡Qué buen amigo este Quintín!

De pronto, los parroquianos, de un lado y otro, saludan:

— ¡ Buenas noches, Muraille!

— ¡Hola, Quintín!

— ¡Adiós, che, loco: vas apurado!

Y el saludado ve con sus ojos de lince la reunión presidida por el señor Álvarez y sospecha una celada de concordia general tendida por el buen caballero.

Más que ayer, parece Quintín que va empuñando una lanza. Y esa arma cándida, cilindro de papel con alma de aire, es, en efecto, un arma de paz.

— ¡ Aquí lo traigo ! ¡Je! — dice, antes que bata las manos Remigio, que ya aplaude como un niño y es secundado por el señor Al-



(Continúa en la pág. 48)



Madame Récamier

Por G. FERRIERES





O todo se ha dicho sobre esta célebre figura femenina. Incompleto es el conocimiento de su vida, a juzgar por la afirmación de Mme. Lenormand, sobrina suya, y por las admirables páginas que Chateaubriand le dedica en sus "Memorias de ultratumba". Ignorábase tanto la luz interior animadora de esta belleza, como el corazón albergado en el pecho de la deidad. José Turquan emprendió la tarea de ilustrarnos, con lujo de detalles y en forma bien pintoresca, sobre el ambiente donde actuó aquella a quien se llamaba "la Bella entre las bellas".

Nacida en Lyón el 4 de diciembre de 1777, Juana Francisca Julia Adelaida Bernard era hija de un escribano de la ciudad, poco inteligente pero muy hermoso. Su esposa, no menos bella, sorprendía por una extremada coquetería. Sin tener derecho alguno para juzgar a esta señora, es el caso de recordar el nombramiento de Bernard como receptor de finanzas en París, debido a los buenos oficios de Calonne, demasiado gran señor para favorecer a quien ningún mérito ofrecía.

La pequeña Julia fué mandada a Villafranca, en casa de una tía. A siete años comenzó para ella su profesión de mujer adorada. Educóse en un convento de Lyón y, terminados los estudios, volvió al hogar paterno, situado por entonces en París. En sus salones reuníanse notables personajes, tales como Camilo Jordán, La Harpe, el convencional Barrera, etc.

Un día apareció entre ellos Récamier. Hijo de un sombrerero de Lyón, había establecido un Banco. De arrogante figura, hombre de mundo, hábil discurridor, optimista y alegre, no vaciló en pedir la mano de Julieta, pese a sus cuarenta y dos años. La joven tenía entonces diez y siete años. Realizóse la boda en los comienzos del Terror, el 24 de abril de 1793, día del triunfo de Marat. Aparece aquí un punto delicado, imposible de dilucidar: las relaciones entre los nuevos esposos fueron nulas.

¿Cómo podía concebirse tal fenómeno entre una hermosa niña y su mundano esposo?

La maledicencia forjó toda suerte de conjeturas, no faltando quien sugiriera el más íntimo parentesco entre ellos. Récamier sería el padre natural de Julieta, y su propósito era conservar a la hija en su casa y darle la vida opulenta que su belleza merecía. Para eso simuló la boda.

Abatido Robespierre el 9 Termidor, la reconstrucción del crédito nacional y provisión de armas fueron mina inagotable para los banqueros.

Récamier hizo fortuna inmensa, valiéndose a veces de medios poco escrupulosos. Su esposa fué así figura descollante en la sociedad del Directorio, cuya preocupación única era la de divertirse. Madame Récamier convirtióse en beldad célebre entonces, compartiendo su cetro en los salones con Mme. Tallien, Mme. Hainguerlot y Mme. Beauharnais. Se la admiraba en todas partes: en las conferencias de La Harpe, sentada al lado del profesor; en los Campos Elíseos; en el concierto Feydeau. Afectaba gran sencillez en el vestido, lo cual constituye la suprema sabiduría de las coquetas. Hallábasela en casa de Barras ejecutando la "danza del chal", que Mme. de Staël inmortalizó en "Corina", e hizo decir a Bouffers: "¡Nunca se ha bailado mejor con los brazos!"

Para estas reuniones creóse una indumentaria neogreca y aparecía vestida casi únicamente con su pudor. Besnard, al verla subir en compañía de Mme. Bonaparte y Tallien cierta vez, una escalera, dijo creerse en presencia de las Tres Gracias mitológicas.

En parecido atavío mostrábase en carruaje por Longchamps, apenas cubierta con un peplo, los brazos desnudos, esmaltados de camafeos y calzando sandalias. Su aparición en los paseos era acontecimiento sensacional, origen de muchos desórdenes e interrupciones en el tráfico.

Sir John Carr la encontró una noche en los Campos Elíseos "en traje parecido al del paraíso", según la expresión del viajero inglés.

Récamier compró para la moderna Aspasia un palacio en la calle Monte Blanco, perteneciente a madame Staël. Fué ocasión tal circunstancia para establecer entre ambas mujeres amistad perdurable.

El lujo reinante en ese período semejábase a algo oficializado, por lo cual Julieta se propuso obtener un brillante lugar por su magnificencia original. Sus dotes no le permitían destacarse en otra forma. Aparte de algunos rudimentos musicales y un poco de pintura, lo ignoraba todo.

Nada ofrecía de pintoresco ni de imprevisto. Una severa corrección guiaba su continente, muy en desacuerdo, por cierto, con sus audaces "toilettes".

Sin embargo, atraía a todo el mundo: a los jóvenes generales de la República como a los hombres de letras y a los restos de la emigración. A su lado están Moreau, Bernadotte y, sobre todo, Masséna, quien llevó como talismán un pedazo de cinta blanca usada por la bella, al ausentarse con el ejército a Italia.

Posteriormente al 18 Brumario, para ser agradables al primer cónsul, ábrense los salones de moda a los militares.

Pero Napoleón, para establecer orden y equilibrio en las finanzas de la República, asestó un golpe fatal al Banco Récamier, cuyo salón tomó un tono de oposición, reforzado por el despecho de Julieta, a quien Napoleón no hizo ningún caso.

No por eso dejaban de frecuentarse las familias. Madame Récamier ses interesó por el joven Eugenio Beauharnais y por Luciano Bonaparte. Este último le escribe apasionadas epístolas y se vale del nombre de Julieta para nombrarse Romeo. Pero no tuvo paciencia para prolongar una adoración platónica: bruscamente, abandonó la empresa.



El célebre retrato, obra de David, que se conserva en el Louvre, data precisamente de esta época. Obedeciendo a su voluntad, el pintor la reprodujo con los pies desnudos, como Gerard lo hizo más tarde. El ingenio popular halló una justa expresión al referirse a las telas de Mme. Récamier. Calificó a las conocidas obras maestras del pincel como "retratos de cuerpo entero".

Celebrado el Concordato, trasladóse a Londres la elegante, y por muchas semanas las gacetas inglesas consagran sus columnas a consignar sus actos y sus gestos... Entretanto, proclamado emperador Napoleón, se preocupó de establecer una mansión digna de su rango. Pensó en Mme. Récamier para dama de la emperatriz, en palacio.

Comisionó a Fouché, quien solicitó de ella este favor, agregando que el emperador necesitaba una guía femenina.

Madame Récamier rehusó el honor, muy a pesar suyo, obedeciendo a la presión del círculo donde actuaba. Bien hubiera necesitado un acercamiento con el gobierno.

Una grave crisis arruinó las finanzas de Francia en 1805, y el Banco Récamier, cimentado en débiles fuerzas, quedó completamente arruinado.

El banquero anunció a su esposa que si el gobierno no le adelantaba un millón de francos, con las garantías disponibles, estaba en la calle. No obtuvo el crédito anhelado, y Julieta se vió en la necesidad de renunciar a su lujosa vida.

Condenóse a destierro en provincias. Fué luego en busca de Mme. Staël, en Suiza, hacia 1807. Allí le aguardaba la única aventura sentimental de su vida. Entre los huéspedes notables de Coppet hallábase el príncipe Augusto de Prusia, brillante joven de veintisiete años, que no tardó en enamorarse de Julieta.

Pero lo digno de notarse fué verse animar a la estatua. Madame Récamier había encendido muchos corazones sin quemar el suyo. Por primera vez dominóla una pasión amorosa. Como el príncipe quería casarse con ella, pidió a su marido licencia de divorcio para unirse al bienamado. Habíanse cambiado mutuamente anillos de compromiso, y el príncipe, gran romántico, escribió con su propia sangre un juramento de amor y fidelidad eternos.

El pobre Récamier, siempre complaciente, dió a Julieta mil razones opuestas a su capricho, entre otras la imposibilidad de obtener del rey de Prusia consentimiento para un casamiento entre el príncipe y una burguesa. Embriagado con la magia del nuevo miraje, Julieta no había previsto esa dificultad.

Enloquecida, sin fuerzas para renunciar a ese amor, soñó con refugiarse en la muerte.

Escribió al marido y, naturalmente, hizo confidencias a Mme. Staël, quien la convenció de la necesidad de vivir. ¿No había ella también intentado igual tontería? Estaba de moda en Coppet el pretender morir unos por el amor de otros y hallarse luego en perfecta salud. Convinieron las amigas en ganar tiempo sin quitar esperanzas al príncipe, quien partió a Berlín llevándose el retrato de Julieta pintado por Gerard, mientras ella tornaba a París. Activa correspondencia se entabló entre ellos. Julieta no se avergonzaba de confiarse al extranjero que hacía derramar tanta sangre francesa y le anunciaba alegremente la derrota de sus conciudadanos.

Es de advertir el relajamiento patriótico de ese tiempo. Preferíase ver a Francia vencida y fraccionada, más bien que aplaudir las victorias de Napoleón. Madame Récamier representa con justeza ese estado de alma.

Fué su salón, en todo instante, un asilo de traidores. En cuanto a ella, parecíale muy natural perder su nacionalidad de francesa para casarse con un prusiano. Al día siguiente de Waterloo no tuvo inconveniente en recibir a Wéllington, quien hincóse de rodillas en su presencia como para ofrecerle en homenaje su victoria sobre Francia. No debe sorprendernos, pues, si el emperador la desterró un tiempo. Tres

(Continúa en la pág. 58)



Atilio Supparo, que ocupa actualmente la dirección de escena del teatro Nacional y que fué uno de los más entusiastas trabajadores de los primeros tiempos de nuestro teatro

FOTO CABADA

Hombres de teatro

Conversando con Atilio Supparo

Por FEDERICO MERTENS



Si a don Pepe Podestá mucho le debe nuestro teatro, Atilio Supparo, que fué un gran colaborador suyo, debe llevar su parte de gloria. Fué el primer director de don Pepe, en el Apolo, allá en las primeras temporadas de escenario sin picadero...

Años hacía que no veía yo a Supparo. Esto parecerá extraño, sabiendo que él ocupa la dirección escénica del teatro Nacional desde hace ya mucho tiempo. Sin embargo, es así. Soy de los autores que trabajan desde su escritorio, sin frecuentar corrillos, y en un casi absoluto alejamiento del ambiente. Muchas veces me asombro de haber triunfado con estas cualidades negativas del éxito.

Pero es, fué esa mi costumbre siempre. No veía yo a Supparo desde el estreno de "El orgullo de la casa". De entonces acá han pasado quince años, más o menos. Naturalmente, en ambos resucitó, a las primeras palabras, el recuerdo de las mejores épocas de nuestro teatro. ¡Cómo habían cambiado los tiempos! Sin incurrir en el error de creer que todo tiempo pasado fué mejor, era evidente que entonces, por lo menos el teatro, no estaba tan mercantilizado. El autor, por aquellas épocas, prestaba una mayor preocupación a su labor profesional, considerándola de cierta trascendencia. Miraba, se atenía al presente, pero miraba y se entregaba asimismo al porvenir. Su obra no la escribía para salvar un momentáneo apremio solamente, sino también con vistas a su perduración. Ahora, salvo excepciones, se escribía únicamente para ganar dinero. ¡Y así se escribía!...

— ¿Qué es lo que ha determinado esta ausencia de aspiraciones artísticas? — le pregunté a Supparo.

— Entendámonos. Yo no acuso de esa ausencia de aspiraciones artísticas a todos los autores, desde que esas aspiraciones estimulan a la mayoría de los autores que estrenan en la compañía que dirijo.

— Hablamos en general, Supparo...

— A qué se debe no podría decirlo, de una manera categórica, ni yo ni nadie. Si se supiera a qué se debe, sería fácil corregir ese gran defecto... Empero, yo creo que se debe al momento en que vivimos, simplemente. En toda actividad, artística o no, es notorio el afán desmedido de ganar dinero, sin preocuparse de los medios. Es natural que no haya podido librarse de ese afán el teatro... Las cifras que se publicaban anualmente, respecto de lo que ganaban los autores, comenzaron a ser el punto de destino hacia el cual se dirigían muchos. Ya no es cosa de ser el mejor autor, sino de ser el autor que gana más... Bien entendido que sigo interponiendo excepciones en mi apreciación generalizada. ¿Esto no podría ser en parte la causa del mal momento evidente por que atraviesa el teatro, en cuanto a producción de calidad?... Ahora, en cuanto a cantidad, se advierte que los carteles de las compañías multiplicadas con el tiempo, no pueden ser abastecidos por un núcleo de autores reducido. El autor nuevo no surge en la medida de las exigencias. Muchos de los más destacados autores de aquellos tiempos nuestros se han ido: Sánchez, Coronado, Granada, Pacheco, Roldán, Iglesias Paz, aunque estos dos últimos, puede decirse, eran de los que ingresaron últimamente. Pero, por el mérito de sus obras, que trajeron al teatro un aliento de renovación, se les puede considerar entre los que batallaron por enaltecer nuestra escena, como lo hicieron los de las primeras épocas. Esas bajas no han sido cubiertas. Repito: el autor nuevo no aparece. Los viejos que aun quedan, han derivado de nuevo hacia el periodismo, hacia la cátedra, hacia otras ocupaciones, en razón tal vez del avance de ciertos géneros teatrales de la predilección del público.

— Pero usted, amigo Supparo, a su regreso de Montevideo, para incorporarse de nuevo a la actividad del teatro en Buenos Aires, debió encontrarse con autores que entonces no habían estrenado aún...

— En efecto... Pero, ésos ya son de los viejos, amigo, de los que siguieron muy de cerca a los iniciados en los primeros tiempos del Apolo o de la Comedia. Son de los que trajeron de aquellos tiempos el amor por el teatro en sí y las aspiraciones artísticas de que hablábamos... Al hablar del autor nuevo, refiérome a los de iniciación reciente. En este sentido, si aparece alguno, es revistero... La revista nos está siendo fatal: arrastra a autores de valía y los resta al sainete y la comedia. Y los que no se han entregado aún a ese malón, están un poco ociosos para el teatro...

— Eso es creer que el mal está un poco en la ociosidad de los autores viejos...

— Y en la ausencia de aspiraciones artísticas de los que llegaron al teatro sólo para ganarse la vida... Aunque no debemos olvidar entre los nuevos autores algunos que están dentro de imponderables empeños de arte... Pero, éstos también están más cerca de los tiempos viejos que de los tiempos presentes, aunque su punto de iniciación no sea muy remota.

"Ya se les veía surgir, desde el periodismo; ya se les adivinaba en el ambiente...

— Sí, como quien dice: son de la última hornada, pero con levadura vieja... ¿Usted cree entonces que una de las razones del mal momento por que atraviesa el teatro, radica en que casi somos los mismos autores de entonces para mayor cantidad de compañías?

— Y ¿qué duda cabe?... Lo malo es que todos los autores de entonces no doblan sus energías, no aúnan los esfuerzos en estos momentos para levantar el teatro de comedia y de sainete, que decae. ¡Trabajando duro y parejo, amigo, no se la llevaría de arriba la revista!...

— ¿Trabajamos poco?... ¡En verdad, Supparo!... Nos falta entusiasmo. Pero, ¿no será también que estamos un poco desencantados porque trabajamos con poca suerte? ¿No será que esperamos que pase el mal momento? Nuestra ociosidad — esa ociosidad de "una obra por año" — ¿no radicará en una profunda amargura?... Se han adueñado del favor del público los autores de éxitos coreográficos, a base de emulaciones extranjeras, en tanto que nuestras comedias de hoy, nuestros sainetes de hoy, pasan en contadas representaciones por los escenarios, y vapuleados, además, por una crítica que no repara ni recuerda lo que hemos hecho...

— Ya nos metemos muy allá, amigo... Despidámonos...

— ¿Hasta otros diez o quince años?

— ¡Quién sabe!... Ya estamos viejos para pensar en volvernos a ver a tan larga distancia... Procuremos que sea antes, por si acaso...

Mi ombú

Por ATILIO SUPPARO

¡Cien años! Cada arruga es como un tajo
que lo hizo cicatriz algún ricuerdo.
Ya no queda cuchillo en todo el pago
que no haiga puesto el nombre de su dueño.

Letras que son promesas de los novios
y grabaron allí pensando en ella.
Es un tatuaje gaucho, claro y hondo
que el ombú va a guardar hasta que muera.

Árbol de savia criolla, que abre entera
su copa pa dar sombra a los viajeros;
hincha el lomo e'las raices juera e tierra,
pa que venga el cansao y tome asiento.

Cuanto pájaro llega hasta sus ramas
engancha su vivienda entre las hojas;
cada nido parece una medalla
que se hubiera ganao por güen patriota.

Hay una cruz clavada al lao del tronco,
hecha con la guitarra de una moza.
¡Yo mesmo la enterré, junto con todo
lo que ella me cantó cuando de novia!

Por eso que aquí cerca alcé mi rancho;
pa que de noche, cuando baje su alma,
me halle sobre las raices, esperando
que me ponga de poncho sus dos alas.

Pa que me diga al oido, muy bajito,
lo mesmo que me dijo cuando entonces,
mientras quema una vela su pabilo
y, goteando, en la cruz, llora mi nombre.

Llora por mí que ya no tengo lágrimas.
¡Treinta años lagrimié, siempre en secreto;
naide más que mi ombú vido mi cara
porque jueron sus hojas mi pañuelo!

Una carta

Por

ELVIRA M. DEL MONICO



"...de velar noches enteras al lado de una pobre cuna..."

"Jueves 9 de abril.



RAIMUNDO:

"Hay instantes supremos en la vida de toda persona: son las crisis en el alza y baja de toda existencia. A partir de ellos, somos felices o íntimamente desgraciados.

"No sé cuál será mi porvenir, ni lo preveo; sólo sé que el presente me llena tanto la vida, que ya ni pasado ni futuro tengo.

"Esta noche eres el más profundamente feliz de los hombres; yo te doy esa felicidad plena, como tú un día me diste el dolor absoluto.

"Me pediste esta tarde volviera a ti, que reconstruyéramos el nido deshecho por tu propia mano; necesitas del amor de tu esposa y de la ternura de tu hijo. Accedí.

"Bien; serénate y lee.

"Cuando te conocí, en aquel bazar de donde era cajera, no presentí te adoraría luego; tanto me eras indiferente.

"Estaba yo sola en el mundo; huérfana y pobre, luchaba desesperadamente frente a la vida, después de haber conocido las ternuras del hogar y los halagos de una existencia cómoda.

"Ni juventud, ni bondad, ni belleza te impidieron continuar tu obra lenta, segura y obstinada de asedio; antes bien, fueron manjares codiciados a tu fino paladar de gustador sensible.

"Te amé, ¡oh Dios mío!, cómo te amé; te quise honda, profundamente; tanto, que creí vivir con el aire que tú respirabas y pensar con tu propio cerebro. Fundí mi vida total, absolutamente en la tuya: me estremecía al ruido de tus pasos, tu perfume me turbaba, tu presencia me hacía desfallecer.

"¿Te acuerdas cuando lloré por primera vez abrazada a tu cuello? ¿Sabes por qué?

"Me besaste, tú, que eras mi Dios, a mí, que estaba perdida en el mundo, como a una hoja o un bichito, como nada, a mí, que me consideraba excluída del amor.

"Nos casamos.

"Días embriagadores de primavera, junto al mar.

"Rayos deslumbrantes del sol de octubre, reverberando en la dorada arena de la playa; aguas mansas, ondulantes, que morían a nuestros pies en eterna lucha por alcanzarlos; olas altas, bravías, rabiosas, que rompían contra las rocas sembrando de perlas nuestros rostros y nuestras manos; blancas gaviotas que nos vieron pasar tomados del brazo, absortos en nuestro amor; mudos, sentados en la arena, comprendiendo la enorme felicidad nuestra, que, rebosando del pecho, tocaba el horizonte, el límite de los mares, del mundo, del infinito, y se condensaba en una pequeña, clara lágrima que se deslizaba sin querer por mi mejilla y que tú secabas con tus besos, ante la más estupenda puesta de sol que pueda dar la Naturaleza.

"¿Te acuerdas cuando, frente a este mismo mar, me dijiste llorando (de felicidad, tus propias palabras) y apoyada tu cabeza en mi pecho (¡cómo me sentí todopoderosa en ese instante!): "te juro, te amaré siempre, tesorito adorado, mujercita mía?"

"Olas van, olas vienen, se llevaron tus palabras, y allá en la otra lejana orilla "él" repetirá a "ella" las mismas palabras que les dicten las olas.

"Tomamos después, con paso sereno, el ritmo de la vida común.

"¿Te acuerdas de nuestro hogar? ¿De los cuadros colgados entre beso y beso? ¿De la terraza cubierta de rosas, como un tibio nido, perfumado, de amor?

"¡Cómo te reíste de mí el día en que me hallaste llorando convulsa, arrodillada frente a mi gatita, rodeada por tres copitos de nieve, de suave hociquito, que apenas se movían y ya chupaban tanto!

"¡Y cómo lloraste tú, sobre mis manos exangües, cuando la cigüeña trajo del lejano país maravilloso un montoncito de carne rosada, que copiaba tan bien mis ojos azules y tu amada boca! ¿Cuánto tiempo duró mi felicidad?

"Espérate que haga memoria; sí, tres años; luego me abandonaste. ¿Ves con qué tranquilidad lo digo?: luego me abandonaste.

"Súbitamente, sin que nadie pudiera sospecharlo, el rayo cayó sobre nuestro hogar. Te fuiste con la "Dorita", una bailarina de "music-hall".

'Me dejaste una breve carta: "Perdóname. Sé que te causaré dolor; pero algo superior me arrastra. La casa te pertenece, y el doctor Aguilar te enviará un cheque todos los meses. Recuérdame en las oraciones de Raúl. Perdón y olvida." Nada más.

"¿Sabes lo que es llegar al límite del dolor? ¿Sabes lo que es el estupor, el aniquilamiento? ¿Ese huir de las ideas, ese esfumarse de la vida toda, diluirse en nada, achicarse, desaparecer y no ser más que un par de ojos para llorar y una boca para gemir?

"¡Ah! ¿Y sabes, acaso, del andar sonámbulo por la casa; del dolor atroz del recuerdo de una caricia, de una voz, de un abrir de puertas, del chocar del bastón sobre el piso; del recuerdo todo del amado, de la afrenta, del olvido y del dolor que se clava en el pecho como un puñal, se clava, se revuelve y se diluye en las entrañas como plomo derretido?

"¿Sabes tú del derrumbe total, absoluto de una vida joven, de un alma feliz?

"¿Sabes tú, acaso, del tormento de velar noches enteras al lado de una pobre cuna, aprisionando entre las manos yertas una manecita ardiendo y una vocecita trémula, débil, tan débil que temas no oírla más clamar: papá, papá?

"¡Ah, no! No sabes nada de esto; porque si lo supieras no hubieras basado todo, ¿oyes bien?, todo sobre mentiras.

"Mentira tu amor por mí. Mentira tus ternuras, tu sensibilidad, tus lágrimas, tus besos; falsa tu voz que imploraba, que gemía, que otorgaba; tus ojos que lloraron; mentira todo, todo tú.

"Y te fuiste con otra, otra a quien luego habrás amado. No, ¿amado tú? Imposible, eres incapaz de amar.

"No se pisotea una vida como la mía, como la de mi hijo (¿entiendes?, "mi hijo"), teniendo corazón; más, te diré, conciencia; y tú no tienes ni alma, ni corazón, ni conciencia: tienes sólo, como dueño único de todo tu ser, el instinto del mal, de la bestia. Eres un cínico.

"Lentamente fuí volviendo a la vida; una tenue claridad me envolvió: era la convalecencia, y viví para mi hijo. Las mujeres sacamos fuerzas titánicas del amor maternal.

"Me salvó mi bondad, incapaz de comprender toda la alevosía de tu enorme culpa. Te arrojé de mi alma, de mi vida, como a algo repugnante; sólo el recuerdo de tu existencia me avergonzaba de haberte amado.

"El tiempo, enormemente piadoso y justo, se encargó de lo demás: me fuiste profundamente indiferente; para mi hijo también habías muerto, estabas más allá de nuestras vidas.

"Trabajé para los dos; ni uno solo de tus centavos ha sido tocado.

"Cuando, hace un mes, después de ocho años, volviste arrepentido, convencido de que debías alcanzar el perdón, ya que es clásico que la mujer siempre perdone la afrenta más honda y el dolor más profundo, con muchos hilos de plata en tu negra cabellera, y una muy grande amargura en el alma, exteriorizada en el profundo pliegue de la boca, del fondo de mi indiferencia, removidas las aguas del olvido, se levantó un hondo desprecio y una gran rebeldía.

"¿Perdonar? ¿Con qué derecho, con qué ley de fieras pides perdón?

"Olvidar, perdonar. ¿A quién? ¿A ti, que fuiste el más canalla, el más cobarde de los canallas; a ti, que no fuiste ni buen esposo ni buen padre?

"¿Qué le diré a mi hijo cuando sea hombre? La verdad. Serenamente, de corazón a corazón, como amigos, le diré todo: tu obra.

"Se puede perdonar al que mata en un instante de ofuscación, o al delincuente que desde la infancia bebió el vicio con la leche misma; pero no se perdona al "civilizado" que, como tú, con despreocupación infinita empaña dos vidas.

"Supe disimular. Mi cara impasible, mi boca sellada, no te dieron el más leve indicio de lo que pasaba en mi corazón.

"No te hice un reproche; ¿para qué?

"Te dejé hablar, disculparte, mesarte los cabellos, llorar, arrodillarte, besarme el ruedo del vestido, rogarme por nuestro hijo te perdonara.

"No, nunca; en nombre de mi hijo y de mi vida te lo niego.

"Náufrago en la vida por tu culpa, volviste al puerto; pero no llegarás, no, que te faltan pocos centímetros: la medida de mis brazos.

"¿Me amas? Yo también te amaba.

"¿Necesitas de mi apoyo? Yo también te necesité, por mí y por mi hijo.

"¿Quieres a tu hijo entre tus brazos? Él también tendía un día los suyos en vano: estaba sin padre.

"¿Sufres? Yo también sufrí.

"Vete, piérdete en el mundo o mátate. No me importa, ni tengo piedad.

"Eres un extraño en mi vida, y no quiero que entres. Mi hijo no te conoce, no sabe que tiene padre; lo sabrá un día y juzgará; yo lo alimenté, yo lo educaré; por mí vivirá y se hará hombre; tú lo abandonaste: por ti se hubiera muerto peor que un perro.

"Vete entre los hombres y que se apiaden de ti; que Dios, infinito y misericordioso, te perdone: yo no soy más que una pobre mujer y no puedo perdonar.

"JUANA."

Antología de los grandes poetas

GABRIEL Y GALÁN

NACIÓ el gran lírico español José María Gabriel y Galán en Frades de la sierra (Salamanca), en 1870, y falleció en Guijo de Granadilla (Cáceres) el año 1905. Hijo de labradores, siguió en Salamanca la carrera de maestro, que ejerció durante algunos años en varios pueblos de su provincia. Al contraer matrimonio con una joven extremeña renunció al magisterio, y se retiró al campo, cuyas faenas eran su afición favorita. Allí, en el tiempo que le dejaban libre las labores agrícolas, se dedicó a escribir coplas y canciones que los gañanes, que adoraban a su poeta, aprendían de memoria y cantaban en la arada. Algunas magníficas composiciones, compuestas para los juegos florales de Salamanca, Zaragoza y Béjar, que fueron premiadas, dieron gran prestigio, popularidad y difusión al autor, sacando su nombre del reducido ambiente lugareño en que hasta entonces estaba contraído. En los juegos florales celebrados en Buenos Aires en 1903 también fué premiado su magnífico "Canto al Trabajo".



El éxito alcanzado por este original e intenso lírico hasta entonces desconocido, que escribía sus magníficos versos en pleno campo, dedicándoles el tiempo robado a sus faenas campesinas, sirvió para estimular su producción literaria; y así, a partir de 1902 publicó un volumen de "Poesías y Extremeñas"; en 1903, "En fabla de lugarejo", y en el año siguiente: "Campesinas", "Nuevas Castellanas", y "Religiosas". Sus "Obras Completas" fueron editadas en 1909, habiéndose hecho después varias ediciones. En 1918 y 1919 aparecieron el "Epistolario de Gabriel y Galán" y "Cartas y Poesías inéditas". Fué también muy buen prosista que escribió hermosos cuentos y cartas notables.

De este poeta excelente, compenetrado como pocos del ambiente en que vivió, dijo Margall:

"La pasión humana, sincera y viva, él la sentía brotar en el ambiente popular que respiraba, con esa lengua extremeña de las gentes sencillas y buenas que le rodeaban, de cuya vida él también participaba con amor, que es el alma de la expresión de los nobles y puros sentimientos humanos."

LA PRIMAVERA

Una alondra feliz del pardo suelo
fué la primera en presentir al día,
y, loca de alegría,
al cielo azul enderezando el vuelo,
contábaselo al campo, que aun dormía.

Celosa codorniz madrugadora,
dijo tres veces que la bella aurora
se avecinaba con amable prisa:
del lado del Oriente
vino una fresca, misteriosa brisa,
con las alas cargadas de relente,
y aun en sagrada obscuridad envueltas
las hojas de los árboles sonaron
dulcemente revueltas,
las mieses ondearon,
y de los senos de la tierra helada
surgió, vivificante,
el húmedo perfume penetrante
que sólo sabe dar la madrugada.

¡Cuán bien se disponía
Naturaleza a recibir el día!
La línea pura del albor naciente,
vaga primicia grata,
del de la luz fecundador tesoro,
primero fué de plata,
más tarde fué de oro,
después encendísima escarlata,
roja amapola, y luego
cegador, chispeante, ardiente fuego.

En medio de la lumbre
que derretía el encendido Oriente
sobre el perfil de la elevada cumbre
el sol triunfante levantó la frente...
y a la puerta feliz de la alquería
asomó al mismo tiempo Ana María.
¡Gran Dios, bendito seas!
¡Qué soles, Dios de amor, qué soles creas!

TRISCA, VAQUERILLO

¿Por qué llora el vaquerillo?
¿Porque aquella cabrerilla,
del sotillo,
ya es amor de otro chiquillo?
¡No me causa maravilla!

¿Por qué tan osado eres,
siendo un rapaz de once años,
que ya quieres
probar de tales quereres
que guardan tales engaños?

¿No te ha enseñado Natura
que toda flor que florece
prematura
si da fruto, no madura
porque en abril envejece?

¿Y no viven más dichosos
que tus toros reñidores
y celosos
los becerrillos nerviosos,
libremente triscadores?

Pues, trisca tú, vaquerillo,
y olvida a la cabrerilla
del sotillo,
porque tú eres un chiquillo
y ella no es una chiquilla...

EL AMO

En el nombre de Dios, que las abriera,
cierro las puertas del hogar paterno,
que es cerrarle a mi vida un horizonte
y a Dios cerrarle un templo.

Es preciso tener alma de roca,
sangre de hiena y corazón de acero,
para dar este adiós que en la garganta
se me detiene al bosquejarlo el pecho.

Es preciso tener labios de mártir
para acercar a ellos
la hiel del cáliz que en mi mano trémula
con ojos turbios esperando veo.

Ya está solo el hogar. Mis patriarcas
uno en pos de otro del hogar salieron.
Me los vino a buscar Cristo amoroso
con los brazos abiertos...

¿QUÉ TENDRÁ?...

¿Qué tendrá la hija
del sepulturero,
que con asco la miran los mozos,
que las mozas la miran con miedo?
Cuando llega el domingo a la plaza
y está el bailoteo
como el sol de alegre,
vivo como el fuego,
no parece sino que una nube
se atraviesa delante del cielo;
no parece sino que se anuncia
que se acerca, que pasa un entierro...
Una ola de opacos rumores
substituye al febril charloteo,
se cambian miradas
que expresan recelos,
el ritmo del baile
se torna más lento,
y hasta los repiques
alegres y secos
de las castañuelas
callan un momento...
Un momento no más dura todo;
mas ¿qué será aquello
que hasta da falsas notas la gaita
por hacer un gesto
con sus gruesos labios
el tamborillero?
No hay memorias de amores manchados
porque nunca, a pesar de ser bellos,
"buenos ojos tienes"
le ha dicho un mancebo.
Y ella sigue desdenes rumiando
y ella sigue rumiando desprecios.
pero siempre acercándose a todos
siempre sonriendo,
presentándose en fiestas y bailes
y estrenando más ricos pañuelos...
¿Qué tendrá la hija
del sepulturero?
....
Me lo dijo un mozo:
—¿Ve usté esos pañuelos?
Pues se cuenta que son de otras mozas...
¡de otras mozas que están ya pudriendo!...
Y es verdá que paece que güelen,
que güelen a muerto...

SIBARITA

A mí n'ámas me gusta
que dale gustu al cuerpu!
Si yo juera bien rico,
jacía n'ámas esu:
jechalmi güenas siestas
embajo de los fresnos,
jartalmi de gazpachos
con güevos y poleos,
cascalmi güenos fritis
con bolas y pimientos,
mercal un güen caballo,
tenel un jornalero
que tó me lo jiciera
pa estalme yo bien quieto,
andal bien jateao,
jechal cá instanti medio,
fumal de nuevi perras
y andalmi de paseo
lo mesmo que los curas,
lo mesmo que los médicos...
Si yo juera bien rico,
jacía n'ámas eso,
¡que a mí n'amas me gusta
que dale gustu al cuerpu!

EL BARBECHO

¿Dónde irá sola Teresa
por la senda que atraviesa
los barbechos? ¿Dónde irá?
¿Qué tendrá, que así suspira?
¿Qué tendrá, que apenas mira
las aradas? ¿Qué tendrá?

¿Por qué con más gentileza
llevó sobre su cabeza
la blanca cestita ayer?
¿Por qué le dijo a su madre:
—Madre, que está lejos padre
y he de tardar en volver?

Su madre ayer le decía:
Hija, que no es mediodía...
¿No ves el sol de la torre?
—Madre, ¿el sol no se equivoca?
—¡Jesús, qué cosa tan loca
de muchacha!... ¡Corre, corre!

Y alegre y ligera vino
por ese mismo camino
que parte en dos el barbecho;
llevaba luz en los ojos,
risas en los labios rojos,
gozos en el alto pecho.

Cantaba las melodías
que el sol de los buenos días
inspira a las castellanas
e inspira a los castellanos
cuando se vierte en los llanos
de las abiertas besanas.

Y las alondras terrosas
sus oídos, codiciosas,
al dulce cantar abrieron,
y sobre el surco posadas,
con pupilas asombradas,
pasar a Teresa vieron.

Hoy pasa muya y sombría...
—Hija, que ya es mediodía
—dijo tres veces su madre.
—¡Jesús, madre, qué importuna!
¡No tengo prisa ninguna,
que no está muy lejos padre!

Moza: ¿por qué esas mudanzas?
¿No tienen hoy lontananzas
los bellos ojos de ayer?
¿No te pide melodías
el sol de los buenos días
en la besana al caer?

¿No te dió un beso tu madre?
¿No vas a darle a tu padre
besos y pan en la arada?
¿Hoy no hay alondras terrosas
que te escuchen, codiciosas,
la vagabunda tonada?

Camino vas del barbecho
con un secreto en el pecho
que yo conozco, Teresa...
No pienses que soy un duende
porque mi mente comprende
lo que en el pecho te pesa.

Allá, en aquella hondonada
hay una tierra ya arada
que estaba ayer sin arar...
Solos tú y yo hemos sabido
que a arar el gañán se ha ido
a otro lado del lugar.

Descansa un rato, Teresa,
que yo bien sé cuánto pesa
lo que llevas en el pecho,
y sé cómo caminamos
cuando la carga llevamos
hacia el contrario barbecho

No te sonrojes, hermosa,
que no es una extraña cosa
ni es pecadora mudanza
que el sol te parezca obscuro,
pesado el ambiente puro,
ceñuda la lontananza,

pálidas tus melodías,
tristes estas gañanías,
áridos estos senderos...
y hasta el querer de tu padre
y hasta el apego a tu madre
más borrosos, más someros...
....
¿Qué es el barbecho, Teresa?
Si amor no está en él, confiesa
que barbecho es un erial;
mas si algo dice en el pecho
que anda amor por el barbecho...
¡barbecho es huerto edenal!



La música del negro Ormuz y las ciento seis voces nuevas de la naturaleza

Por

JAVIER E. CASTAÑARES

ESTA llamando la atención en Rusia — no siempre las consagraciones artísticas han de llegar de París ni de Chicago — la música originalísima de que fué autor un negro: el negro Ormuz...

— ¡Bah! ¡Música de negros! "Síncope" y "banjo"!

No se trata de la música loca de tachos culinarios que divulga la "jazz". No es tampoco la música candombera de cuadro de Figari, con tamboriles que aturden y colorinches que enceguecen. Según los críticos de Ormuz, este negro maravilloso ha traído a la música blanca "ciento seis nuevas armonías que son otras tantas voces secretas de la Naturaleza melódica, escuchadas por su raza en las selvas del Congo".

Ahora bien: la importancia que aportan a la música futura estas "ciento seis nuevas armonías" está, según la crítica, en que ellas sacarán a la música del enorme atraso en que se hastía. Hay tres cosas que progresan muy poco en el mundo: el ferrocarril, la medicina y la música...

— ¡Oh, no!

Ya nos parece oír el grito airado de los señores músicos.

— ¡Oh, no! La música progresa. Ahí tenemos, por ejemplo, a Debussy...

A Wágner ya no lo citan, porque la música de Wágner ha envejecido de repente, como la moda del cabello largo en las mujeres o los versos de Gabriel D'Annunzio. Cuando quieren hablarnos de música moderna y de "nuevos acontecimientos musicales", hablan de Debussy... Muy bien: no hemos de negar a la música deliciosa de Debussy lo que su belleza innegable nos dice en los organitos y grafófonos. Pero, después de Debussy, ¿qué hay? Después de sus armonías imitativas de la lluvia en el jardín, ¿quién más ha podido enriquecer el arte musical con emociones nuevas? ¿Ravel? Es la cara de Debussy mirándose al espejo. ¿Mussorgsky? La "suite" de la *exposición de cuadros*, de Mussorgsky, con su "danza de pollitos en un cascarón", y su "riña de niños", es muy hermosa. Pero, hace ochenta años, Schumann, en su "Scène d'enfant" ya había dicho más sencillamente lo que dice Mussorgsky en lenguaje moderno.

Y he aquí que, desde Rusia, nos llega la voz de alarma:

— Después de Debussy, no hay más que el Congo. Es decir, Ormuz"...

¿Y quién es Ormuz?

Ormuz no es ni siquiera un "contemporáneo". Murió hace quince años, miserablemente, olímpicamente, en el escenario de un teatrito de Odesa. Los breves detalles de su biografía no alcanzan para escribir su biografía. Sólo se sabe que un día apareció en Odesa un negro flaco. Con su violín bajo la barba, ejecutaba en las puertas de los cafés una música tan suave, tan extraña, tan feroz, que los rusos lloraban.

— ¿Quién eres? — le decían.

El negro mostraba la mazamorra de su dentadura. Reía y masticaba, con sus dientes enormes, una serie de palabras exóticas. ¿Qué decía? Era inútil. Nadie logró saberlo. Apenas si los primeros preguntones pudieron enterarse de que el negro se llamaba *Ormuz*.

— ¡Ormuz! ¡Ormuz! ¡Ormuz!

Nada más. Los curiosos, cansados de su misterio, preferían meterse en el alma del negro, pidiéndole:

— ¡Toca otra vez, Ormuz!

Y Ormuz poníase de nuevo el violín debajo de la barba y seducía de tal modo con su música, que los rusos volvían a llorar: "Las personas honradas — cuenta el cronista Bressoj — lloraban de alegría, y los pillos lloraban de alegría también porque aquella música los purificaba."

Pronto halló Ormuz en Odesa un empresario de teatrito, ambiguo y sospechoso, en el barrio marinero de uno de los dos puertos que la enorme ciudad tiene sobre el Mar Negro. El empresario le hizo firmar un contrato fantástico, por diez años, en el que Ormuz debía hacer esto y aquello, y esotro, y el empresario ni esotro, ni aquello ni esto.

— Pero, Ormuz — le decían a veces al negro sus admiradores, — ¿por qué no te vas a París o a San Petersburgo? ¡Allá ganarías millones!

El negro se concretaba a reír y a tocarse el bolsillo donde dormía su contrato. ¡Aquel contrato penitenciario que lo condenaba a diez años de Odesa!...

Los aficionados a la música, encantados de aquella maravilla, interrogaron a Ormuz preguntándole si había música escrita de los trozos que él ejecutaba en su violín. Respondía que no... En primer lugar, Ormuz no sabía escribir su propia música, pues era un intuitivo como aquel otro negro maravilloso, Brindis de Sala, y como otro violinista genial, que fué célebre en el Río de la Plata, hace cincuenta años: José María Palazuelos.

Además, ¿cómo iba a escribir Ormuz sus poemas sinfónicos, si cuando subía al escenario de su teatrito ignoraba lo que su violín estaría dispuesto a tocar? Improvisaba...



Ponía el arco sobre las cuerdas y lo deslizaba a impulsos de su propio corazón, sin saber lo que hacía. Los oyentes, extáticos, percibían. Intuían. Se imbuían en voces extrañas, alaridos de fieras, besos y mordiscos y caricias y truenos. Todo en una ola de armonía natural y apasionada y dentro de un ritmo que parecía científico porque esquivaba la técnica de lo ya conocido... Una noche, un joven estudiante de música, atraído por la fama de Ormuz, acudió al cafetín. Por broma, empezó a escribir la música del negro. El estudiante se llamaba Pradick. Todas las noches, los espectadores se sonreían de aquel muchacho melenudo que escribía velozmente sobre un cuaderno pentagramado, a medida que Ormuz hacía cantar a su violín. Así reunió cincuenta sonatas diferentes y breves. No reunió más porque el cuaderno tenía cincuenta carillas solamente.

Aun no habían transcurrido los diez años del contrato cuando una noche, Ormuz, en la mitad de su improvisación, rodó por el escenario, junto con su violín. Estaba muerto. El corazón...

Dos líneas de crónica policial en los periódicos. Un ¡ah! de sorpresa en cuatro parroquianos... Y ¡nada más!...

En el cafetín, los marinos o pescadores que volvían de largas semanas de cabotaje o de pesca, interrogaban a las camareras:

— ¿Y el negro?

— Murió.

Y las danzas modernas de una piernadillera esfumaban bien pronto en el olvido la cara y el arte de Ormuz.

En cuanto al joven estudiante de música, Pradick, mezclado en una huelga estudiantil contra el zarismo, fué hundido en la Siberia. Allí sufrió su pena en trabajos forzados. No se le ahorcó en homenaje a su florida juventud. Veinte años...

Al triunfar la revolución maximalista, Pradick recobró su libertad. Para ganarse la vida empezó a dar conciertos en las calles y en los cafés, lo cual era lo mismo que pedir limosna.

Era violinista. Ocurriósele aprender de memoria los trozos musicales que le oyera tocar al negro Ormuz. Conservaba su cuaderno de apuntes. Eso le bastó para que la gente, escuchándolo a él, llorara, como si fuera el propio Ormuz.

Una noche, cierto empresario musical de la capital moscovita se acercó a Pradick. Quería comprarle los derechos de aquella música extraordinaria. Pradick pudo ser glorioso. Conformóse con decir:

— No puedo vender esta música, por la sencilla razón de que no es mía. Es de un negro, un tal Ormuz, que murió hace muchos años en Odesa...

Contó lo demás.

Hoy los técnicos han tomado en sus manos la música de Ormuz. Todos encuentran que esa música significa la más alta renovación de valores que haya habido desde Wágner, y descubren que en los cincuenta trozos hay *"ciento seis nuevas armonías que son otras tantas voces secretas de la Naturaleza que el hombre no había descubierto todavía"*.



¿Qué comerciante no exalta la bondad de lo que vende?

Ello es humano. Pero el elogio del producto por la propia firma que lo vende no tiene más que un valor relativo. Es preciso que lo corrobore el testimonio irrecusable de los hechos.

Ese testimonio es el orgullo del Aceite Extra OTTONE, cuyo prestigio no deriva, ciertamente, de nuestros propios elogios: deriva de una tradición larguísima en los mejores hogares del país, donde se le conoce y consume desde el año 1855. Deriva, por otra parte, de la consagración plena que significa el habérsele otorgado el GRAND PRIX en la Exposición Universal de París de 1900 y el Gran Premio de Honor en la Exposición del Centenario Argentino.

Tenemos, pues, perfecto derecho a sostener que el Aceite Extra Ottone, fabricado con las mejores olivas que se cosechan, es un aceite sin rival.

UNICOS IMPORTADORES

Pinasco & Cía.
Rosario

Mignaquy & Cía.
Buenos Aires

Ottone

ACEITE EXTRA PURO DE OLIVA

El hábito no hace al monje, pero el detalle hace al traje

Por BIJOU

LA moda, voluble y tornadiza, vuelve sobre sus pasos, presentándonos más hermosas y deslumbrantes que nunca las bellísimas y artísticas joyas que adornan y completan las complicadas "toilettes" femeninas con sus múltiples destellos y sus delicados engarces. A todas horas y en todas las circunstancias los finos e innumerables círculos de oro, de diamantes, de zafiros o de brillantes rodean como una caricia constante y suave los blancos y torneados brazos femeninos. Primavera, verano, otoño e invierno, en cualquiera de las cuatro estaciones del año, como obedeciendo a un dulce rito religioso, las mujeres que hacen de la moda un sacerdocio lucen las valiosas y originales pulseras, en los "dancings", en los teatros y en las limpias "pelouses" tapizadas de esmeralda del campo de "tennis" o "golf". Envueltas en regias "toilettes" que estilizan más aún sus encantadoras siluetas, bailan las elegantísimas mujeres los lentos y cadenciosos tangos y los "shimmies" de sonidos agudos, ostentando en sus brazos suntuosos y artísticos brazaletes que resplandecen con magníficos destellos al suave y rítmico movimiento de la danza.



Rica cartera de tarde, de esmalte y platino

Es indudable que la joya hoy más en boga es la pulsera; por ella se hacen verdaderas locuras; hay mujeres que entre el codo y la mano llevan una fortuna.

De distintos y variadísimos anchos, de raros y exóticos dibujos, mezcladas las piedras más costosas y las perlas de más fino oriente sobre los desnudos brazos, sobre las mangas de los trajes, con las "toilettes" claras o los vestidos obscuros, a la hora del té o por la noche con los espléndidos y brillantes vestidos de sarao, la pulsera reina como soberana, justa soberanía al fin, pues ella realza la belleza de los esculturales brazos femeninos.

Las pesadas cadenas de eslabones chatos y cuadrados que semejan cabuchones de cuarzo rosado, las de ágata y platino, las de oro con rubíes, o los brazaletes de perlas trenzadas o finamente cincelados, son los últimos caprichos de la moda que, como la expresión más acabada del buen gusto, llevan las elegantes.

En una rápida jira por los dominios de los artistas en joyería vemos, al lado de las diademas que brillarán sobre las hermosas melenas, flechas tapizadas de brillantes, esmeraldas o zafiros que formarán sobre los "corsages" de los trajes de baile el mismo resplandor magnífico de las estrellas.

Los joyeros estudian actualmente con minuciosidad su arte; las joyas de gusto refinado y de artística concepción aumentan día a día; los regios brazaletes no quitan espacio a los no menos preciosos collares, los que hacen resaltar maravillosamente la gracia del escote, y juntas comparten el favor de las personas privilegiadas.

En la garganta, el collar de perlas es de rigor; por la noche, con los centelleantes trajes de "soirée", los extensos collares de perlas, que se enroscan en el cuello y bajan hasta la cintura, son la nota más saliente de esta temporada.

Los largos aros antiguos, que por una nueva veleidad de la moda ocupan nuevamente un rol importante en la elegancia femenina, que se pueden admirar en todo su esplendor y armonía, hay quien los luce muy ufana, asegurando haberlos sacado del polvoriento cofre de la abuela.



Collares, colgantes y flechas, que aportan un gentil atractivo a la coquetería femenina

Tarea ingrata sería, indudablemente enumerar todas las joyas que, como una fantástica aparición, vemos en las joyerías de moda. El arte del joyero no se limita tan sólo a las hermosas pulseras y a los regios collares: su ambición se extiende hasta los más finos y delicados "bijoux".

¡Qué cantidad de distintas alhajas creadas para la más fantástica de las hadas: la mujer!

¡Qué cajas de polvos, de afeites, de "rouge", maravillas de nácar, carey y pedrerías terminadas por borlas de seda, que se unen a la gracia de los écharpes, bandas y túnicas, que devuelven a la silueta esa feminidad aguda, que los sports habían alejado momentáneamente, y que es la esencia más embriagadora de la seducción!

Pero alhajas, "toilettes" y perfumes, todas esas fragilidades pasan según el capricho de la moda como una efímera visión, en tanto que quedará siempre fiel el valor del "bibelot" raro, encontrado en el estante de la tienda de un anticuario.

He aquí un ánfora de cristal, en cuyo centro luce un medallón de flores con dos corazones grabados, el cuello grácil, el asa liviana, el pico curvado, que parece destinada a verter ambrosía después de haber servido aceite en Venecia. Más allá una lámpara provenzal, con pie de vidrio tallado, terminado con una bola hueca. Estas lámparas arden al pie de los altares o ante retratos de seres amados, con un perfume de sabor arcaico.

Después, una colección de pisapapeles, tinteros, frascos donde se luce una floración interna que agradaba a los burgueses de 1830.

Algas azafranadas flotan en esta bola, otras se retuercen en este tintero, formando un conjunto precioso para una mesa escritorio.

En azul, el efecto es encantador, sobre todo si el frasco termina en punta aguda, cortada como un zafiro gigantesco.

En fin, muebles minúsculos, estantes con soportes de maderas curvadas, imitando un aparador de muñecas, cajas altas como un moderno portacartas, a la que da relieve la escultura de las puertas corredizas; saleros de Provenza, con pequeños cajoncitos para las especies, y en todas las cosas y en todos los detalles se manifiesta el trabajo delicado y el gusto exquisito.

La pátina del tiempo contribuye a dar un sabor extrañamente agradable a estos bellos objetos que, como verdaderas obras de arte, adornan y embellecen las casas modernas.

Sobre los pequeños aparadores, las "etagères", finamente labradas, sostienen un conjunto de hermosos objetos, las porcelanas auténticas y los bronces cincelados se colocan sobre esos maravillosos estantes. ¡Qué de sutiles y encantadores detalles se presentan a nuestros ojos como la expresión más acabada del refinamiento de un siglo lleno de bellezas y armonías!

Los "potiches", los altos floreros y los mil "bibelots" de cristal y marfil, hacen del "home" moderno un museo de arte y elegancia.

Los muebles antiguos, que parecen emanar secretos galantes de sus cajoncillos, donde reposan las sedas ajadas y las flores marchitas de nuestras coquetas abuelas, tienen un lugar preferido en el mueblaje actual, que confunde en un solo crisol los dos estilos, pudiéndose admirar en una misma casa habitaciones alhajadas con el más puro estilo, y al lado de ellas los pequeños saloncillos donde los muebles de distintas épocas, los tapices más raros y exóticos, los cojines, las lámparas y cuadros, nos desorientan en una forma tal que no podríamos clasificar a qué época ni a qué estilo pertenecen estos elementos decorativos: la única impresión exacta que recibimos es que la opulencia y el buen gusto han entrado en ellas dignamente.

No podríamos dejar de mencionar, ya que de las suntuosas joyas llegamos a los regios muebles, otros detalles de la "toilette" femenina, que tanta importancia tienen en la hora actual, y que pertenecen también a los dominios de arte.



Las modernas boquillas adquieren dia a día mayor popularidad. Las carteras de "tout-aller", de finos cueros y originales incrustaciones, muestran palpablemente su comodidad y elegancia

Las carteras han llegado a ser una parte esencial, un complemento indispensable del atavío femenino. Es evidente que si se descuida este detalle, la mujer bien puesta pierde mucho de su encanto.

Las carteras son maravillas de arte y elegancia, correspondiendo a cada hora del día una cartera distinta. Las de cuero claro, con broches de oro cubiertos de diamantes o zafiros y con originales monogramas, serán las carteras para "tout-aller".

Las carteras de esmalte con paisajes de Watteau, las de carey finamente esculpido, las de seda salpicadas de brillantes y perlas son las que encuentran más horizonte en la elegancia femenina, siendo, además, verdaderas joyas y admitiéndose su uso sin reglamentación de horas, es decir: durante la tarde y la noche.



Moderno y elegantísimo brazalete de oro y rubíes



Dante y los argentinos

Parte inédita de la Divina Comedia

Escrita 600 años después

Recogida por DAVID PEÑA

VI

UIÉN eres que tanto te interesa hablar conmigo?

—Un compatriota que te admira a punto de que, si lo permitieras, besaría tu sandalia.

—¿Compatriota, dices?

—Sí; hijo también de Italia. Nací en Nápoles.

—Y ¿cómo te hallas en este pedazo del Infierno reservado a los argentinos?

—Porque viví y pequé entre ellos. Soy quien fué Pedro de Angelis. Trasladéme de Europa a la Argentina por recomendación de don Bernardino Rivadavia y, a poco de ponerme a enseñar en un colegio, de vivir bajo la doble pesadumbre de mi pobreza y del estado de barbarie en que hallé a Buenos Aires, del todo incomprendido, zaherido y hasta ridiculizado, merecí de pronto la protección de Juan Manuel de Rosas, a cuyo servicio puse las luces de mi entendimiento. Rosas me permitió que llenara mi gusto haciendo libros, a cambio de que le diera los auxilios de mi pluma.

—Amaste el estudio. Ahora doime cuenta de por qué me conoces.

—Como conozco a tu cara Florencia, madre de la civilización que se desenvolvió con fuerza desde la edad en que la dejaste.

—¡Florencia!

—Puedo decirte, para que mis palabras caigan sobre tu propio corazón, que fué del valle del Arno de donde se extendió para todo el orbe el efluvio del pensamiento libre, y que allí lo bebieron las edades modernas para trocarlo en doctrina. Aquella tu Florencia del dolor, de la lucha terrible, de sangre y de maldición, floreció en forma de belleza y de luz sobre el entendimiento humano, y a partir de las tragedias que tú pintas y que han inmortalizado tu vida, ella, se transformó, para inmortalizarse a su vez, por la plenitud de sus sueños.

—Háblame de Florencia...

—Es la ciudad que ha recorrido la gama entera del dolor. Mas en todos los momentos de su vida turbulenta se mantuvo constante y fiel al trabajo y al amor.

—¿Conoces su arte?

—Desde Giotto a Donatello, desde Botticelli a Masaccio, Andrea del Sarto y Fra Angélico...

—Háblame de Florencia...

—Es bien perceptible en ella la línea divisoria de la civilización pagana y la civilización cristiana. Las estatuas que la iglesia ofrenda al creyente como suyas, vienen de más atrás. Pero ¿qué importa? Ello sólo demostraría que fué la tierra más fértil para que se produjera en su seno el Renacimiento, es decir, la salvación de la vida antigua. Tu obra, audaz, fué seguida pero no superada por otros seres importantes que comienzan en Petrarca, Bocaccio y Landino y acaban en Lorenzo el Magnífico, en Poliziano, Pico de la Mirándola y Macchiavello. ¡Cómo desearía ahondar contigo tu pensamiento político a través de estas vidas!

—¿De modo que mi Florencia siguió resplandeciendo?

—Tanto como Roma. Patria espiritual del género humano antiguo, lo ha reencarnado en el moderno.

—¡Ah, mi Florencia! Yo pedí para ella que la esclavitud se transformara cada vez que se aspirara su aliento, aquel su aliento que viene de su valle próximo. El pensamiento libre del hombre libre es el patrimonio que yo deseaba de Florencia para el mundo.

—Óyeme, ya que parece que lo ignoras: tanta ventura no podía ser eterna. En los momentos en que estamos hablando. Florencia ha enmudecido...

—Sí, lo sé. Mas este es un eclipse. Ya verás cómo vuelve a sacudir su postración y a fulgurar su genio. Pero no quiero interrumpir el hilo de tu historia. ¿Qué hiciste de tu pluma?

—Debí martirizar a los enemigos de Rosas, tomándolos por enemigos de la patria. Mas, bien sabía yo que luchaban por ella.

—¿Caído Rosas?...

—Púseme al servicio de su sucesor. Confieso que a cada instante se hallarán en mis escritos inconsecuencia y contradicción. Escarnecí a hombres buenos. A algunos los cubrí de oprobio. Negué la verdad a sabiendas. Enderecé a las gentes por el error, deliberadamente. Llegué a la deshonestidad administrativa exponiéndome a duros reclamos.

—Si tu alma estaba hecha de substancia tan sutil como el arte y tan penetrante como toda doctrina de libertad, ¿cómo pudiste renunciar a tanto bien y por qué causa abandonaste tu país para desempeñar en aquel otro tu papel?

—La pobreza angustiosa...

—¿Puede el alma que es fuerte ceder ante la pobreza?

—No se eligen latitudes para vivir.

—¿De modo que de nada te sirvió el recuerdo de mi Florencia libre?

—Acabas de ver que de aquella altura señalada por la obra de Macchiavello, tu Florencia ha caído a la sumisión temblorosa y, lo que es más, a la complicidad de los gobiernos que tú has escarnecido. No me martirices con tu áspero ceño, florentino. Los hombres y los pueblos estamos expuestos al servilismo como a la crueldad. ¿Qué somos ante los vientos?

—Hojas, cuando se nace endeble. Pero no razones como si fueras hoja. Dentro de ti había una luz inextinguible. Dentro de ti estaba Dios. Tú sabes que hay hombres y pueblos que prefieren sucumbir antes de cualquier baldón. Muchos de los seres que te atreviste a calificar con tu pluma mercenaria..., ¡sí, mercenaria!, sostenida por el arca fiscal, bastan a demostrarte que es preferible el pan del destierro verdadero—no el tuyo—a la claudicación abyecta y al ultraje. Bien me explico ahora que te encuentres en esta región del dolor inacabable.

—¡Oh! No te expreses así.

—¿Qué has creado, entretanto? No

(Continúa en la pág. 68)

Oscar Wilde

Por

HENRI DE REGNIER


Oscar Wilde
DIB. DE R. A. GUMUCHIAN

Para recordar el 25º aniversario de la muerte de Oscar Wilde, sus amigos colocaron una placa conmemorativa en la casa de París donde le sorprendió la muerte: 13, rue les Beaux-Arts. Ofrecemos una brillante página de M. Henri Régnier, donde lo evoca vivamente como un elegante conversador.


Oscar Wilde
POR ERNEST LA JEUNESSE

La historia de Oscar Wilde, poeta inglés, es muy conocida para repetirla.

En plena gloria y bajo su brillante renombre de escritor comienza un proceso escandaloso que lo precipita a las míseras penalidades de "su temeraria labor", convirtiendo al elegante y magnífico gentleman, favorito de los salones de Londres y de París, en un presidiario de cabeza rapada y manos enrojecidas.

Vuelto a la libertad, ya no encontró la fuerza necesaria para vivir, y vió su existencia destruída en el obscuro hotel del Quartier Latin, hasta el 30 de noviembre de 1900, en que algunos raros amigos acompañaron sus despojos al cementerio de Bagueux...

No es el Oscar Wilde, oculto bajo el nombre de Sebastián Melmoth al que voy a recordar.

No puedo olvidarme la última vez que lo vi.

Fué en la Exposición, en el pabellón donde los bailarines españoles, al son de guitarras y castañuelas ejecutaban bailes fogosos y lascivos.

Estaba solo en una mesa, grande, enorme; agobiado y somnoliento.

Iba hacia él, cuando se levantó, alejándose, y pasó junto a mí sin verme.

Al verlo desaparecer, pensé en el Oscar Wilde soberbio y adulado, que años antes, en un círculo de curiosos y admiradores desgranaba, orgullosa y armoniosamente, sus cuentos y paradojas, con su cara grave y regular y su silueta de procónsul apolíneo.


Oscar Widle en 1880

Al hablar dejaba caer graciosamente la ceniza de su cigarrillo de Egipto con bordes dorados, mostrando sus dedos perezosos, enjoyado uno de ellos con un anillo antiguo en que el engarce de la piedra encajaba en el lomo encorvado de un escarabajo faraónico.

Pensaba en el Oscar Wilde que al desembarcar en América contestó a los empleados de la aduana que no tenía más riquezas que declarar que su "genio".

Pero no fué al genio que le hicieron grandes honores cuando llegó a París en 1893, sino a su renombre y su prestigio de esteta.

Llegó precedido de un cortejo de anécdotas, presentándolo como un "vividor superior" que tomaba de la vida sólo las sensaciones de placer y de belleza, a manera de un Epicuro de Oxford o de un Platón de Picadilly, coronado con el laurel de los poetas y con las rosas del sibarita.

El gran poeta que había en Oscar Wilde aun era desconocido en Francia, y sus obras no habían sido todavía traducidas.

Para imponer su "genio literario", Oscar Wilde tenía recursos sorprendentes, únicos.

Su presencia monumental, sus opulentos levitones adornados siempre con una flor natural, su renombre de excéntrico y de dandy, su maravilloso don de conversador y cuentista.

Su conversación se prestaba poco al diálogo; tenía menos necesidad de interlocutores que de oyentes, y hasta podía pasarse sin ellos.

Hablaba para él mismo, tan natural le era la facultad de contar algo. Wilde contaba, contaba indefinidamente cosas graciosas agradables, ingeniosas, paradojales y profundas. Las iba ideando a medida que hablaba, porque tenía una imaginación inagotable. Contaba todo con desgano elegante, como si no hubiera persona digna de oír y comprender sus admirables historias, llenas de astucia encantadora.

Asistí varias veces a esas charlas.

El encanto de sus palabras evaporaba toda crítica. Después de todo, ¿qué importaba la calidad real de las obras de este sorprendente mago de la palabra? ¿Qué valían exactamente sus poesías, sus novelas, sus ensayos y sus piezas de teatro? ¿A quién sino a él mismo requerir sobre los personajes que aparecían en sus prestigiosas leyendas? ¿A qué escuchar ciertos rumores sospechosos, que empezaban a envolverle? ¿Por qué prestar oído a esos rumores, que quizá fueran infundados, en vez de gustar las poéticas y fastuosas imaginaciones que Wilde modulaba con voz armoniosa y lenta, inagotable encanto de una catástrofe trágica que debía bien pronto interrumpir su melodiosa y espiritual belleza?

Wilde vió claro su tiempo, y esta clarividencia lo llevó a crear el personaje que él representaba con una semejanza y éxitos tal que molestó a sus contemporáneos por sus actitudes y propósitos.

Había descubierto que la curiosidad excitadora es un gran atributo para la celebridad, y su deseo era nada menos que encarnar a los ojos del mundo un concepto de vida fundada sobre el culto del placer y de la belleza. Así lo declaraba él mismo y decía que su vida era una obra de arte realizada a despecho de todas las protestas y críticas. De esta tentativa de vivir una vida libre de toda regla y de declararse superior, resultó el escándalo y la catástrofe, que no venía de sus escritos pero sí de la realización de sus propias teorías.

No fué el maravilloso escritor ni el ingenioso ensayista ni el novelista ni el dramaturgo los que recibieron el rudo golpe en sí mismo: fué el propagandista, por el ejemplo, de una doctrina nueva de vida. Así tuvo él que asumir responsabilidades, cuando severamente le pidieron cuentas.

Wilde pagó cara su experiencia.

Olvidemos estas cosas, para recordar sólo al escritor que amó a Francia y que todo París literario festejó ruidosamente hace treinta años.

La caricatura en el extranjero



Motivo Explicable

— Es extraño; mi mujer prefiere el teléfono.
— Naturalmente, por radiotelefonía no puede replicar, y tiene que callarse.

(De "Simplicissimus", Munich)



Los Nuevos Ricos

— ¿Cómo no tiene usted alguna obra en esta exposición?
— Señora: en esta exposición sólo se han colgado obras póstumas.
— Por eso lo digo; ¿cómo no ha traído usted alguna obra suya tan póstuma o mejor que las demás?...

(De "Buen Humor", Madrid)



Un Valiente

El dueño de casa, tímido, al ladrón. — Haga el favor de darme una trompada no muy fuerte, en la nariz, para dejar conforme a mi esposa.

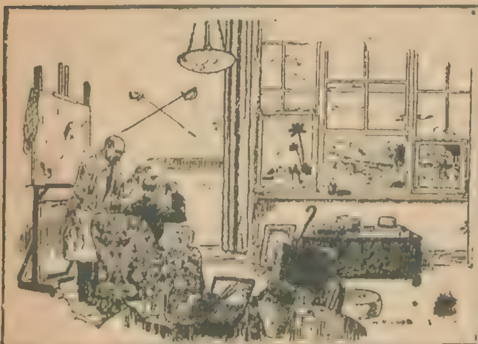
(De "Punch", Londres)



Pretexto Fútil

— ¿Por qué viene usted tan tarde?
— Porque en el camino había mucha neblina.
— Pero, si yo he venido por el mismo camino.
— Sí, pero la neblina no llegaba hasta arriba.

(De "Punch", Londres)



Sentido Crítico

El crítico. — El cuadro del medio no me parece muy natural.
El pintor. — Disculpe, señor; ése no es ningún cuadro..., es la ventana, que está abierta.

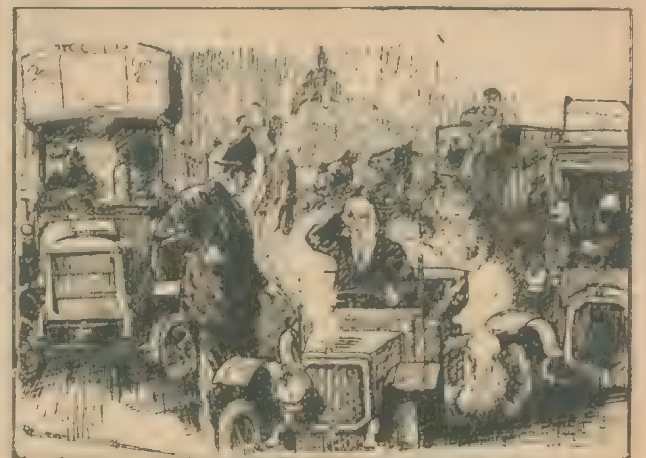
(De "Gaiety", Londres)



Coreografía Moderna

En vista de que en los salones de bailes actuales hay, por lo general, muy poco espacio para bailar, las escuelas modernas enseñan a bailar directamente en el reducido espacio de una alfombrita.

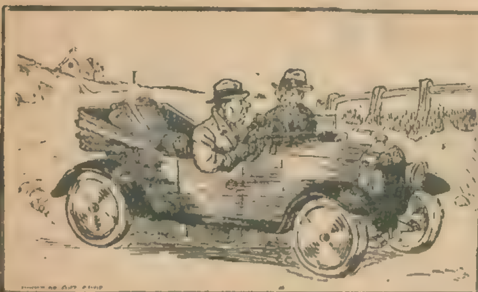
(De "Punch", Londres)



Conflictos del Tráfico

Agente.—No se puede detener aquí con el coche, señor.
Conductor.—¿Que no puedo detenerme? ¡Lo que no puedo es hacerlo marchar!

(De "The Passing", Londres)



Buena Recomendación

— Dígame, ¿este coche hace siempre este ruido?
— No, únicamente cuando funciona.

(De "Gaiety", Londres)



Un Buen Servicio

El leñador. — ¡Muy agradecido, caballeros; esto me ahorra una media hora de trabajo!

(De "Judge", Nueva York)



Influencia de la Época

El chico (un entusiasta de la Radio). — ¡Amén! La estación L. O. X. da por terminada su audición, siendo las 21 y 39 Buenas noches.

(De "Judge", Nueva York)



Del Dicho al Hecho

Cómo serían los jardines si todo lo que dice en los catálogos de semillas fuese cierto.

("The Mart Magazine", Londres)

Abnegación

Por
ENRIQUE DE FORGE


"Sus amigos le miraban sorprendidos..."



CHARLABAN varios amigos en la terraza de un café, tomando cerveza. Referían historias de amor, y uno de ellos abordó el tema de los desdichados que se arruinan por una mujer.

—¡Qué aberración! — exclamó un escéptico.

—¡Qué falta de sentido común!

— No opino yo así — dijo Bernardo Landry.

Sus amigos le miraron sorprendidos.

— Sí — añadió, — yo he conocido a un individuo que casi se arruinó por una mujer, sin que ella llegara a saberlo jamás.

— Cuéntanos esa historia, que, sin duda, no dejará de ser interesante.

— El individuo de quien se trata — llamémosle Claudio — estaba hace algunos años en toda la fuerza de la edad, y era bastante instruído y poseedor de los medios indispensables para hacer frente a sus modestas necesidades.

"Era soltero y vivía solo. Su celibato estaba plenamente justificado. Era muy feo y no había encontrado jamás la mujer de sus ensueños.

"Cierto día notó en una calle muy apartada del centro la presencia de un numeroso grupo de gente.

"Ante la puerta de una tienda de modesto aspecto hallábase un anciano que gesticulaba afanosamente, mientras un individuo de mala catadura peroraba con violencia en la acera, en medio de una caterva de curiosos y desocupados.

"Acercóse Claudio, y comprendió en seguida lo que pasaba. Aquel anciano vendía figurillas artísticas, que él mismo modelaba, y el sujeto malcarado le reclamaba brutalmente el pago de una deuda.

"En el público estaban divididas las opiniones.

"— ¡No hay derecho a insultar a un hombre de esa edad!

"— Pero, ¿por qué no paga lo que debe?

"— ¡Hace mal!

"— ¡Tiene razón!

"Claudio había dirigido la mirada al interior de la tienda. Veíanse en ella varias figurillas bastante originales, pero medianamente ejecutadas, y en el fondo del establecimiento dibujábase una deliciosa silueta de mujer, probablemente la hija de aquel anciano.

"Oyó el transeúnte lo que la gente decía, y supo que no se trataba de una cantidad importante, sino de cincuenta francos, por los cuales se iba a proceder a un embargo.

"Claudio entró en la tienda, y la hermosa joven le miró un tanto alarmada.

"— Dispense usted, señorita — dijo nuestro hombre, — deseo ver lo que hay aquí en venta.

"— ¿Con qué objeto?

"— Para comprar lo que me agrade.

"— ¡Pues mire usted!

"— Cuánto vale esa figurilla! — preguntó Claudio, indicando una estatuita de barro que representaba una muchacha llevando en brazos un enorme ramo de flores.

"Era el vivo retrato de la joven, que indudablemente había servido de modelo a su padre.

"— ¡Diez francos, caballero!

"— ¿Podría yo adquirir otros ejemplares de esa misma figura?

"— Sí, señor. ¿Cuántos quiere usted?

"— Cinco.

"— Ya que compra usted tanto, se le hará una rebaja en el precio. Pagará usted ocho francos por figura.

"— No admito rebaja alguna, porque estas obras tienen mucho mérito.

"Claudio entregó el dinero ante el público, y dijo al anciano:

"— Le felicito a usted por la belleza de las obras que tiene a la venta. Acabo de gastar cincuenta francos, y volveré a hacer otras compras.

"El acreedor miró con sorpresa al interlocutor.

"Claudio prosiguió en estos términos:

"— Ahí tiene usted mi tarjeta. Mándeme usted en seguida lo que acabo de adquirir. Ya he entregado el importe a su hija de usted.

"El joven saludó y se alejó rápidamente.

ANTONIO Verdier, el viejo escultor, estaba desconocido.

"Claudio visitaba con frecuencia la tienda, y nunca se iba sin haber comprado algo, absteniéndose de admitir las rebajas que se le proponían.

"En realidad, Claudio no reconocía en la personalidad de Verdier más que un mediano talento.

"Sin embargo, no cesaba de hacer compras y más compras, invirtiendo en ello muchísimo dinero. Al cabo de un mes, Claudio poseía muchas más esculturas de las que podía tener en su casa. Pero no lo sentía, porque todas ellas le reflejaban los encantos de Marta, la hija del artista.

"La muchacha había cautivado su corazón, un corazón hasta entonces rebelde a todo afecto pasional.

"No pensaba más que en aquella mujer, con la que estableció una encantadora intimidad.

"Pasaba Claudio muchas horas en casa de Verdier, tratando de hacerse agradable al padre y a la hija.

"Un día indicó al anciano que debía hacer algo para la Exposición.

"— ¡La Exposición! Palabra mágica

que desde larga fecha constituía la ambición de Verdier.

"Ahora que la venta de sus esculturas le proporcionaba lo suficiente para atender a sus necesidades, iba a poder trabajar.

"Claudio procuraba facilitarle los medios de realizar sus planes, deseoso de complacerle y de colmar de satisfacción a Marta.

"Nada había dicho a ésta de su amor. ¿No valía la pena dejarla salir de aquella crisis?

"De este modo pasó Claudio meses y meses, tratando de mejorar la posición de la mujer amada, con grave perjuicio de la suya propia.

VERDIER terminó su escultura para la Exposición. Su obra consistía sencillamente en el retrato de Marta. La gracia de la figura conquistó al jurado, que quiso mostrarse indulgente con la pobreza de la ejecución.

"Verdier experimentó la satisfacción que tanto había anhelado. ¡Tener una obra admitida en la Exposición!

"— Debo a usted gratitud eterna — decía el anciano a su protector.

"Claudio le escuchaba emocionado. Aquel día se había decidido a hablarle, a decir cuán grande, cuán inmenso era el amor que profesaba a Marta. Prefería proceder de tal modo, inseguro todavía de los sentimientos de la muchacha con respecto a él.

"Ganado el anciano a su causa, podría éste convencer fácilmente a su hija.

"Pero en el momento en que Claudio iba a abordar de frente la cuestión, Verdier le dijo:

"— Desde hace algunos meses es usted nuestro mejor amigo, y como se ha portado tan bien con nosotros, quiero que sea usted el primero en saber una gran noticia.

"— ¿Cuál?

"— Marta se casa.

"— ¿Con quién?

"— Con un joven, artista también y artista pobre, a quien ella amaba, y por quien era amada desde hacía mucho tiempo.

"Claudio palideció, pero tuvo ánimo suficiente para ocultar el golpe que acababa de recibir en mitad del corazón.

"En aquel momento entró Marta.

"La hija del escultor no pensó jamás que aquel hombre pudiese ser para ella un marido.

ESTIMULADO Claudio por la nobleza de su alma, tuvo la abnegación de llevar hasta el fin la tarea que se había impuesto. Siguió ayudando discretamente a sus amigos con las repetidas compras de las obras de Verdier. Nunca se traicionó a sí mismo.

"El busto expuesto en la Exposición no obtuvo ningún premio oficial, pero un rico y anónimo extranjero lo adquirió, pagando por él una importante cantidad.

"Y el pobre escultor murió aquel mismo año, tranquilo y feliz al ver a su hija casada con el hombre a quien amaba."

SU héroe de usted es un ser vulgar — dijo uno de los congregados.

— ¡Yo lo encuentro absurdo! — exclamó otro.

Bernardo Landry paladeaba, sin contestar, una copa de cerveza.

Uno de los amigos dijo en voz baja, al oído de su vecino:

— Ese Claudio era él.

Higiene de verano

LOS pies doloridos deben bañarse en agua caliente con sal una vez todos los días, o dos veces, una por la mañana y otra por la tarde si se anda o se pasea más de lo acostumbrado. Después del baño salado se secan los pies muy bien, y se friccionan las plantas y los talones con un poco de grasa, vaselina, crema o sebo clarificado a falta de cosa mejor.

Esto suaviza y ablanda la piel impidiendo la formación de callos y previniendo la formación de llagas en los talones o en las plantas.

Las invenciones humanas y la naturaleza





El esqueleto de la cabeza de una víbora con el diente venenoso en la mandíbula superior. La jeringuilla hipodérmica se basa en el mismo principio que él



ES interesante observar que nuestras más ingeniosas invenciones fueron anticipadas hace centenares de siglos en el laboratorio de la Naturaleza. No hay duda, por tanto, de que los descubrimientos e invenciones del porvenir, saldrán a luz por la atenta observación de las formas de vida más diminutas.

Las mordeduras de las serpientes venenosas son muy difíciles de curar, porque el veneno, absorbido inmediatamente y llevado a la circulación, produce su efecto mortal antes que pueda contrarrestarlo cualquier antídoto. Esta introducción de substancia en la sangre, sin ningún procedimiento de digestión, sugirió la idea de la jeringuilla hipodérmica.

El diente venenoso, así como la jeringuilla, es muy aguzado y hueco en toda su longitud, teniendo en su base una glándula que contiene el veneno.

La lente situada en medio de la pupila reúne los rayos de luz y, obedeciendo a los músculos, puede variar su longitud focal, de modo que los objetos lejanos o cercanos se enfocan instantáneamente en la cortina negra que cubre la superficie interior del globo del ojo. La imagen producida en la retina, está invertida como la de la cámara obscura.

Edison concibió primeramente la idea del teléfono, observando el delicado mecanismo del oído humano. Su receptor de alambre eléctrico, equilibrado delicadamente, lo mismo que el pabellón, imita el aparato auditivo.

La semejanza entre un peine y los bordes serrados de pico del motmot

Con los dos ojos, vemos solamente la imagen de un objeto, porque las dos diferentes posiciones se corrigen por una leve curva interior; las dos vistas coinciden como si nos pusiéramos algo bizcos al mirar el objeto.

En ciertos casos de enfermedad vemos dos imágenes de la misma cosa, y a veces cuatro, cinco o seis. El estereoscopio y la fotografía estereoscópica están fundados en esa doble visión. Se toman dos fotografías, una junto a otra, no completamente idénticas, pero diferenciándose algo en posición, y cuando ambas fotografías se ven por el estereoscopio, se combinan en una con un maravilloso aspecto de solidez y realidad.

Durante muchos años los botes de salvamento fueron barcos ordinarios con remos, de bastante solidez; pero siglos antes de que el ingenio del hombre se aplicase a producir un barco que se mantuviese en la debida posición, los mosquitos ofrecían tal modelo. En la balsa de huevos del mosquito común, están colocados los huevos de manera que siempre pueden navegar. La madre deposita los huevos en posición vertical, con el extremo más pequeño hacia arriba; todos se unen por una substancia glutinosa y se forma la balsa.

La culebra que horada con su cola, abriendo un agujero bastante grande para que pase su cuerpo, dió la idea para construir el berbiquí

En el reino vegetal se encuentra el sistema que empleamos en las trampas para las moscas. Las plantas que viven atrayendo a sus hojas moscas y otros pequeños insectos, exudan una goma dulce que retiene a la víctima. La bella de cabellos sedosos que sentada delante de su espejo se peina la cabellera, no hace más que imitar al motmot de cabeza dorada, ave que para mantener sus plumas en perfecto estado, ha desarrollado un peine en su pico.



Una balsa de huevos de mosquitos que si se vuelca, se endereza automáticamente como un bote de salvamento

Con el paraguas pasa una cosa análoga. Existe otra ave que está provista de ese artículo, pero en forma muy superior a los humanos, porque el paraguas que lleva no se puede prestar.

De los pescadores con caña se podría reír el pez pescador que tiene en su maravillosa anatomía todo lo necesario para atrapar con arte a la víctima. Atraídos por un señuelo consistente en tres o más filamentos plateados, los incautos pececillos van a parar a la boca de su perseguidor cruel.





El oído humano dió la idea de la invención del teléfono

El formón del carpintero, que no es de acero todo, copia el diente cortante de un roedor. La superficie exterior de los dientes del castor, la rata o el conejo, está cubierta de un esmalte muy duro, mientras el resto es de un hueso mucho más blando. Con el uso, el hueso blando se desgasta más rápidamente que el esmaltado, de lo cual resulta que el diente tiene siempre filo. La parte del cincel que se aplica al trabajo es de acero, pero la parte principal de la hoja es de hierro más blando. Cualquier instrumento musical, que pueda alargarse, dará una nueva serie de sonidos. Para alargar la columna de aire, se adoptan las llaves y las válvulas. Todo esto parece imitado del organismo de la grulla y otras aves de grito resonante, cuya tráquea entra en el pecho y se encorva como en el caso del trombón.

Los taladros de punta de diamante con que se horadan las masas de granito para abrir los túneles, no son en el mejor de los casos sino débiles imitaciones del aparato taladrador que tiene la culebra de cola de escudo, la que, a pesar de su blando cuerpo, puede atravesar con el taladro que lleva las substancias más duras.

Las imperfecciones de nuestra visión dependen de no presentar el ojo la convexidad necesaria, por lo que varía la situación del foco. Nosotros las remediamos usando lentes que rectifican dicha situación en la conveniente medida; pero ningún fabricante de aparatos de óptica ha conseguido inventar unos anteojos que cambien el foco automáticamente.



El ojo humano sugirió la cámara fotográfica

La Naturaleza ha dotado, sin embargo, de esa maravilla a los ojos de las aves.

El ojo de la lechuza puede presentarse como un ejemplo. El globo del ojo está rodeado de una armazón de delgadas placas que, al ser comprimidas, echan hacia adelante la superficie de la lente, ensanchando mucho el ángulo y enfocando así objetos situados muy cerca. Cuando cesa la presión, la lente se achata y puede enfocar objetos lejanos. Resulta de esta manera que el ave tiene como un telescopio y un microscopio en cada ojo.

Los ejemplos que acabamos de exponer son únicamente un corto número de los miles que demuestran cómo la observación de la Naturaleza puede favorecer la inventiva del hombre.

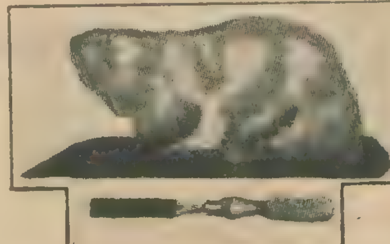


El copete de esta ave dió, sin duda, la idea para inventar la sombrilla

Grandes fortunas aguardan a los inteligentes observadores que consigan adaptar a las necesidades de la vida humana los procedimientos de los más humildes animales.

Queda en la naturaleza todavía mucho que explorar, muchos fenómenos que observar y de los cuales podrán deducirse efectos sorprendentes con que enriquecer el acervo de las invenciones del hombre.

El ingenio humano es, por otra parte, inagotable, y estimulado por el instinto de investigación que cada día se perfecciona y se desarrolla más, habrá de hallar en aquellos fenómenos todavía inexplorados nuevos recursos y nuevas sugerencias propicias al desarrollo del progreso humano.



Los dientes afilados de la rata del bambú fueron probablemente los prototipos del cincel



Esta planta, la "Dronka muscipala", que atrae las moscas arrojando una substancia pegajosa y dulce y que se cierra cuando los insectos están en sus garras, puede que haya sugerido la invención de la ratonera



La tráquea de una grulla con la que esta ave produce su nota de trompeta, sirvió de modelo para crear el instrumento musical

No queremos terminar este artículo sin referirnos especialmente a uno de los más sorprendentes inventos del siglo: el vuelo mecánico, que, como es bien sabido tiene su origen en la observación y estudio del vuelo de las aves, cuyo mecanismo orgánico recuerdan esos majestuosos aparatos que cruzan en el espacio y se orientan con el manejo de sus grandes alas.



DIB. DE MATANIA

Damas romanas tomando su habitual baño



El baño, su historia y su higiene

El instinto natural que todos sienten de limpiar el cuerpo y comunicarle frescor y tonicidad, generalizó la costumbre de bañarse.

EL BAÑO ENTRE LOS ANTIGUOS

GRIEGOS y romanos adornaron con todas las galas de la arquitectura sus *termas* o baños públicos, especie de bazares al aire libre donde se citaba la juventud, a la vuelta del gimnasio o de la palestra, del Foro o del campo de Marte, obligados deportes de aquellas razas vigorosas.

Las termas romanas venían a ser algo así como nuestras romerías y kermeses, con músicos y danzantes, puestos de venta y sinnúmero de distracciones; todo esto entre un dédalo de atrios, pórticos y arcadas, de tan vasto perímetro que un historiador de la época, Marcelino, compara las termas de Adriano y Diocleciano a otros tantos pueblos.

Tan exiguo era el precio de entrada (un *quadrans* o dos centavos de nuestra moneda) que equivalía al franco y libre acceso. De ahí la compenetración de estos sitios de plebeyos y patricios; tanto, que algunos emperadores populacheros no se distinguían de la multitud allí, sino por su manto de púrpura.

Refiérese de Adriano que en ocasión de bañarse en público, como viera a un viejo legionario rascarse a su lado contra la pared, por no poder pagar un friccionario, el emperador le envió tres esclavos que frotaron al soldado de pies a cabeza. Entonces acudieron veinte legionarios más a poner a prueba la liberalidad del César, restregándose contra el muro, pero Adriano se limitó a hacerles repartir *strigiles* con que se rascasen.

Los romanos consideraban los baños como una derivación de sus juegos atléticos. El bañista dejaba sus ropas en el vestuario o *apoditerium* para entrar en el *untuario*, donde los esclavos, sirvientes de las termas, le embarnizaban, por decirlo así, antes y después de la salida del baño, con esencias olorosas. De aquí pasaba a la sala de gimnasio, a fin de entrar en sudor con ejercicios atléticos, yendo en seguida al *calidarium* o al *trepidarium*, locales ambos cubiertos y enlosados, según prefería la estufa seca o húmeda.

En estos departamentos los *fricatores* cepillaban y rascaban la piel con *strigiles* o rayadores de metal o de marfil.

Inmediatamente seguía el *frigidarium*, vasta piscina de agua fría, en que cada cual se entregaba al placer de la natación. Al salir del baño, otros esclavos abrigaban el cuerpo desnudo del bañista; los *tractatores* le maceraban los músculos, los *depilari* le depilaban diestramente la epidermis, y los *picatrices* le peinaban y aromatizaban, para devolverlo al *apoditerium*, donde recobraba su traje de calle.

El baño, para los turcos y demás creyentes de Mahoma, es precepto religioso. Los hombres deben bañarse una vez a la semana; las mujeres dos por lo menos, viéndose obligadas, además, a la depilación. En el extremo opuesto del mapa está el pueblo inglés, que ha elevado la limpieza al rango de virtud.

En los pueblos meridionales, tan necesitados de baños por razón del clima, sólo se bañan las personas pudientes o que tienen fácil acceso al mar o a un río; por regla general, hombres y mujeres del campo no reciben en toda su vida más agua que la del bautismo y la de la lluvia.

Aun para muchos burgueses los baños de inmersión vienen a ser una ceremonia rara y expiatoria, como la lustración de los romanos, figurándose que por mudarse a menudo de ropa interior no se les ensucia el cuerpo.

El que así piensa olvida los fenómenos de la exhalación y absorción cutánea, funciones activas e incesantes, causa de bastantes síntomas patológicos.

Convengamos en que la suciedad es pecado capital, hermano gemelo de la pereza, como lo dan a entender Brama, Confucio, Moisés y Mahoma al prescribir los baños y abluciones, como preceptos higiénicos y religiosos.

HIGIENE DEL BAÑO

LA purificación por el agua, o la virtud de la limpieza, ha tenido siempre grandes defensores; de ella fué en estos últimos tiempos propagador incansable el célebre Kneipp (1821-1897), el *samaritano de Warishofen*, pueblo de Baviera, del cual era párroco. A Kneipp pertenece el mérito indiscutible de haber hecho volver los ojos a la humanidad a un remedio que parecía haber caído en el olvido: *el agua.*

(Continúa en la pág. 60)

Actualidades gráficas

Nuestro gran mundo

Señorita
Teodolina Lezica
Alvear
FOTO VAN RIEL





Señorita
Elvira Lezica
Alvear
FOTO VAN RIEL

Informaciones de Mar del Plata



Señoritas Graciela Storni Ortiz y Justina Fernández Coria



Un descanso en el primer diner concert dado en el nuevo edificio del Mar del Plata Golf Club la noche del 20 de enero



Niños de Miguens Casares



Señorita María Luisa Ahumada, que en el concurso contra bogie, jugado en los links del Mar del Plata Golf Club el 16 de enero, se adjudicó la Copa Esperanza, por un score de "doce contra bogie", que constituye un récord mundial

EL CHIC FEMENINO EN LA PLAYA

LA debatida cuestión del traje de baño, sobre cuyo modelo disienten las opiniones de todos los creadores, no parece encarrilarse tampoco en la actual temporada. Han aparecido allí los más variados gustos, las formas más caprichosas y las más originales concepciones. Entre estas últimas se ha señalado el modelo cuyas fotografías publicamos y que, como puede verse, obedece a la sugestión de las palabras cruzadas. Es el primer ejemplar de esta índole que se ha visto por las playas marplatenses.





Las palabras cruzadas ejerciendo su influencia en las capas de baño



Lista para entrar al agua sin la capa



FOTO BAY BAUDOIN. INTERPRETACIÓN FOTOGRÁFICA DE LA DANZARINA RENÉ MAGNOL

Reliquias históricas

La antigua residencia de don Diego de Alvear, en Rosario



El murallón de la Bomba, sobre la barranca del Paraná

La pequeña capilla en la ribera del río

EN las inmediaciones de la ciudad de Rosario, en uno de los parajes más pintorescos, sobre las barrancas del Paraná, existen todavía algunos vestigios de la antigua residencia de don Diego de Alvear, el eminente personaje cuyo centenario de nacimiento en Buenos Aires se cumplió el día 17 de diciembre último.

La hermosa quinta que, desde el año 1887 en que murió don Diego de Alvear, permanece abandonada, evoca en la sombra de sus ruinas el recuerdo de muchos episodios de la historia política del país. Está, desde luego, la hermosa posesión, ligada a la tradición de la familia patricia de los Alveares. Allí vivió el general Carlos María Alvear y su familia; y en ella pasó también parte de su niñez el actual presidente de la Nación.

Siendo candidato a la presidencia de la República, el doctor Nicolás Avellaneda se alojó en esa famosa residencia, en cuyos jardines realizóse el banquete ofrecido por el pueblo de Rosario al ilustre tucumano, que pronunció en ese memorable acto uno de sus más brillantes discursos.

El general Julio A. Roca y el general Mansilla, en andanzas electorales, fueron asimismo huéspedes, durante varias temporadas, de esa vieja y tradicional residencia, de cuyo pasado esplendor, en la mitad del siglo último, sólo queda ya el imponente murallón de la Bomba, la pequeña capilla en la playa del río y algunas estatuas mutiladas dispersas por los rincones del viejo parque, de cuyos evocadores vestigios informan las fotografías que publicamos en esta página.

La belleza del panorama que rodea a la vieja e histórica posesión, así como la rancia tradición familiar que recuerdan las reliquias abandonadas del que fué rico y suntuoso parque, aumentan el atractivo de esa mansión secular que en la soledad de su muerto esplendor continúa gozando todavía el sugestivo arrullo del majestuoso Paraná.



Una de las estatuas del viejo parque

FOTOS SANTILLAN

En el mundo del cine



Los dos conocidos artistas de la Paramount: Eilen Percy y Thomas Meighan, en una escena de la notable producción "Lenguas de fuego"



Betty Compson, una de las estrellas de primera magnitud de la Paramount





Dos fotografías de Fay Lanphier, conceptuada la más perfecta de las mujeres norteamericanas, en su interesante interpretación de la protagonista en la película "La Venus Americana", filmada por la Paramount



La bella y popular Billie Dove, en la conocida producción "El Correo Aéreo"

FOTO PARAMOUNT PICTURES



Pauline Starke, en un pretendido papel de "gaucho", para una película de la Paramount

FOTO PARAMOUNT PICTURES

Notas del extranjero

EL BAILE DE AÑO NUEVO EN EL ROYAL ALBERT DE LONDRES


FOTO SPORT GENERAL

La señora Eric Welman, vistiendo un traje de jefa india


FOTO SPORT GENERAL

Estudiantes de la Escuela de Artes de South Kensington (Londres), disfrazados de soldados de plomo y muñecas holandesas, durante un ensayo para presentarse al baile del Royal Albert, que se celebró a beneficio del Middlesex Hospital


FOTO SPORT GENERAL

Lady Moira Combe, con el vestido de una elegante futurista

BERLÍN


FOTO NACHRICHTENDIENST

El embajador de Estados Unidos con miembros de la colectividad norteamericana, reunidos el 26 de noviembre en el Hotel Esplanade para celebrar la fiesta patria de su país

PARÍS


FOTO MARINUS

Numerosa y pintoresca concurrencia de señoritas al tradicional y ameno concurso de cofias de Santa Catalina, que se celebró últimamente en el Moulin Rouge.

Profilaxis de la tuberculosis en la República
La acción social de la Mutualidad del Magisterio

Por NADINA DE MARVAL


Vestíbulo del dispensario, con carteles y máximas ilustrativas


Sección radiografía


La farmacia, en la cual, durante el mes de noviembre último, se despacharon mil doscientas recetas


Grupo de médicos de la Mutualidad del Magisterio


FOTOS CABADA

Consejo Administrativo, encargado del desenvolvimiento de la institución

La enfermedad del pequeñuelo del conventillo, que el doctor Gutiérrez, el afamado médico de los niños, curó con juguetes y golosinas, se reproduce a diario.

Infinidad de enfermos físicos y morales deben su mal al descuido de las más elementales leyes de la higiene. Es necesario aprender a respirar, a caminar, a comer, a dormir, a trabajar y descansar. Risueño parecerá el consejo; sin embargo, es *serio* y fundamental. La vida activa desgasta los nervios, el exceso de comodidades nos vuelve perezosos, el afán de la lucha por el centavo nos esclaviza con la tiranía de su imperio, obligándonos hasta a robar horas al sueño, sin ver que perdemos energías y salud y que, inconscientemente, abrimos las puertas a los microbios, que se apoderan de nuestro organismo, perturbando la armonía y el equilibrio de las funciones fisiológicas necesarias para el perfecto funcionamiento de la máquina humana. Sin salud no hay alegría, ni esperanzas, ni ambiciones, ni éxitos posibles.

Declarar la guerra a las plagas que diezman la humanidad es apostolado científico y altruísta. Tal es la obra que se impuso, y cumple, el doctor Guillermo A. Bosco, el "leader" de nuestras mutualidades.

Médico joven y estudioso, lleno de nobles sentimientos, perfeccionó sus estudios sobre la tuberculosis. Su actuación proficua y desinteresada en la lucha contra la terrible enfermedad, es simpática, loable, generosa, altruísta, y sus resultados muy halagüeños.

Hoy por hoy, tenemos en nuestra patria iniciado el estudio y práctica del mutualismo, lo que es un gran paso en la educación general.

La Mutualidad Antituberculosa del Magisterio está formada por veinte mil asociados; la de Correos y Telégrafos, por veinticinco mil; la del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública por cinco mil, y la del Ministerio de Marina, por veinte mil socios. ¿No son elocuentes por sí solas estas cifras?

Son setenta mil personas que gozan de los beneficios del mutualismo y que, dispersos por todo el territorio de la Nación, están aliados para luchar contra el terrible flagelo de la tuberculosis.

Si a esto agregamos las lecciones de higiene que el doctor Alberto Zwanck imparte en folletos, máximas, consejos y clases, veremos que la obra es completa no sólo en lo pertinente a los métodos curativos, sino en la prevención del terrible mal; pues se acostumbra al enfermo a mirar con serenidad el peligro, no para ocultarlo, sino para curarlo, familiarizándolo así con las nociones de higiene social, tan necesarias para el bienestar y adelanto de las naciones. Todo esto es acción desinteresada, no oficializada.

MUTUALIDAD DEL MAGISTERIO

Es una institución social de carácter nacional que debe ser destacada por su importancia y su gran influencia que se extiende a todo el país. Como organismo social moderno está dirigido por los mismos maestros y autoridades del Consejo Nacional de Educación, en la Capital, y por las comisiones locales en provincias y territorios.

Tiene su sede social en la calle Paraguay número 1452.

CONQUISTAS ESPIRITUALES ALCANZADAS POR LA MUTUALIDAD

Es la única institución que ha conseguido ilustrar al gremio rompiendo el prejuicio de que la tuberculosis es una enfermedad incurable e infamante. Esta conquista es la mejor de las conseguidas, pues sirve para prestigiar el mutualismo y difundirlo rápidamente.

Puede afirmarse que la tuberculosis será desarraigada del país el día que todos sus habitantes estén suficientemente ilustrados al respecto de lo que es la tuberculosis y la forma de combatirla. Sólo la mutualidad de los gremios organizados permitirá el dominio de tan importante postulado médico. La conclusión más acabada es esta: los maestros, en la actualidad, no temen a la tuberculosis, y como tienen fe en la Mutualidad, se hacen examinar precozmente en momentos en que la enfermedad es fácilmente curable.

CONQUISTAS PRÁCTICAS

La Mutualidad ha conseguido organizar los siguientes servicios y establecimientos:

a) Un espléndido dispensario dotado de todos los elementos científicos más modernos y más

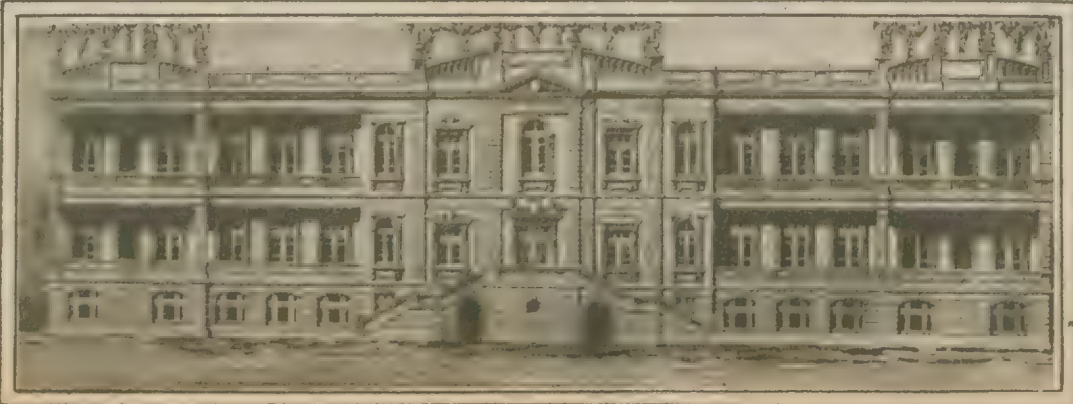

Proyecto del futuro sanatorio de "El Magisterio", que se levantará en Merlo, y cuyo valor asciende a trescientos mil pesos

FOTO H. H.

(Continúa en la pág. 54)

El héroe del día



España

Por MARIANO ZURITA

Tierra de caballeros, de hidalgos, de juglares ...
La de los grandes reyes y los grandes caudillos,
la que se arroba en éxtasis al pie de los altares
y se abrasa de amor al pie de los castillos.

La de los sueños locos en la ardorosa frente,
la de la sangre ubérrima en los pechos fecundos,
la que en el vaso de oro de sus entrañas siente
los dulces y filiales latidos de dos mundos.

La que arrojó a cien pueblos el ámbar de su guante,
la que bajo la llama de su pendón triunfante,
archivo tras archivo, quemó toda la historia,

dejando solamente, de su valor en prenda,
las páginas sublimes de su inmortal leyenda
con la que hace diez siglos se desposó la gloria...

Dib. de J. Hohmann

RAMÓN FRANCO

Un hermoso templo

Entre la espesa fronda se levanta la silueta de la torre, con toda la energía y la unción de su estilo gótico



O, el capitán Domingo de Acasuso, vecino y morador de esta ciudad y puerto de Buenos Aires...". Así comenzaba, hace más de doscientos años, el fundador de la iglesia, su solicitud a las autoridades. Y agregaba: "Digo que por cuanto yo tengo especial devoción al señor San Isidro Labrador, por el cual, y deseando celebrar su fiesta y erigir capilla...", etc. En fin, que cedía una gran extensión de tierras para el mantenimiento del culto, una vez levantado el templo, naturalmente, en el pago llamado de Monte Grande, compuesto en su mayor parte de "vecinos libres y cargados de familia, que no podían bajar hasta la ciudad a oír misa".

Este legado es hoy motivo de un complicado litigio entre la iglesia y la municipalidad de San Isidro. Trescientos metros de frente por cuarenta cuadras de fondo, a partir desde la barranca, es nada menos lo que se cuestiona. Según la primera, toda esa tierra entró en el legado del capitán como un complemento necesario para el mantenimiento del culto.

— Como entonces se acostumbraba... — dice el padre Allievi, actual párroco de San Isidro.

— Pero este litigio — le contesto — daría motivo a cientos de pleitos, aun reconocidos los derechos de la iglesia... Imagínese, todas las personas que compraron tierras con escrituras que la ley aceptó como buenas...

— Muy bien. Pero la municipalidad que se apoderó de esas tierras debe indemnizarlas..., en eso estamos..., es de pura justicia... — termina mi interlocutor con firmeza y mansedumbre.

El devoto capitán Acasuso no imaginaría, ni en sueños, lo que andando el tiempo vendría a resultar la capillita y el pago de Monte Grande. Por lo pronto, el primitivo nombre desapareció para adoptarse el del patrono del pueblo. Luego, se le ha hermoseado a éste de tal modo, con calles bien pavimentadas, edificios llenos de un encanto indecible, grandes balcones sobre las barrancas, mirando al paisaje más apacible, fresco y seductor...

Es indudable que la región debió ser, ya



La iglesia de San Isidro, dos veces secular



Los balcones del padre Allievi, párroco del pueblo, asomando entre la alegre vegetación de una frondosa parra



El patrono del pueblo. Imagen de santo, también de la época primitiva, que tiene muchos devotos



Altar mayor de la iglesia



Cecilio Ocampo, que entró de acólito el año sesenta, y fué sacristán con el célebre párroco Diego Palma, de feliz memoria

Imagen de la Virgen, que cuenta más de dos siglos. Sirvió de modelo la esposa del capitán español Diego de Acasuso, fundador del templo primitivo

en aquellos tiempos, muy boscosa. De allí, el nombre de Monte Grande, sin duda. Pero, sin negar su encanto a esas naturalezas semivírgenes, es indudable que el San Isidro de ahora, parece visto del río, como una canasta de flores que se desbordan y desparraman por la barranca.

Y sobre el puebo, que aparece entre manchones de verde, blanco y bronceado, la aguja gótica de la iglesia se levanta bajo el cielo azul, elegante, fina, toda bañada por la luz del sol.

San Isidro, todavía no hace mucho, era un pueblo silencioso. Ahora los ómnibus y autobuses lo tienen medio enloquecido con el roncar de sus motores, el mugir de sus cornetas. Y el aire a ratos se carga con fétidas emanaciones de nafta. Es el olor de la civilización. Sin negarle su importancia, preferimos el perfume de los jazmines, de las rosas que salen por las rejas, que asoman por encima de las viejas tapias.

Pueblecito tradicional y romántico, San Isidro es una verdadera fiesta para el corazón. Sus casas conservan en gran parte la antigua arquitectura que se advierte en los patios con azulejos, los aleros de tejas rojizas, los verdes naranjales que se enriquecen con sus frutas de oro.

El amable párroco me invita a visitar la iglesia. Es un bello, sencillo templo de estilo gótico, y en su sencillez y elegancia reside la mayor parte de su seducción. Naturalmente, que no es el templo primitivo. Aquél, seguramente, fué una sólida construcción de anchos adobes, con su piso de ladrillos, sus tirantes y cumbreras de palma. Éste es muy otra cosa, y su construcción no tiene arriba de treinta años.

—Esta imagen de la Virgen —me va explicando el padre Allievi— la hizo tallar el capitán Acasuso, tomando como modelo el rostro de su esposa. No es más que la cabecita, como usted ve, sobre una armazón.

Efectivamente. Desde la cabeza cae un manto de damasco, cubriendo aquella apariencia de cuerpo. La imagen, moldeada en una pasta tosca, pintada luego, tiene una expresión dolorosa en su ingenuidad primitiva. Ha sido restaurada, sin embargo, me parece. Estos retoques, aplicados a las viejas imágenes, deben hacerse con mucho tacto, sobre todo conservando o imitando la pátina de los años, pues de otro modo no dan sino en parte la impresión de antigüedad. Lo mismo podría decirse del valioso San Isidro, también de aquella época, traído de Madrid por el capitán fundador. Éste es de una ejecución muy notable, y en el pueblo se le tiene especial devoción.

El nuevo templo fué erigido en reemplazo del anterior, el año 1895. La comisión de damas que corrió con los preliminares de la edificación estaba presidida por la señora Mercedes Aguirre de Anchorena. Monseñor Alberti lo inició. Monseñor Terrero lo consagró.

Rodeado de una vegetación frondosa, de antiguos y nuevos edificios, muy cuidado y atendido por la fe del pueblo, delante del gran río azul, mira transcurrir sus años apaciblemente.

Hoy es día de domingo. En la plaza próxima una larga columna de boy scouts desfila al compás de una marcha. Grupo de turistas, con sus trajes claros, se encaminan hacia las márgenes del río, que allá, a lo lejos, fulgura con un largo temblor, herido por la luz de la mañana deslumbrante. Automóviles conducidos por señoras, llenos de damas, que animan rápidamente las calles con sus risas y vistosos vestidos. La gente del pueblo, que va y viene, desciende y sube la suave barranca de



FOTO CABADA

Saliendo de misa de once

(Continúa en la pág. 59)

De la capital, del interior y del exterior

FESTIVAL ALEMAN EN LA SOCIEDAD RURAL DE PALERMO



FOTO CABADA

El ministro de Alemania, la oficialidad del crucero Berlín y parte del público que asistió al festival con que la colectividad germana celebró el 21 del mes pasado, en el local de la Sociedad Rural de Palermo, el aniversario de la fundación del Imperio Alemán

ACTUALIDADES DE MONTEVIDEO



Monseñor Aragone, acompañado de algunos diplomáticos y parte del público, al salir de la Catedral, después del funeral oficiado a la memoria de la reina Margarita de Saboya



FOTO ADAMI

El doctor Juan Zorrilla de San Martín con su familia, el ministro de Francia y personal de la legación francesa, el día en que se le hizo entrega de la condecoración de Gran Oficial de la Legión de Honor

DE OLIVOS



FOTO ROMERO

El obispo monseñor Copello, el gobernador doctor Cantilo, autoridades de los clubs náuticos de Olivos y San Isidro, después de la bendición de las aguas para la carrera de yates disputada el 17 de enero

DE TRELEW



Señoritas de la sociedad local que, vestidas con trajes típicos, atendieron los diversos quioscos establecidos durante las romerías españolas celebradas últimamente

Doña María Luisa Iribarne de Ortiz

Esposa del Ministro de Obras Públicas

Por MARIA ESPECTACION DIAZ



FOTO CABADA

Señora María Luisa Iribarne de Ortiz



FOTO CABADA

La señora de Ortiz rodeada de sus hijos

LA misión de la mujer es en la actualidad muy diversa de la que en otros tiempos desarrollaba, y necesario es buscar junto al hombre público a la amable colaboradora de su tarea.

Efectivamente: en los negocios graves, en toda suerte de circunstancias, de luchas, de deberes y sentimientos, ¿no recurre a su esposa?, ¿no busca en ella la seguridad del secreto, el desahogo del corazón, el consuelo, la guía y hasta el consejo?

La esposa del señor Ministro de Obras Públicas, doña María Luisa Iribarne de Ortiz, es la confidente en quien encuentra el hombre de Estado a su verdadera cooperadora y amiga. Ella ha hecho de su hogar el objeto de todas sus atenciones, y el cuidado de sus hijos, dos varones y una niña, vigorosos y hermosotes, ocupa todo su tiempo. Muy raras veces figura en las ceremonias oficiales, y, socialmente, peca otras tantas por negligente, pues prefiere a los devaneos mundanos vigilar en persona y no delegar en manos de la servidumbre la salud y educación de sus hijos.

Por todas partes se nota, en su casa de la calle Ayacucho, que su dirección es constante y que su preocupación es brindar a su familia el reposo y atractivo que hacen agradable la vida.

Desde el aposento de los niños, decorado con motivos infantiles y graciosos muñecos, hasta los muebles de la sala, el hall, escritorio, comedor, etc., de estilos muy modernos, denotan en su tono de colores brillantes que un espíritu joven y ágil los eligió.

Sorprenderá a algunos, dada su posición pecuniaria y social, que la hija del ministro no concurra a un colegio católico. La señora de Ortiz es partidaria de la educación de nuestras escuelas oficiales, donde la cultura es amplia y completa. Luego, dice, aprenderá como adorno las habilísimas manualidades de las religiosas.

Pasa la temporada de verano con su familia en su estancia San Ignacio, en el partido de Ayacucho, donde todas las semanas llega el convoy ministerial que conduce al funcionario público y padre cariñoso.

Ha preferido el campo para lugar de vacaciones a otros sitios más atrayentes, porque a sus hijos les encanta la equitación y los deportes al aire libre.

Uno de ellos, el más pequeño, es un atleta de gran musculatura y el que se atrae los mimos y halagos del señor Ministro.

La señora de Ortiz es de una sencillez admirable. Ni en su trato ni en manifestación alguna de su modalidad deja traslucir nada que así no sea. Y esa sencillez es uno de sus mejores adornos.

Enero de 1926.



FOTO CABADA

Jorgito Ortiz, campeón infantil de box



"...¿Y mi corona? —exclama la señora, pronta a sufrir un desmayo..."

La corona

Por

ARNED VILAR

Ilustraciones de Gustavo Goldschmidt





BUENO; ¿salimos, sí o no?

—Al momento, don Nicasio. En seguida — respondió el cochero al terminar de atar los dos caballos flacos que, dos veces al día, tiraban del vehículo que hacía la carrera entre la pequeña población de X... y la ciudad.

— Es que estoy apurado — insistió el pasajero.—Si no te apresuras, llegarás a la estación al mismo tiempo que el tren, de manera que en vez de poder quedarte una media hora, como de costumbre, sólo tendrás unos minutos de espera y yo no tendré tiempo para cumplir todos los encargos que me han dado...

— Mía no es la culpa, don Nicasio. Hubiera sido mejor para usted tomar el coche esta mañana, pasar todo el día en el pueblo y volver a la noche... Pero, ya vamos...

Y el cochero saltó sobre su asiento y, de un fuerte latigazo, animó a sus cabalgaduras.

— Este muchacho razona muy bien — pensaba don Nicasio, al tratar de acomodar su robusta personalidad sobre los delgados cojines del vehículo. — Pero esta madrugada ignoraba completamente que tendría que ir hoy a la ciudad.

En efecto: don Nicasio y su esposa habían tenido un despertar tan tranquilo como de costumbre, desde que se habían retirado al pequeño villorrio, después de haber vendido muy bien el acreditado fondín que regenteaban en la ciudad. De pronto, un aldabonazo retumbante había turbado su tranquilidad y conmovido las paredes del pequeño chalet. Les traían una infausta nueva: la señora Champin, la mejor amiga de la señora Balan, había sido hallada muerta en su lecho. El médico, llamado con toda premura, sólo había podido comprobar la defunción, diagnosticando una embolía, y declarar que la muerte había ocurrido en la víspera.

La señora Balan quedó aterrada... No sólo la señora Champin era una amiga de infancia, y la de su mayor intimidad ahora, sino que desempeñaba ella para la difunta un papel de directora, de confidenta, de consejera. Por su carácter autoritario, acostumbrada a mandar, hallaba una última satisfacción en dirigir la casa de su amiga.

La señora Champin, rica viuda de un propietario, vivía sola, con una vieja criada enferma de reuma. Un enjambre de primos, sobrinos y demás parientes lejanos habíanle puesto un sitio en regla, en perspectiva de la posible herencia; pero nadie era escuchado, oído ni obedecido por ella como la señora Balan.

Cuando ésta regresó de la casa mortuoria, después de una nueva y ruidosa explosión de llanto, comentó con su marido:

— Esas sobrinas de la pobre Melania son completamente nulas. ¡Qué desorden si yo no hubiera estado allí para arreglar las cosas y organizar el sepelio, que se efectuará mañana a las diez!... Todo el pueblo asistirá al entierro. Quiero ofrecer a mi amiga un recuerdo digno de nuestro mutuo afecto y que demuestre al público los indisolubles lazos que nos unían. Irás, pues, esta tarde a la ciudad y escogerás en el "Bazar X", que es el único negocio donde puede comprarse algo, una corona..., la más hermosa de las que te presenten... No te fijes en el precio. Compra todo lo que haya de mejor. Necesito que mi ofrenda sea la más preciosa y sobresalga sobre todo lo que los demás puedan ofrecerle.

Y ese era el motivo por el cual el esposo de la señora Balan tomaba la diligencia aquella tarde, para dirigirse a la ciudad...

LA señora Balan acechaba impacientemente el regreso de su esposo. Éste retornó, pero con las manos vacías.

— ¿Y mi corona? — exclamó la señora, pronta a sufrir un desmayo.

— Mañana por la mañana la mandarán, querida—contestó don Nicasio, para calmar las ansias de su cara mitad.

— Pero, ¿olvidas, infeliz, que la ceremonia del entierro es para...?

— Perfectamente, querida; pero la corona nos será enviada por el correo de las ocho de la mañana; el dueño del negocio, en persona, me ha prometido que la mandarían a esa hora. Así...

— Pero, ¿por qué no la trajiste contigo?

— No podían entregármela inmediatamente, a causa de la inscripción — replicó don Nicasio, consciente del valor de su excusa.

— ¡Ah, la inscripción!...

La señora Balan tuvo que confesar que, a pesar de estar en todo, el dolor le había hecho olvidar ese imprescindible formulismo.

— Y ¿qué te propusieron? — preguntó, ansiosa.

— Muchas banalidades: "¡Recuerdo eterno!" "¡Inmortal dolor!"... Me decidí por una fórmula bastante original: "¡Melania: hasta pronto!"

— ¿Nada más?

— No, porque hay muy poco sitio. La corona es espléndida. Está formada por muchas guirnaldas de rosas muy grandes y una inscripción más importante correría el riesgo de ser cubierta por las flores.

— Sin embargo, la hallo muy seca. Habría que añadir una palabra, por corta que fuera...

La señora Balan se golpeó la frente, llamando en su auxilio una idea; de pronto, más orgullosa que Arquímedes, exclamó:

— He hallado! El correo no ha de estar cerrado todavía. Corro a telegrafiar mis órdenes...

— Recuerda que el espacio es muy reducido — volvió a decir don Nicasio.

La señora cortó la discusión:

— El vendedor juzgará por sí mismo...

Y se precipitó hacia la oficina de correos y telégrafos, para redactar a la dirección del "Bazar X" un despacho del siguiente tenor:

"Corona Balan. Añadan: "en el Cielo", siempre que haya espacio."

LOS concurrentes al cortejo fúnebre se agrupaban ante la casa mortuoria de la viuda Champin. La campana de la iglesia llora sus lamentaciones de bronce, y la señora Balan se desespera, pues su corona no ha llegado aún. Hecho extraordinario: la mensajería matutina tampoco ha llegado. En el momento en que esta demora empieza a inquietar a los habitantes del pueblecito, un ciclista trae la noticia de que, por haberse roto una de las varas del carricoche, éste no podía proseguir su viaje.

Inmediatamente, la señora Balan despacha al mismo ciclista con la misión de traer, lo más pronto posible, la corona.

Y ese emisario no vuelve.

Y es el coche fúnebre el que se ve aparecer allá a lo lejos...

Al fin, llega también el mensajero, doblado bajo el peso de la magnífica corona...



Todas las miradas, curiosas y ansiosas, convergen hacia ella.

Desde lejos, la señora Balan le envía una mirada triunfante.

Pero como varias manos la levantan y la enderezan para colgarla en lo alto del coche fúnebre, la donataria empalidece, enrojece, y se desmaya, lanzando un rugido de suprema humillación.

Dominando las guirnaldas de perlas, muy destacada encima del "parterre" de flores de porcelana, multicolores, la inscripción se yergue, en letras inmensas y doradas.

Había sido imposible ponerla en otro lugar aquella inscripción que el "Bazar X" había ejecutado al pie de la letra:

"Melania: hasta pronto, en el Cielo, siempre que haya espacio."

Las actrices bonitas

FOTO FAMOUS-PLAYERS-LASKY CORP.

Alma Bennett, una de las más hermosas y populares estrellas de la Paramount



FOTO UNITED PICTURES

Margaret Cloud, que figura en el famoso elenco de Mack Sennett Comedies

El chic femenino

Vestido para el campo o excursión, en crepe y muselina, colores amarillo y coral, respectivamente. Modelo presentado en la Exposición de Artes Decorativas de París

FOTO HENRI MANUEL

Vestido para sarao, de crepe color orquídea, bordado con cuentas y strass. Modelo de la casa Jenny de París

FOTO HENRI MANUEL

Otro rico modelo de vestido para baile, creación de Boué Soeurs. Es de fino encaje bordado con galones, guirnaldas y rosetas de seda artísticamente distribuidas

FOTO HENRI MANUEL





El mejor título de renta

1000

BANCO EL HOGAR ARGENTINO

SOCIEDAD ANÓNIMA

AUTORIZADA POR DECRETO DEL GOBIERNO NACIONAL DE 21 DE JULIO DE 1889
ESTATUTOS INSCRIPTOS EN EL REGISTRO PÚBLICO DE COMERCIO DE BUENOS AIRES
CON FECHA 26 DE AGOSTO DE 1899 Y 11 DE SETIEMBRE DE 1923

CAPITAL REALIZADO

$ M/N. 49.821.660 OO C/L.

DOMICILIO SOCIAL – BUENOS AIRES

DEBENTURES 7% 1924

CON GARANTÍA FLOTANTE
EMISIÓN DE 250.000 DEBENTURES DE $ 100 M/N. C/L. C/UNO
VALOR TOTAL $ 25.000.000 M/N. C/L.

TÍTULO AL PORTADOR

INTERÉS 7% ANUAL

REPRESENTANDO

DIEZ DEBENTURES

DE CIEN PESOS M/N. C/L. CADA UNO

Nºs AL

INTERÉS 7% ANUAL

VALOR NOMINAL

MIL PESOS

MON./NACIONAL C./LEGAL
CON
RENTA ANUAL DE $ 70 M/N. C/L.

Emitido con arreglo a las estipulaciones del contrato transcripto al dorso.

Buenos Aires, 15 de Julio de 1925.

PRESIDENTE

SECRETARIO

GERENTE

1000

7 o/o de interés, pagadero por trimestre

Tres poesías francesas

Por

MARIA ISABEL BIEDMA



Le Petit Pommier

Quelle douceur tu m'apportes,
O petit pommier tout blanc.
Tu laisses choir à ma porte
Tes blancs pétales frôlants.

Tu sens la divine joie
Et le fou plaisir de vivre.
Oui, le Primtemps c'est bien toi!
Plein de parfums qui énivrent.

Pourtant, bien souvent,
Te voyant si beau, si frêle,
Je songe avec peur au vent,
A la pluie et à la grêle.

Il est ainsi le Bonheur,
Tout à coup il peut finir.
Il est si frêle, qu'il nous fait peur...
Rien n'y peut le retenir!

Offrande a Pan

O Pan, dieu clément, je vous offre dans ce vase
L'anneau de mon aïeul, ma bague de topaze.
Je t'offre aussi mon voile aux reflets irisés,
Miroitant comme l'or, ruisselant de rosée.

Car quelque dieu jaloux du calme de nos jours,
Perça nos cœurs d'un mal inguérissable et lourd.
Sois pitoyable, ô Pan, fais que nos maux finissent,
Afin que notre sort sur nos vœux s'accomplisse.

Car tu sais que, par loi de ma haute naissance,
L'amour de Daphnis est, pour moi, une défense.
Mais je veux, laissant tout, devenir son égale:
Garder les brebis, vêtir un serge végétal.

O Pan, toi seul tu comprends ces charmants mystères
Qui font le cœur vainqueur de la raison austère.
Tu sais que la jeunesse est la force profonde
Et que l'Amour pour elle, est la sagesse au monde!

Simple Chanson

I

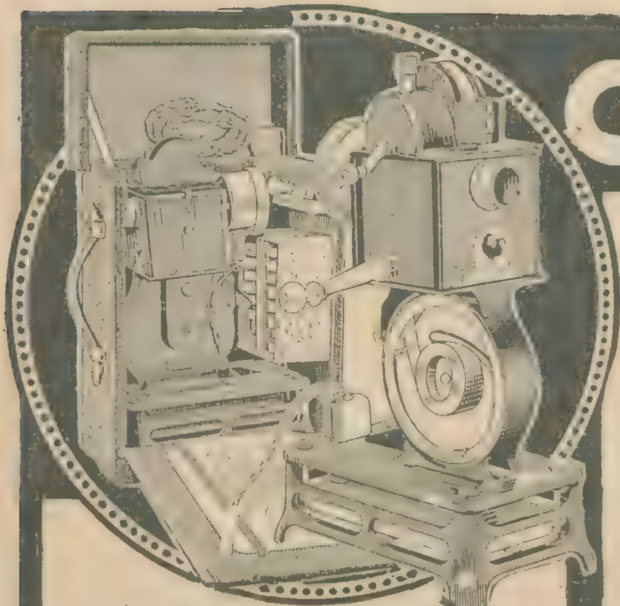
Ne me dis rien,
Ma bien aimée,
Je le sais bien!
L'Amour? il passe,
Il règne une heure
Il rit et pleure,
Puis, il s'efface.
Peut-être bien
Il me revient
A tout jamais.
Ne me dis rien,
Ma bien aimée,
Je le sais bien!

II

Il n'a pour loi
Que son plaisir et son caprice,
Il n'aime en toi
Que ta beauté, c'est mon supplice.
Il ne connaît le repentir,
Ni le chagrin.
D'ici, de là, de près, de loin,
Il règne une heure,
Il rit et pleure
Et puis, voilà!
Sans rien nous dire, un jour s'en va.
"Mais, dis-moi, où s'est-il enfuit
Quand il finit?"

"Tu le sais bien,
Ma bien aimée,
Je n'en sais rien!..."

COMPARE y DEDUZCA



EL CINE EN EL HOGAR

PROYECTOR CINEMATOGRAFICO "CONTINSOUZA"

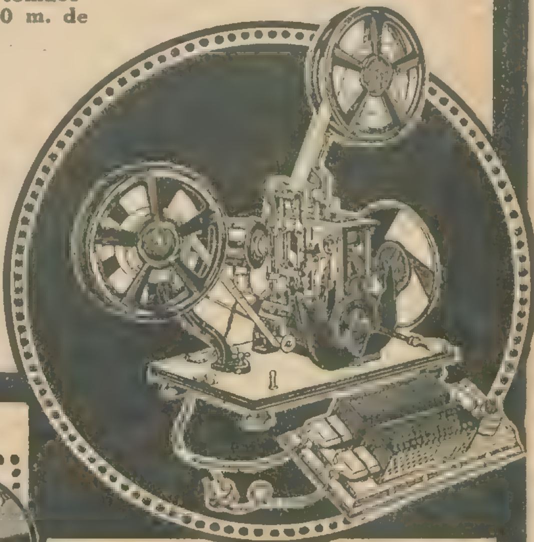
Para toda película universal. Se conecta a cualquier tomacorriente. Cuadro luminoso y fijo de 2 m. por 2 ½ a 10 m. de distancia. Puede manejarlo un niño.

EL EQUIPO PROYECTOR "CONTINSOUZA" N 2 SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES ELEMENTOS:

1 Proyector, con obturador, porta obturador y manija	$ 425.-
1 Porta objetivo	„ 15.-
1 Linterna, acoplada al proyector, con condensador	„ 25.-
1 Brazo potencia	„ 20.-
1 Brazo devanadera	„ 20.-
2 Bobinas de 300 metros	„ 20.-
1 Correa metálica	„ 2.-
1 Objetivo, serie superior	„ 55.-
1 Lámpara, 12 vlts. 2 amp. con reflector	$ 5.-
1 Resistencia con amperómetro e interruptor, acóplados	„ 50.-
1 Tabla caoba, 0.45×0.30	„ 10.-
1 Tapa de hierro pintada	„ 10.-
1.000 metros de película	„ 100.-
Total	$ 757.-

TODO POR SOLO $ m/n **530**

CRÉDITOS POR MENSUALIDADES



EL CINE EN EL HOGAR

Nuevo Proyector "PATHE - BABY"
MODELO D

PERFECCIONADO para films de 20 metros. Es el CINEMATÓGRAFO DE LA FAMILIA. Precio, en su estuche de madera forrada .... $ **95**

Cámara "PATHE-BABY"

Para tomar pequeños films para el hogar. En su estuche, a



$ 115

GRATIS. Prospectos y Catálogos.



El Fonógrafo ideal "NIRONA"

Marca Registrada. Con 200 Púas "CONDOR", $ **20**

UN HERMOSO APARATO DE VOZ SONORA Y ASPECTO SIMPATICO. Peso: 2 kilos. Tamaño: 21 ½ × 23 ctms. Cabe en una mano. Motor y diafragma de primera calidad. Bocina amplificadora "NIRONA" patentada. Es una máquina parlante de construcción sólida y sumamente práctica. EMBALAJE GRATIS

DISCOS DOBLES NACIONAL

SON LA FIEL EXPRESIÓN DEL ARTE CRIOLLO

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA

D. D. "Nacional", de 25 cm., a $ 3.25

DUO GARDEL-RAZZANO

(Con acomp. de guitarra José Ricardo)

18156 { Sueños. Tango. Solo Gardel. Cárdenas-Ortiz. / Amor. (Gran Buda). Shimmy. Solo Gardel. Bruno-Ramenti.

18155 { Echaste buena. Tango. Solo Gardel. Dizeo-Bonessi. / Pompas. Tango. Solo Gardel. Cadicamo-Goyeneche.

D. D. "Nacional", de 25 cm., a $ 3.—

ROBERTO FIRPO

Orquesta Típica y Jazz-Band

6426 { Trago amargo. Tango. R. Iriarte / Isabelita. Shimmy. V. Pontino.

6425 { ¡El circo se va!... Tango. 2º Premio del 2º Concurso del Gran Splendid. Catulo Castillo. / Tristezas de barrio. Tango. C. Puglisi.

FRANCISCO CANARO

Orquesta Típica y Jazz-Band

4136 { Fosforerita. Tango. B. M. Chapela. / La chica del Ukelele. Fox-Trot. Kahen.

4140 { Gente alegre. Tango. A. Scatasso / En la pendiente. Tango. F. del Negro.

4139 { El brujo. Tango. 1er. Premio del 2º Concurso del Grand Splendid. J. C. Bazán. / Suspiros. Tango. 6º Premio del 2º Concurso del Grand Splendid. A. C. Bazán.

D. D. "Nacional", de 25 cm., a $ 3.—

OSVALDO FRESEDO

Orquesta Típica

5019 { América. Tango. José C. Marco. / Pirula. Tango. A. Spátola.

5016 { Yo te bendigo. Tango. 3er. Premio del Concurso del Grand Splendid. J. de Dios Filiberto. / Zarpazo. Tango. L. Petrucelli.

JUAN MAGLIO

Orquesta Típica "PACHO"

7468 { Manos finas. Tango. E. Bianchi. / Crítica 6º. Tango. J. Polito.

FRANCISCO LOMUTO

Orquesta Típica y Jazz-Band

7657 { Luna de miel. Shimmy. 1er. Premio del 2º Concurso del Grand Splendid. V. J. Troysi. / Rulitos. Tango. 7º Premio del 2º Concurso del Gran Splendid. R. L. Brignolo.

D. D. "Nacional", de 25 cm., a $ 3.25

IGNACIO CORSINI

Con acompañamiento de 3 guitarras

18455 { Un despojo. Tgo. Soliño-Pécora. / El rebenque fatal. Milonga. J. P. López.

AZUCENA MAIZANI

Con acomp. de Orquesta F. CANARO

11025 { Fosforerita. Tgo. Giura-Chapela. / La nieve. Yaraví. F. S. Almeyda.

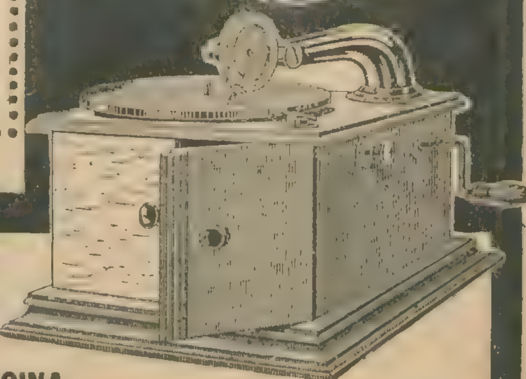
CONDOR — LA MEJOR PUA En cajas de 200 $ m/n 1.—

VALIJA PARLANTE "PALACE"

Marca Registrada

Lo mejor y más barato en Máquinas Parlantes transportables. Tamaño: 28×24×11½ ctms. Caja de madera forrada en tela imitación cuero. Es de voz fuerte y nítida. Se le puede dar cuerda mientras funciona. Cerrada, parece una valija. Con 200 PUAS "CONDOR" .... $ **38**

EMBALAJE GRATIS



FONOGRAFOS GLÜCKSMANN

CON Y SIN BOCINA

De roble o caoba, 38×36 ctms. Con puertas graduadoras del sonido. Cuerda de 22 milímetros y plato giratorio de 25 centímetros. Con 200 PUAS "CONDOR" ..... $ m/n 45.-

Puede dársele cuerda funcionando. EMBALAJE GRATIS.

AFICIONADOS FOTÓGRAFOS..!



LIBRE de PORTE

Stock permanente de las mejores marcas de máquinas, placas, películas, papeles, drogas y accesorios en general.

REVELACION Y COPIAS EN 6 HORAS



Equipo Fotográfico "PEBETE"

Para que los niños aprendan a tomar y revelar fotografías. 1 cámara y laboratorio completo .... $ m/n. 8.50

MAX GLÜCKSMANN

ROSARIO CORDOBA 1048 — MONTEVIDEO 18 DE JULIO 966

CALLAO y Bme. MITRE · B. AIRES · FLORIDA y LAVALLE

Tres borrascas en un plato

(Continuación de la pág. 14)

varez que pica el suelo con el bastón y por el naviero que bate también palmas.

Los otros dos tienen por fuerza que sonreír.

Y abierto y tendido el papel, surgen las exclamaciones:

— ¿De un solo palo? ¡Lindo!

— ¡Es elegante, sin disputa!

Y los tertulios del grupo, y otros parroquianos que se allegan e inclinan por sobre aquéllos, pasean sus miradas por el velamen: ahí está la mayor, allí la escandalosa, el foque..., e imaginan todas las velas combas y tensas de viento próspero.

Y a unas palabras de Turcuvich, dícele Quintín:

— ¿Te gusta, che, dálmata? ¿Cómo no te va a gustar a vos, un nieto de piratas del Egeo!

Y todos ríen.

Y al teniente, que indica que cada vez se usan más los cascos de hierro, le objeta:

— Preguntale al maestro..., ¿eh, amigo naviero? ¿No es mejor, mil veces, mi casco de viraró y cedro?

Quintín ha tuteado al teniente. Y agrega:

— ¡Material nativo, y arte nativo, hermano!

— ¿Con hélice? — pregunta admirado uno.

— ¡Sí, pues! ¿No ve que lleva motor?

— ¿Con motor, che, che? ¿Con motor? — pregunta y repite Remigio, sólo por dar salida a su contento.

— ¿Y si no? Pensá que a lo mejor de una excursión cae el viento.

— ¡Claro, claro está!

— Que nos agarra una calma chicha — prosigue Quintín, — y que vos, que vas en el yate, tenés que entrar a puerto a hora fija.

Y como todos le conocen a Remigio la manía de consultar a cada instante su reloj de bolsillo, ríen otra vez de buena gana y queda temperada la tertulia de generoso calor.

Y continuarán en ese temple durante sucesivas noches, aun cuando las íntegre Trocozzone, regresado de Mar del Plata sin medio centavo.

Es que del señor Álvarez, capitalista de la obra en ciernes; de sus palabras oportunas, de sus modales, de sus claros ojos marinescos, seguirá fluyendo un mar eternamente bonancible, y en ese mar navegará como esta noche, graciosamente, a todo trapo, el yate primoroso de Quintín, capeador de borrascas antes de estar hecho.

FABRICACIÓN DE MÁRMOL ARTIFICIAL

La reciente invención de un mármol artificial ha puesto de relieve la ingeniosidad de los que, durante muchos años, han venido preocupándose de la creación de substitutos o imitaciones de los materiales de construcción.

He aquí el procedimiento para la fabricación de ese mármol:

Se colocan unos hilos de seda de varios colores sobre un trozo de hule. Se extiende sobre éstos una capa de un cemento especial, y minutos después se sacan los hilos de seda.

La losa del cemento resultante se cubre con una estopella, sobre la que se extiende una capa de yeso.

Posteriormente, al quitar la estopella y el yeso, aparece una losa con las venas de color dejadas por los hilos de seda.

El único amor de Gabriela Mistral

(Continuación de la pág. 11)

El hierro que taladra tiene un gustoso frío,
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas.
Y la cruz (Tú te acuerdas, ¡oh Rey de los Judíos!)
se lleva con blandura, como un gajo de rosas.

Aquí me estoy, Señor, con la cara caída
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero,
o todos los crepúsculos a que alcance la vida,
si tardas en decirme la palabra que espero,

Fatigaré tu oído de preces y sollozos,
lamiendo, lebrel tímido, los bordes de tu manto.
y ni pueden huirme tus ojos amorosos
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto.

¡Di el perdón, dilo al fin! Va a esparcir al viento
la palabra el perfume de cien pomos de olores
al vaciarse; toda agua será deslumbramiento;
el yermo echará flor y el guijarro esplendores.

Se mojarán los ojos obscuros de las fieras,
y, comprendiendo, el monte que de piedra forjaste
llorará por los párpados blancos de sus neveras:
¡Toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!

Después de este final, mi pluma se emociona. Se me cae de las manos. ¡Qué suerte no haberla visto nunca!...

Tranquilidad de conciencia

Por ELOHIM SORAH



...."Oye, Mathis — le dice — ¿puedes pagarme un café?..."

FRANZ Isabón — o simplemente Ibbs, como sus amigos le llamaban — estaba acostado, hambriento y febriciente, en su viejísimo sofá.

Era uno de esos horribles días lluviosos, tan frecuentes en el otoño, y la luz mortecina del atardecer penetraba por las ventanas del taller.

De las nubes, saturadas hasta la saciedad, se desprendía copiosísima la lluvia sobre la tierra, empapada y sucia. La gente se helaba en la calle. Y los que no podían pagarse el lujo de una buena estufa, se helaban también en sus casas.

Isabón se había levantado, tarde ya, bien pasado el mediodía, para meditar — ¡qué remedio! — acerca de la falta de un buen almuerzo en la mesa y de leña abundante en la chimenea.

Ni un solo comestible; sin cigarrillos y, lo peor de todo, sin dinero para comprarlos, ¿era posible pensar en trabajar?

Él, sin embargo, hace una tentativa sobrehumana. Despacio, con desgano, se dirige al caballete, coloca en él un estudio empezado, alza la paleta con los colores y, con un postrer esfuerzo de energía, se pone ante el cuadro y observa lo hecho de su obra: una muchacha a medio vestir, poniéndose las medias. La modelo había huído de aquel ambiente helado cuando estaba a medio hacer. Él había creído poder terminarlo con la ayuda de alguna fotografía, ya que lo principal del colorido estaba terminado, y no del todo mal. Pero ahora este pensamiento le parecía sencillamente una niñería. Arriesga un par de pinceladas... ¡Que el diablo se lleve los malditos colores!: aquello no responde. Estropea, desentona todo lo anterior. Allí se queda, con los brazos caídos, sin esperanza alguna, ante el bosquejo. ¡Alto! ¿Se detendrá ante este obstáculo? ¿Cómo salía del paso, allá en sus comienzos? Y, nervioso, toma el álbum, lleno de figuras, bosquejos y estudios. Y, más nervioso aún, lo hojea hasta dar con la página. ¡Ah! ¡Esto es un verdadero mamarracho, bueno a lo sumo para encender el fuego! ¿Debe seguir buscando? ¿O más bien empezar algo nuevo? Pero ¿con la cabeza vacía, los dedos ateridos y el estómago como caja de guitarra? ¡Ridículo! ¡Atrozmente ridículo! Entonces toma del armario su viejo sobretodo, se abriga lo mejor que puede en él y se echa de nuevo en el sofá dejado momentos antes.

¡Brrr!... Y para hacer más lúgubre la situación, la lluvia arrecia, batiendo desapiadada los vidrios de las ventanas.

Ibbs cierra los párpados para olvidar, para no ver lo que le rodea. Y, en cambio, mira hacia su interior, donde crece y florece la dicha, la felicidad.

Un fuego alegre y juguetón arde y chisporrotea en la gran chimenea esparciendo una agradable temperatura por la estancia; sobre la mesa, puesta con exquisito gusto, humea una apetitosa comida. En ella se ve una botella de vino del Rin, moka, cigarros... ¡Ah! Allá puede uno fortificarse. Y entonces sí, ¡duro al trabajo! La modelo acude con toda puntualidad. "Así está bien, señorita; le ruego que se prepare. Allá, detrás de aquel biombo. ¿Tiene usted frío? ¿No?... Así, así..., en esta postura. Consérvela usted." ¡Soberbia muchacha! Es un placer el pensar así. En el taller hace una temperatura tan agradable que, a pesar de la prolongada "pose", las carnes de aquella jovenzuela siguen rosadas, tersas y sin temblar.

. . . .

¡Flitsch! ¡Flatsch! ¡Flitsch! ¡Flatsch! La lluvia sigue cayendo..., y borra el bello cuadro de su imaginación.

Franz Isabón se arropa aun más en su viejo sobretodo, y se da vuelta hacia la pared. Ahora se ve dentro de elegantísima levita, con el resto del vestuario en consonancia con ella. Va de visita a una aristocrática casa. Llama. Una sirvienta jovencita y sonriente le abre. Lo conduce a un salón. Allí todo es alegre y elegante. La luz mortecina no penetra allí, donde la dueña de casa — una encantadora dama — pasa la tarde entre crisantemos que florecen en elegantísimas macetas de origen japonés. ¿Cómo quiere usted, señora, que la retrate?...

. . . .

¡Flitsch! ¡Flatsch! ¡Flitsch! ¡Flatsch!, sigue cantando desapiadada la lluvia. Isabón salta del sofá, como picado por un bicho malo. Esto no puede seguir así. Es necesario que encuentre un par de marcos (entonces los marcos tenían su valor real), no importan dónde, ni cómo.

Piensa en su amigo Rumpenthaler. Le pedirá diez marcos. Es el mejor medio para que le dé cinco.

— "¡Diez marcos! — exclama éste con dolor, — ¿en qué piensas, Ibbs? ¿Olvidas que estamos a fines de mes? Yo mismo me veo en figurillas para salir del paso."

Y con gesto nervioso, abre su portamonedas. Lo vacía sobre la mesa. Algunas monedas de a marco; otras de cobre ruedan produciendo su típico tin, tin, tin, tin.

Pero..., una de veinte marcos ha caído al suelo. Rueda silenciosa por la alfombra y va a parar debajo de un taburete. Rumpenthaler no la ha visto. Y añade: "Mira, tengo aun menos dinero de lo que pensaba. Aun haciendo un esfuerzo — no te ofendas — te daré... ¡un marco!"

— "Sabes una cosa?" — pregunta en el tono más indiferente Isabón, — "prefiero una copita de aguardiente y unos cigarrillos."

— "Con mucho gusto" — contesta el otro, embolsando las monedas caídas en la mesa y desapareciendo en el cuarto inmediato.

Durante unos segundos Ibb queda de pie, inmóvil. Luego se dirige hacia el taburete, alza la moneda e introduce la mano en el bolsillo, despacio, muy despacio.

Rumpenthaler regresa. Isabón bebe y enciende un cigarrillo.

— "Ahora, adiós. Y gracias por todo."

— "Oh, de nada, de nada."

Franz Isabón en menos de tres saltos se encuentra en la calle. Su cabeza está por las nubes. Su pecho

se siente ancho. Ancho como el mundo.

"¡Calma, calma, Ibbs! ¿Por dónde empiezas? Cambia la moneda. Tal como está ahora, este dinero es del diablo."

Siente una cierta angustia. Ya no tiene hambre. En cambio, sí, una vehemente necesidad de aire, de espacio, de movimiento. Toma el camino que conduce al Stadtpark. Sus pasos son largos, siempre más largos, y se producen con rapidez cada vez mayor, como si obedecieran al impulso de una fiebre en aumento.

Las calles están húmedas y cubiertas de barro. El agua penetra por sus botines desgastados. Y el viento, que azota los árboles, se infiltra a través de su delgado sobretodo. Todo ello le es indiferente. Casi ni lo nota. Cuenta mentalmente cómo repartir los veinte marcos entre víveres, modelo y utensilios de pintura. Y cada nueva cuenta anula la anterior. Cien veces saca la áurea moneda. Cien veces vuelve a guardarla. A cada paso cruza por su imaginación un nuevo tema de pintura. Hombres, mujeres y niñas. Sentados, en pie, recostados. Bañados por el sol, o envueltos en la penumbra, o iluminados por el resplandor de una lámpara.

Parece como si aquella moneda le devolviera la inspiración. Y con ésta, su alma volaba en pos de la fortuna, de la gloria, del renombre. Sueña, sueña tanto, que ni se da cuenta de que está de nuevo en el centro de la ciudad. De pronto, se detiene ante una casa de cambio. Antes de entrar saca la moneda del bolsillo... Y luego, como exhausto de voluntad, sin ideas, sin deseos, sin hambre siquiera, la mete en el bolsillo de nuevo. Y sigue, sigue su peregrinación, sin plan, sin objeto.

— ¿Qué demonios haré con esto? — piensa, tocando la moneda. — ¿Por qué la habré tomado? ¿Cómo me veré ahora libre de ella?

Y así pensando, pasa por delante de un café, "au grand complet". Se acerca y mira.

— ¡Oh! ¿No es aquel que está en el rincón Rumpenthaler?

Un suspiro dilata su pecho.

Con paso mesurado, entra, se dirige a su amigo y, colocando sobre la mesa los veinte marcos, le dice, sonriendo:

— Hombre ligero, fíjate otra vez un poco mejor en lo que haces cuando vuelques tu portamonedas. Toma. Esto es tuyo.

Sin esperar la respuesta, dejando a Rumpenthaler boquiabierto, cruza el local hacia el extremo opuesto, donde otro amigo, Mathis, estaba sentado.

— Oye, Mathis — le dice: — ¿puedes pagarme un café?

El baño, su historia y su higiene

(Continuación de la pág. 30)

Según él, las reglas fundamentales para la aplicación concreta de los baños son:

Los más cortos, los mejores.

Cuanto más fría el agua, mejor, porque la reacción es más potente y vigorosa; pero las personas débiles harán bien en disminuir por grados la tibieza del agua.

El cuerpo debe estar lo más caliente posible antes del baño. Después de él, en vez de enjugarse el cuerpo del todo, convendrá hacer ejercicio metódico para reaccionar.

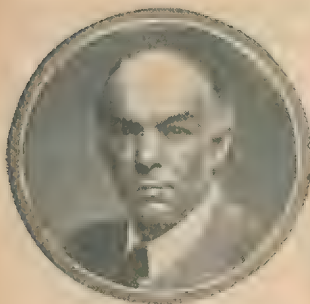
El endurecimiento de la piel es conveniente y saludable contra el asalto de las enfermedades.

La verdad es que una persona es tanto más vigorosa cuanto más se encariña con el agua fría.

Prototipo de los baños de agua dulce o natural son los baños de mar o de río, a causa de tomarse al aire libre y de dar expansión al cuerpo con ejercicios natátiles.

Griegos y romanos endurecían el cuerpo para las fatigas de la guerra, bañándose en los ríos antes de conocer sus lujosas termas.

El célebre higienista Hufeland atribuía la gran fuerza corporal de las razas antiguas a la costumbre de bañarse con frecuencia, ya en el mar, ya en los ríos.



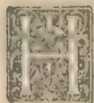
Fabián de Castro

A TRAVES DEL ARTE

Fabián de Castro, el gitano

Por GERMAN GOMEZ DE LA MATA

(Desde París) *(Para "El Hogar")*

ACE unos treinta años, llegó a París cierto mozo gitano en compañía de una guitarra; nuncio de la musa *cañí*, se dignaba conceder al bulevar la gracia de ese *cante* flamenco, tan hondo y tan desgarrador, que compendia toda una tragedia étnica. Venía de España, recorrida palmo a palmo por él, amén del norte de África, lo mismo que más tarde recorrería Alemania, Rusia, la mayor parte de Europa, en fin, gitano hasta en su nómada inquietud. Hoy, el antiguo *tocaor*, cuyos tufos empiezan a blanquear, pinta unos cuadros asombrosos dentro de un modesto estudio encaramado en un patio de Montparnasse, y sueña recordando su historia, maravillosa historia, que conmueve, aunque no garantizo que edifique. He aquí, sintetizada, la figura de Fabián de Castro, *dit le Gyptano*, conforme nos descubre la prensa francesa.

Y es que el mozo de la guitarra nació artista — quizá para su bien, quizá para su mal, — llevando el arte en la masa de la sangre; pero lo que ni él propio sabía es que nació con aptitud para la pintura, no revelándosele tal predestinación hasta después de haberse familiarizado con algunos maestros españoles residentes en París: Zuloaga, Anglada y otros.

"Anch'io son pittore", pensó de súbito, nuevo Correggio inesperado, y comenzó a pintar.

Comenzó a pintar sin aprender, sin someterse a reglas, independiente siempre, conservándose puro a lo largo de jornadas laboriosas. Sus lienzos, raros, increíbles, tenían en ocasiones candideces que el autor no subsanaba, acaso por orgullo; a pesar de todo, desde el primer momento los distinguió una absoluta originalidad, a la cual había contribuído la preciosa ignorancia del oficio en que se mantuviera quien los fué acabando con un esfuerzo encarnizado; emergían exentos de contaminaciones, salvadas sus dificultades por intuición, tanto más meritorias cuanto menos técnicas.

De desnuda que está, brilla la estrella...

A la vista de semejantes obras, la crítica se sintió desconcertada por no saber hallar antecedentes de su escuela, y buscando con saña estos antecedentes, creyó encontrarlos en el Greco.

Como hijo espiritual del Greco pasará, pues, a la posteridad Fabián de Castro, no obstante poseer sólo de aquél apenas una vaga reminiscencia. Aun así, debe enorgullecerle su presunta estirpe artística, porque muy pocos lograrían que se les achacara una tan honrosa afinidad.



"Las manos claras", estudio de Fabián de Castro



"Gitana", estudio de Fabián de Castro



"La Inquisición", cuadro de Fabián de Castro que pertenece a una galería particular de Londres

Naturalmente, el *gyptano*, demasiado altivo, no protesta contra ninguna afirmación relativa a su extraño pincel virgen.

Quienes conocen a Fabián de Castro no ignoran, claro está, que permanece ajeno a tendencias pictóricas. Admira por igual a Goya y a Velázquez, al Greco y al Ticiano; no repara casi en los impresionistas del siglo XIX, y no existen para su desdén las audacias de nuestra época. Entretanto, crea una pintura suya, fuera de cualquier tiempo a la par que de cualquier estilo, y le da los caracteres de su raza misteriosa, español en el fondo, puesto que el suelo donde surgió a la luz y donde no vive es el que a su espíritu se amolda mejor siempre.

¿Para qué buscarle antecedentes?... Fabián de Castro es un pintor gitano, el único pintor gitano, y su factura es factura gitana: dulce o tétrica, a la manera de los cánticos que acompasaba durante las andanzas de su juventud; lívida o sombría, al modo de los rostros cetrinos y de los ojos negros, que en su criterio constituyen la aristocracia de la humanidad; religiosa con el agorero hieratismo de una buenaventura; gitanas son sus Madonas y sus Venus; gitanos son los frailes que se deslizan por sus composiciones con rigidez de aparecidos; gitano es ese individuo desnudo al que maniata la guardia civil, y que le valió un proceso en su patria por sospechas de injurias a la institución; gitano es el maravilloso Cristo que ha debido adquirirse para un museo madrileño.

Y repito que es gitano en Fabián de Castro el hombre, gitano gitanísimo, a quien han acosado los terribles tricornios que por motivos diferentes acosan a sus hermanos de las carreteras; que continúa pobre cual la mayoría de los suyos; que no se queja de las injusticias.

Mañana, las telas de este artista, inapreciables documentos, decorarán las salas de pinacotecas ilustres.

Entretanto, él trabaja, melancólico y estoico, solo con la guitarra de sus juveniles aventuras, dentro del pequeño estudio de Montparnasse, torre de marfil en que desahoga por el día y aduerme por la noche sus nostalgias de príncipe...

Manual de labores

EL BORDADO BLANCO

El bordado blanco, cuyo uso se remonta a los tiempos más antiguos, tiene la buena condición de que lo mismo sirve para aplicar al "trousseau" de un bebé que a toda clase de lencería de vestir o de uso en la casa. Puede decirse que en manos de buenas obreras este bordado, convertido en arte, ha llegado a la perfección. Pero dejando a



Fig. 1

un lado a las artistas, que ya conocen perfectamente los recursos de esta difundida labor, es ahora para las debutantes para quienes publicamos estas primeras nociones del interesante trabajo, nociones que acompañamos de algunos grabados explicativos que facilitarán mejor la ejecución del trabajo.

Festón (figura 1).—El festón es la base de todos los bordados blancos.

Se hace de diversas formas: redondo, puntiagudo al punto de rosa, como nuestro modelo, pero en nada cambian la manera de ejecutarlo.

Se marca el festón por puntadas adelante sobre todos los contornos, que no deben estrecharse ni ensancharse, sino seguir muy exactamente en la forma primitiva del dibujo. Estos puntos adelante son más grandes por el derecho que por el revés. Se rellena entre las dos líneas de los contornos con puntos adelante hechos yendo y viniendo, pero más numerosos en la parte más ancha, para terminar en la punta con un solo hilo, que pasará de un diente al otro.

Se fija el hilo en la extremidad de la izquierda, se le hace recaer delante de sí y se le sostiene con el pulgar izquierdo, cerca de la línea; se vuelve a tirar el hilo a la derecha, se pasa la aguja por la tela, debajo de la línea del dibujo, y se tira esta misma, pasando por encima de la parte del hilo sostenida con el pulgar, que se retira cuando el hilo está completamente estirado.

Para pasar de un diente al otro,

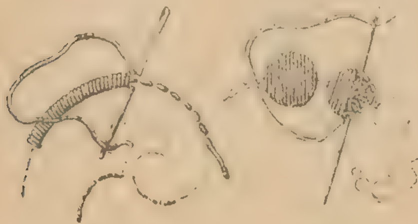


Fig. 2 Fig. 3

en la punta, la aguja se clava en la tela debajo de la línea, sin sostener el hilo con el pulgar; después aquélla sale en el bucle del último punto, que se cierra para hacer en seguida el diente siguiente.

La figura 1 es un festón a punto de rosa. La diferencia entre este festón y el festón mate consiste solamente en el dibujo; éste consiste en grandes dientes compuestos a su vez de otros muchos pequeños; estos pequeños dientes no están separados entre sí por una punta aguda, como los grandes o los de otros festones.

Cordoncillo derecho. — El punto de cordoncillo, muy empleado en el bordado, sirve para limitar los contornos de los ojales y de todos los motivos a la inglesa: forma los nervios de las hojas, las bridas del fondo, así como los trazos todos interiores de las figuras o de los motivos decorativos de un dibujo. Se le encuentra en el encaje de Venecia, en el Richelieu, en las aplicacions sobre tul y en todos los bordados de fantasía.

He aquí cómo se ejecuta el cordoncillo derecho (véase la figura 2).

Se traza sobre el dibujo, con puntadas adelante, todo lo que debe ser cordoncillo. Después se hace el punto tirando el hilo a la derecha y pasando la aguja por debajo del trazado, cruzándose enteramente con el hilo de este último. Se tira y se cierran los puntos, que deben ser muy regulares y estar muy unidos los unos a los otros.

Este punto sirve para engastar los ojales que forman el bordado inglés.

Para hacer la terminación de este punto es necesario dejar un poco flojas las cinco puntadas últimas, a fin de pasar fácilmente la aguja a través, cerrando el hilo e igualando estas últimas con la punta de la aguja.

Motitas y hojas al plumetis (figuras 3 y 4). — Las motitas bien hechas contribuyen muy particularmente al embellecimiento de una labor, sobre todo cuando esta labor está formada con diversos puntos de bordados, como, por ejemplo, el bordado inglés con el "plumetis", combinación que hoy en día está muy en boga.

Las motas se hacen de la manera siguiente: Se marca la línea exterior con puntos adelante. Se rellena por medio de puntos adelante o cruzados en rosetón; pero los primeros conservan mejor a la mota su forma regularmente combada. Los puntos adelante, que abarcan toda la longitud de la mota en el interior del dibujo, deben estar siempre muy aproximados al medio.

La mota se borda en seguida trabajando a través de los puntos de relleno, pasando la aguja al exterior del dibujo, formando puntos muy aproximados y muy derechos, cuya longitud aumenta y disminuye gradualmente, siguiendo, sin deformarlo, el dibujo.



Fig. 4 Fig. 5

Véase la manera de operar con la aguja en la figura 3. La hoja de la figura 4 se trabaja de la misma manera.

La manera de rellenar que acabamos de indicar para las motas, y que sirve igualmente para el bordado al "plumetis", no es la única adoptada por todas las bordadoras. En algunos países el bordado se rellena muy poco; en otros, por el contrario, se rellena tanto que la tela soporta con dificultad el bordado y se desgarra a la primera lavadura.

En esto, como en todas las cosas, lo que más conviene es adoptar un término medio.

Algunas personas rellenan haciendo puntos en S dobles, en el medio de la mota; otras prefieren seguir los contornos del dibujo en el interior, y hacen espirales hasta el medio. Pero el mejor relleno, a nuestro juicio, consiste en puntadas adelante, recubriendo enteramente la superficie de lo que se ha de bordar.

Ojal sombreado y ojal chinesco festoneado. — Este motivo, que forma a la vez bordado mate y bordado claro, es de un efecto muy agradable para las labores de lencería en que se llevan en dibujos un poco anchos y extendidos, como ser: ramas, bouquets, guirnaldas, o bordado inglés.

Esta forma de ojales se marca dos veces, es decir: sobre cada contorno interior y exterior; después se rellena gradualmente por medio de puntos adelante, derechos, para la primera capa, y en bies cuando, queriendo obtener un relieve acentuado, se hace una segunda capa de puntos sobre la primera, procurando que tenga mayor espesor en la parte más ancha.

Este mismo ojal puede ser festoneado hacia el borde y acordonado en el interior, de la manera siguiente: Se trabaja de izquierda a derecha, se pasa la aguja por la tela, debajo del dibujo, después se tira y cierra el punto, teniendo cuidado de pasar la aguja completamente en cruz con el hilo del contorno y de hacer los puntos muy aproximados y muy regulares.

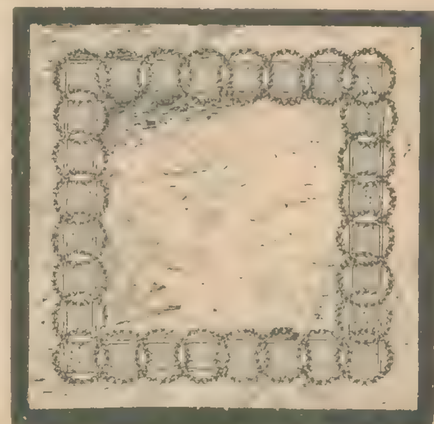
LOS BORDADOS DE LENTEJUELAS

El mérito e interés por los bordados de esta especie no decae. Y es por la razón de que siendo muy fáciles de ejecutar tales labores, son, sin embargo, de un riquísimo efecto y se adaptan a muchas y variadas cosas.

El modelo que damos a conocer en el grabado y que sirve lo mismo para un tapete de mesa, una almohadilla, etc., puede ampliarse o adaptarse según el tamaño que se le dé y el motivo a que se le aplique.

Es, como puede apreciarse, un motivo hermoso y muy a propósito para este género de labor, resultando de una facilísima ejecución, como se deducirá de las explicaciones que pasamos a dar.

Primeramente se calca con bastante cuidado y exactitud posible, el dibujo; después de lo cual se marcan bien claro y con puntos los centros a donde deben corresponder las lentejuelas redondas y también con puntos los lugares donde han de coincidir las dos esquinas de las lentejuelas largas, porque es de advertir que en la labor, como se verá en el dibujo, se hace necesario emplear lentejuelas de las dos formas indicadas. Después se trazan a lápiz los círculos y las líneas que han de ir cubiertas con cintas.



Las cintas deber ser de raso para que con sus reflejos contribuyan al efecto brillante de las lentejuelas. También pueden substituirse las cintas con líneas bordadas a punto de tallo, que es precisamente el punto que se emplea para bordar los círculos.

Este punto de tallo se ejecuta con seda amarilla de color oro, cuando se borda sobre tela blanca o moaré antiguo; y las lentejuelas que convienen en esta combinación de tonos son las de oro mate.

La acción social de la Mutualidad del Magisterio

(Continuación de la pág. 36)

científicos, vale decir: consultorios clínicos, consultorios de especialistas de garganta, nariz y oído, gabinete de rayos X, gabinete de rayos ultravioletas, farmacia propia, laboratorio bacteriológico.

La exigencia más apremiante puede ser complacida en el acto, y los enfermos se hallan satisfechos y se asisten correctamente.

b) Un dispensario, con carácter regional, en la ciudad de Tucumán, dotado de todos los elementos modernos y establecido en casa propia, adquirida por la Mutualidad. Este dispensario extiende su radio de acción a las provincias de Tucumán, Salta, Jujuy, Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja.

c) Un lote de terreno, de diez hectáreas de tierra, en la vecina localidad de Merlo, preparada ya para construir el primer sanatorio suburbano destinado a recibir a los enfermos prebacilosos o incipientes, con capacidad para cien enfermos, y su costo alcanzará a trescientos mil pesos.

d) La Mutualidad tiene actualmente organizada, en Cosquín, una colonia con treinta asociados enfermos, que han sido enviados desde la Capital y diferentes ciudades del país para ser sometidos a la cura del clima. Todos ellos se hallan subvencionados por la Mutualidad.

e) En el establecimiento oficial de Santa María se hallan internadas diez asociadas, cuya pensión paga regularmente la Mutualidad a la dirección del sanatorio.

f) Licencias con goce de sueldo.

g) Subsidios y pensiones permanentes cuando el asociado no goza de su sueldo.

h) Pasajes.

i) Gastos de sepelio.

SERVICIO SANITARIO EN EL INTERIOR

Tiene la Mutualidad, en las principales ciudades del interior, sus médicos corresponsales que atienden a los maestros del lugar enfermos de tuberculosis o en estado de caer en garras de esta enfermedad.

Los medicamentos se proveen de la farmacia social de la Capital, que tiene gran stock para enviarlos a toda la República.

GOBIERNO

Está dirigida por un consejo de administración, compuesto por siete maestros elegidos directamente, por voto secreto, de los maestros de toda la República, más dos representantes del Consejo Nacional de Educación.

FARMACIA

No se expenden ni recetan específicos, sino preparados en la misma farmacia social, hechos con drogas puras y legítimas, con exacta dosificación y verdadera higiene.

Se adquieren mediante la firma del solicitante en la receta médica.

Un dato elocuente es este: en el mes de noviembre último se despacharon mil doscientas recetas.

Conclusiones. — Un maestro enfermo, pues, está en excelentes condiciones para curarse, mediante reposo físico e intelectual que la Mutualidad le facilita, régimen alimenticio adecuado, cuidadosa atención por médicos y visitadoras, teniendo a mano todo lo necesario, hasta ambiente propicio a la alegría de vivir, contagiada por el optimismo reinante en el dispensario y de la gente que allí se trata.

Esta institución, perfectamente organizada, que cumple con el deber de velar por el maestro enfermo, le proporciona todo lo necesario para su tranquilidad y su perfecta cura.

Un aplauso sincero para los cultores de esta gran obra humanitaria.


...se sentaron sin ocuparse más de M. Charlamion...

El desquite

Por

E. G. GLUCK



JERÓNIMO Ratineau había sido en el colegio un alumno insignificante y tímido, cuya sumisión ejemplar provocaba las injustificadas iras del profesor.

En el regimiento fué el infeliz soldado a quien se reservan los más penosos trabajos, porque se sabe que no se atreverá a rechazarlos y que aguantará tranquilo todas las exigencias de sus superiores.

Cuando hubo terminado su servicio militar, entró como empleado subalterno a servir en las oficinas de los ferrocarriles, y continuó desempeñando su papel de víctima que el destino le había designado, sin duda.

Ratineau aceptaba con cierta filosofía su misión de cabeza de turco inamovible. Sus compañeros le hacían toda clase de perrerías, que el infeliz sufría con evangélica resignación.

Quien más lo mortificaba era el jefe de contabilidad, M. Charlamion, hombre colérico y despótico, sumiso ante sus superiores y altivo siempre con sus subordinados.

Ratineau no tenía valor para rebelarse, y se limitaba a acumular en su corazón terribles rencores. Incesantemente le asaltaban ensueños de represalias y proyectos de venganza, que por de pronto no le era posible poner en práctica.

Mortificado a veces por un apóstrofe de mal género, abría la boca para contestar; pero no surgía de ella sonido alguno. El miedo a las responsabilidades que iba a contraer lo paralizaba por completo y se le ahogaban las palabras en la garganta.

Un día, con gran sorpresa de sus compañeros, no asistió Ratineau a la oficina.

Las conjeturas fueron infinitas.

—¿Si se dedicará a tirar al blanco?

—Indudablemente, estará enfermo.

—Es de suponer que escribirá al jefe.

Al día siguiente, M. Charlamion decidió enviar un empleado en busca de noticias del ausente. Pero, cuando el hombre de confianza del jefe de contabilidad se disponía ir a casa de Ratineau, presentóse éste.

Hubo en la oficina una exclamación de sorpresa. Cruzáronse veinte preguntas:

—¡Cómo! ¿Eres tú?

—¿Has estado enfermo?

Pero, sin contestar a nadie, sin tomarse el trabajo de dar a su jefe la explicación de su ausencia, sentóse Ratineau en su sitio de costumbre.

Reinó el más profundo silencio. Todos creyeron que iba a ocurrir algo extraordinario.

A la llegada de Ratineau, M. Charlamion se había sentado en su sillón, dispuesto a aplastar a su subordinado bajo el peso de sus habituales amenazas.

A los pocos momentos gritó con voz de trueno:

—¡Ratineau!

Ratineau, que estaba sacándole punta a un lápiz, interrumpió su importante tarea, y con una entonación que no se le conocía dijo:

—¿Que ha hecho Ratineau?

M. Charlamion creyó que había oído mal.

—¿Qué ha dicho Ratineau?

Se habría oído volar una mosca.

M. Charlamion se puso pálido.

—¡Veo—exclamó—que no está usted en su estado normal!

—Está usted en un error. Sepa usted que me río de sus recriminaciones y no hago maldito el caso de su estúpida personalidad. Estoy harto de sufrirlo a usted y me voy a dar un paseo. Volveré cuando usted se haya tranquilizado.

Ratineau se puso el sombrero y salió precipitadamente del despacho.

Todos los empleados creyeron que Ratineau había perdido la razón.

M. Charlamion estaba ciego de indignación.

—¡Voy a dar parte al ingeniero director!—exclamó con trémulo acento.

Al día siguiente por la mañana no apareció Ratineau por la oficina.

—¡Ya le ajustaré yo las cuentas a ese idiota!—dijo M. Charlamion.

A las dos de la tarde hizo Ratineau su entrada solemne en el despacho.

Iba vestido con gran elegancia. Después de haber saludado a sus compañeros con aire de marcada superioridad se sentó ante su mesa, sacó de uno de sus bolsillos un periódico, que desdobló ostensiblemente, y encendió un cigarro habano.

M. Charlamion se levantó de su asiento, se acercó a Ratineau, y cortésmente le preguntó:

—¿Quiere usted hacerme el obsequio de acompañarme a ver a M. Legrand, el director?

—No quiero molestar al señor ingeniero.

—¡Se lo mando a usted!

—¿Me lo manda usted?

—Sí, señor.

—¿Pero no ve usted que estoy leyendo mi folle-

(Continúa en la pág. 59)



Aves sobre el cuello de un ánfora

Los dibujos de animales en la cerámica griega

El hippalectrión copa del siglo VI

EL alfarero griego no era un artista, sino un artesano; no inventaba su decoración, sino que la copiaba de modelos tomados a la estatuaria, pintura, tapicería, al bronce o al hierro; por lo cual su obra, poco original, pero cuyos ejemplares son innumerables, nos hace conocer, como por reflejo, una gran serie de obras originales que se han perdido.

Lo que llama la atención, sobre todo, es la unidad estética de las obras consideradas; forman un conjunto natural, en que persisten ciertos rasgos dominantes, comunes y fijos, que desaparecen en cuanto se llega al siglo III antes de nuestra era. Desde este momento se entra, desde el punto de vista estético, en otro mundo.



Un flamenco

Durante ese tiempo el rasgo más saliente de los dibujos de animales es su carácter abstracto. El griego representa la especie, no al individuo; no hace retratos, dibuja la mujer, el caballo, el perro, el buey en general, lo que da un carácter esquemático a sus obras. No hubo verdadero dibujo del natural hasta el siglo III.



Copa ática del siglo VI



León de un vaso del siglo VI

Como los griegos no investigaban la naturaleza, conocían pocos animales, no dibujando sino los que se imponían a su observación en la vida cotidiana, en la caza, en las ceremonias religiosas: el caballo, el buey, el toro, los carneros, la cabra, la cierva, el jabalí, las fieras y algunos pájaros y peces. No se ocupan de los insectos, y en cuanto a ciertos animales raros, como el pulpo, lo deforman hasta convertirlo en la hidra de Lerma.

Su imaginación, en este sentido, es pobre; nada inventan. Sus monstruos están formados con fragmentos de especies distintas; la esfinge tiene cabeza de mujer, cuerpo de fiera y alas de pájaro; el centauro es mitad hombre y mitad caballo; el hippalectrión, una de las obras maestras de Nicóstenes, es medio gallo gigantesco unido a medio caballo, con un jinete. Pero cada vez van perfeccionando sus rasgos y llegan a una gran finura y elegancia.



Cierva pintada en una copa ática

Para esto van pasando por varias etapas, representadas por las escuelas de Chipre, Rodas, Corinto y Beocia.

Después sobreviene una decadencia rápida, tanto más cuanto se pasa a otro arte. Las posturas se hacen teatrales y amaneradas; se vuelve a dibujar animales, pero ya se copian de la realidad, con lo que el arte clásico griego de la alfarería ha pasado a la historia.



Gallo de un vaso cirenaico del siglo VI

Los diversos grabados que ilustran esta página, reproducción de motivos que se conservan en los museos, dan mejor idea del arte poco imaginativo pero característico de la alfarería griega.



Jinete pintado en un ánfora del siglo VI

Madame Récamier

(Continuación de la pág. 15)

años estuvo ausente, y en 1814 volvió a París.

Proponíase nuevas conquistas: Ballanche fué la primera. Nada ahorró con el fin de atraer a ese dulce soñador, tan feo físicamente como hermosa era ella. Vivía perpetuamente en las nubes, y su candor sin límites facilitó los hábiles manejos de Julieta.

En cierta ocasión hallábase muy próximo a la bella, y, advirtiendo que el olor a cuero de sus botines nuevos la molestaba, se levantó bruscamente para volver un segundo después en medias, pues había dejado tras de la puerta su calzado.

Al lado de Ballanche debemos colocar a Benjamín Constant. Muy conocido es este personaje debido a la obra "Adolfo", que es la novela de su vida.

Espíritu agudo pero sin voluntad, a la vez escéptico y romántico, con mucho de Werther y de Don Juan; víctima siempre de las mujeres que despreciaba, Benjamín Constant, amigo íntimo de Mme. de Staël durante quince años, jamás se interesó por Mme. Récamier, y, repentinamente, se siente irresistiblemente apasionado por ella. Desconfiado y celoso, promovió escenas terribles, amenazando de matar a medio mundo y de suicidarse en seguida. Fué una tempestad huracanada para la tranquila existencia de Julieta, que jamás acordaba nada. Por ella se arrojó Constant en el partido borbónico; pero al volver Napoleón de la isla de Elba le nombró consejero de Estado.

En adelante llaman a Benjamín Constant "el tránsfuga", lo cual le conduce a sostener un duelo con Montlosier, a quien hirió.

Finalmente la mística influencia de madame Krüdener le desligó poco a poco de ese desgraciado amor, que hubiera acabado con su razón y le dejó débil y empequeñecido.

Apareció en escena la altiva e imponente figura de Chateaubriand. Conocía desde mucho atrás a Mme. Récamier, pero fué en 1818 cuando tuvo la revelación de que encarnaba "su destino".

Trabajo costó a Julieta esta vez, pues hallóse en presencia de un hombre cuya coquetería era superior a la suya, acostumbrado a considerar las cosas desde la cumbre de su genio.

Supo hallarle el lado débil, y desde ese instante Chateaubriand no pudo prescindir de ir diariamente a su lado para recibir incienso.

Demasiado famosa es esta relación para repetir aquí pormenores. Los nombres de René y de Julieta vivirán eternamente unidos en el cuadro delicioso de la Abadía del Bosque. Amor que en el vizconde fué al principio mero hábito para convertirse en impresionante al fin.

Julieta sufría de cataratas. Operada sin éxito dos veces, recibía cotidianamente la visita de su viejo amigo, entorpecido por la parálisis.

"La mujer que ya no veía buscaba al hombre que no sentía ya", dijo Víctor Hugo.

El primero en morir fué Chateaubriand. Desesperada, Julieta arrojóse sobre el cadáver y lo inundó con todas las lágrimas de sus ojos sin luz.

Murió en mayo de 1849, durante una epidemia de cólera. En su último sueño ofrecía el aspecto de una serena belleza, que Devería fijó en un dibujo admirable.

En el libro de José Turquan aparecen graves censuras a Mme. Récamier. No le perdona el autor tantas víctimas.

El rigor parece excesivo para juzgar a esta belleza, cuyo sufrimiento, impuesto por su coquetería, que prometía más de lo que podía cumplir, no sería escaso.

¿No existe, acaso, una dolorosa causa fisiológica que explicaría su frialdad?

Fuera de la esfera sentimental, madame Récamier era una excelente, abnegada amiga, servicial y generosa.

Se le ha reprochado una inteligencia mediocre, y hasta hay quien pone en duda su triunfal hermosura. Mérimée hace notar la vulgaridad denotada por sus manos y sus pies. Más caballeresco resulta creer en la leyenda que continuará llamándola: "Bella entre las bellas" por todos los siglos.

Los niños célebres

(Continuación de la pág. 12)

— Ya que sabes tantas cosas, ¿sabes manejar una espada?

Crichton había perdido algunos minutos en confundir al necio, y pidió excusas a la asamblea.

Desde la mañana hasta la noche este "monstruoso genio", como lo llama Scaliger, respondió con toda seguridad a las múltiples preguntas que le fueron dirigidas, sobre filosofía, ciencias naturales, matemáticas, historia, teología y literatura.

Desde ese momento se le designó con el título de "el Admirable". Hubiérase podido con igual justicia nombrársele "el Infatigable", pues pasó toda esa noche bailando, y ganó al día siguiente quince partidos de "sortija" en el Louvre, sacando a punto de lanza un anillo puesto en el extremo de un palo, cabalgando sobre un caballo a gran galope. La misma prueba realizó en Roma, Venecia y Padua, con el mejor de los éxitos, mostrando en todo momento tanta modestia como sabiduría.

El duque de Mantua ofreció un premio en dinero al vencedor de un temible bandido. Crichton lo hizo y repartió la recompensa entre las viudas de tres desgraciadas víctimas del malhechor. Nombróle el duque profesor de su hijo Vicente, joven perezoso y perverso.

Sintió profunda envidia de su profesor, y le hizo atacar por una docena de emboscados, roído por viles sentimientos. Once cayeron bajo la espada de "el Admirable". Desarmado el duodécimo, clamó piedad. Al descubrirle el rostro se halló en presencia de su discípulo Vicente.

En prueba de perdón, el generoso Crichton le ofreció su espada. Viéndole indefenso, el execrable príncipe le atravesó el cuerpo con ella.

Así pereció, a veintitrés años, uno de los más excelsos genios de la humanidad.

Fué Blas Pascal otro caso de talento infantil. A quince años escribió un tratado que dejó admirado a Descartes.

Al igual de sus dos hermanitas Gilberta y Jorgelina recibió esmerada educación paterna. Asombró la primera por sus conocimientos históricos y matemáticos, siendo niña, mientras Jorgelina desplegaba su inspiración poética.

A seis años compuso una comedia para chicos, cuyo ingenio celebróse profusamente en la corte. Ana de Austria quiso conocerla, y la niña se presentó con un soneto en su honor.

El talento de la pequeña poetisa salvó al padre de ser encarcelado.

(Continúa en la pág. 68)

Un hermoso templo

(Continuación de la pág. 39)

la plaza, tan colorida, tan llena de vida con sus caminos rojos, sus arriates de verdura y su nunca bien ponderado reloj de flores.

Durante la estación veraniega todo San Isidro parece que vibra de animación. Los trenes llegan colmados de pasajeros. Las calles están pobladas de gente, de niños que juegan y corren bajo la dulce sombra de la espesa arboleda.

Empiezan a entrar los fieles a la iglesia, notándose en las señoras una estricta severidad en sus tocados. Nada de brazos desnudos, nada de descote. Sólo alguna pollera corta puede suscitar un escrúpulo exagerado. Todo será cuestión levantar los ojos hacia el altar...

La mañana es de azul y de oro. La brisa fresca del río trae como un profundo olor de selva lejana.

El desquite

(Continuación de la pág. 55)

tín? El héroe ha cortado en pedazos a su suegra.

M. Charlamion salió apresuradamente del despacho, y al cabo de un minuto regresó, acompañado del ingeniero.

Los empleados de contabilidad procuraron contener el aliento.

M. Legrand interrogó a Ratineau:

— ¿Es cierto lo que me dice M. Charlamion?

— Sí, señor; es la única verdad que ha dicho en su vida.

— Pues bien — contestó M. Legrand: — le concedo a usted cinco minutos para escribir una carta dando una satisfacción al jefe de contabilidad. Si se niega usted a ello, quedará cesante en el acto.

— ¡Perfectamente! — dijo Ratineau, poniéndose a escribir.

Charlamion sonreía maliciosamente. Los empleados se habían convertido en estatuas.

Ratineau entregó su carta a M. Legrand. Pero cuando éste alargaba la mano para tomarla, el modesto empleado la retuvo, y dijo:

— ¿Me permite usted que la lea?

Y en alta voz leyó lo siguiente:

"Señor ingeniero director: Ruego a usted que tenga la bondad de aceptar mi dimisión.

" Abandono con inmensa satisfacción esta oficina, donde durante once años me han envenenado la existencia las groserías y las necedades de mi jefe, M. Charlamion. — *J. Ratineau.*"

M. Legrand exclamó, lleno de asombro:

— ¡Indudablemente se ha vuelto usted loco! No es usted rico, que yo sepa, y va usted a quedarse en medio de la calle.

— Acabo de heredar una fortunita — contestó Ratineau — que me pone al abrigo de todas mis necesidades y me libra para siempre de la enojosa presencia de M. Charlamion. He heredado una friolera: un millón y medio. Pienso colocar la mayor parte de mis fondos en la Compañía. Si me pierde usted como empleado, me tendrá usted aquí como accionista.

Apenas había terminado, el ingeniero lo asió del brazo y le dijo:

— Pase usted a mi despacho, amigo Ratineau. Allí podremos hablar con más comodidad.

Y los dos se retiraron, sin ocuparse más de M. Charlamion, que permanecía con la boca abierta y profundamente alarmado, temeroso de las represalias de que tarde o temprano pudiera ser objeto.

El buen humor de los demás

CURSO LIBRE DE CHISTOLOGÍA

Felipe va a visitar a su amigo Cayetano y le encuentra muy sentadito a la mesa, con un vaso de agua delante y con un dedo metido en él.

— Pero, Cayetano, ¿qué haces?

— Tú verás... El médico me ha dicho que tenía que tomar un baño, y me estoy acostumbrando.

El partido socialista de X envía a Rusia un delegado para que estudie los efectos del régimen bolchevique con toda imparcialidad. A su regreso el delegado informa:

— Aquello es un paraíso.

Y un amigo le pregunta:

— Bueno, pero aquí para entre los dos, ¿es aquello verdaderamente un paraíso?

— Sí — responde el delegado. — Como que todos andan desnudos y sólo se alimentan de manzanas.

Se cuenta del célebre Languet de Gergy, cura de San Sulpicio, que pidiendo una vez limosna para sus asilados, recibió una bofetada de un particular.

— Señor — le dijo tranquilamente el digno sacerdote: — esto es para mí; ahora, déme usted algo para mis pobrecillos...

Con toda la seriedad de que es capaz un inglés, refiere místed Thompson en una tertulia:

— El último verano me encontraba yo con mi esposa en París. Se nos antojó tomar te y lo pedimos a nuestra habitación. Estalló de repente una espantosa tempestad, penetró en la estancia un rayo y redujo a cenizas a mi pobre Mary.

— ¡Dios mío, a cenizas! — exclamaron todos. — Y ¿qué hizo usted?, ¿qué dijo?

— Ah — respondió el inglés con la mayor sangre fría, — lo que hice fué tirar del cordón de la campanilla y decir a mi criado: ¡John, barre a la señora!

Esto ocurrió en un saloncillo de billar... El señor que jugaba con "Clarín" se desesperaba porque no ganaba nunca; le resbalaban los tacos, se le escapaban las bolas, y llenaba inútilmente el saloncillo de bufidos y de votos.

— Pues, esta es carambola, ya lo verá usted... — le anunció a "Clarín" al tirar una. — ¡Me juego la cabeza a que esta es carambola!

Y "Clarín":

— ¡Es natural!...

— Hombre, ¿y por qué es natural?

EL TENORIO POR DENTRO



— Oye, Casiano: ¿dónde dejaste el biberón del pequeño, que no lo encontramos por toda la casa?

VERGEL DE INGENIOS

ALBERTO GERCHUNOFF

APOLOGÍA DEL PUCHERO CRIOLLO

— ...Los argentinos hablan el español. ¿También comen el cocido? Describí, con humildad y con fruición, nuestro doméstico puchero:

— Es la comida de un pueblo feliz, mi querido maestro. El que va por primera vez a Buenos Aires y se llega a una casa en que predominan las costumbres castizas, comprende lo que significamos como promesa para la humanidad. Se persuade de que el Cuerno de la Abundancia se ha volcado sobre el territorio argentino, al contemplar la inmensa y oblonga fuente nimbada de diáfanas y cálidas espirales. En su presencia olvida el dispéptico el infortunio de las digestiones trabajosas. El rostro sombrío se vivifica ante la tornasolada montaña en que se extiende, pulposa y opulenta, con su llanta de lúcida grasa, la tira de carne de costillar, cuyos huesos, cortados con precisa regularidad, despiden gotas de denso caldo. El repollo violáceo, el albor de la patata, el chorizo que provoca ineludiblemente el chasquido ávido de la lengua, la colina de garbanzos, el disperso perejil, la ingenua zanahoria, la prieta morcilla, distribuída en fascinadoras arandelas — y que Baltazar de Alcázar cantó con férvido acento — en contraste con el oro aguado del bloque de zapallo, toda esa confusión milagrosa de elementos diferentes, taladran el espíritu, apresuran la respiración e imponen el silencio a los comensales noblemente conmovidos. Es el plato cotidiano de mis compatriotas, querido maestro. Denuncia en su heterogeneidad pomposa la riqueza poliforme de un suelo fértil. ¿Quién habrá inventado el puchero? La historia, fundada en un concepto trascendente de los acontecimientos, no nos ha escondido al que inventó los logaritmos ni substrajo a la admiración al que destruyó el templo de Diana. En cambio, yace en las tinieblas el que combinó con suprema certeza y con suprema sencillez esa obra maestra. Yo protesto contra la historia en nombre de la felicidad del género humano y en nombre de la poesía. Clío, bella y fría, me parece la más descuidada de las musas.

Brillat-Savarin levantó la copa y exclamó:

— No lo dudo; estáis destinados al dominio del mundo. El Imperio Romano se deshizo cuando los ciudadanos de Roma, con el paladar estragado, buscaban en la alquimia de los cocineros decadentes un estímulo para el apetito. El estoicismo de los filósofos de la urbe antigua no era más que una consecuencia de su falta de lógica en el régimen alimenticio. El romano dejó de conquistar laureles no bien empezó a comer como un sátrapa. Creo que estoy parafraseando a Quevedo. Volviendo a nuestro asunto, le diré que se puede espiar el florecimiento y el decaimiento de los pueblos a través de la evolución de su comida. Carlyle estudió la civilización a través de los trajes. Habría que estudiarla a través de los manjares. Un día almorzaba yo con el señor de Morny. Al servirnos unas costillas de cerdo, el noble anfitrión, que debía una suma voluminosa a un comerciante judío, reflexionó con jovialidad:

"— Por suerte, la Ley prohibe a los hebreos el consumo de puerco.

"— Imagino — le contesté — que no blasfemaréis contra un pueblo que hizo los Diez Mandamientos y que se recrea en su aflicción con jalea de pétalos de rosa. Se asegura que esa raza subsiste por la unidad que le dan la Biblia y la persecución. Es un error que comparte el barón de Holbach. Esa raza conserva su coherencia en medio de la hostilidad universal porque come pescado relleno, croquetas de carne envueltas en hojas de viña y el estofado agridulce, que agrava la crueldad de los que persiguen a los hijos de Israel.

(De *La asamblea de la bohardilla.*)

HUMORISTAS DEL VERSO

ANTONIO PALOMERO ("Gil Parrado")

A VOLAR

Si no me engaña la vista,
muy pronto, al paso que vamos,
será un hecho la conquista
del aire que respiramos.

esclavizarle queremos
porque libre nos estorba,
y después que le absorbemos
pedimos que nos absorba;

conque las "etéreas salas"
cruzará el hombre tranquilo,
valiéndose de unas alas
o cosa por el estilo...

Ya hay atrevidos talentos
que amenizan nuestras horas
con grandes experimentos
de máquinas voladoras;

y suponer es muy justo
que hasta el hombre más reacio
pronto podrá darse el gusto
de vivir en el espacio...

Yo aplaudo a esos inventores
que con su ciencia aplicada
serán los innovadores
de nuestra vida cansada;

mas no tomen por desaire
que aquí a declarar me atreva
que la conquista del aire
no me parece tan nueva...

Desde los tiempos ancianos
— la fecha citar no quiero —
ya conocen los humanos
ese "medio" por entero.

Sí; de esperanzas ayunos,
pobres, resignados, locos,
en el aire viven unos,
del aire viven no pocos...;

y muchos que se consuelan,
y con eso se mantienen,
de un modo constante vuelan
con las alas... que no tienen.

Como las aves seremos
mañana... ¡Inútil trabajo!...
Ya en nuestro mundo sabemos
que hay aves de vuelo bajo.

Milanos hay a montones,
y hay águilas carniceras,
y hay buitres, y hay gorriones,
y algunas aves parleras...

Variedad interesante
que a declarar nos convida
que el hombre es un ser volante,
y que es un vuelo su vida...

Si al ver que se les señala,
y aunque el destino soporten,
muchos ahuecan el ala
por miedo a que se la corten,

en cambio hay hombre ambicioso
que con ellas se sustenta,
y va hacia el grupo dichoso
de los pájaros de cuenta...

Triunfen, pues, esos talentos
que amenizan nuestras horas
con grandes experimentos
de máquinas voladoras;

mas no es tan nuevo el encanto
que ofrecen con su conquista...
¡Ya hay hombres que vuelan tanto
que hasta se pierden de vista!

— ¡Porque si yo tuviera su cabeza, también me la jugaría!

Un perdulario de gracia se quiere divertir en los teatros, pero no tiene dinero. Se coloca a la puerta del teatro Español de Madrid. Ve pasar un viejecillo que le dice al portero una palabra, y ve que el portero se inclina respetuosamente para dejarle avanzar.

El perdulario se adelanta y le dice a su vez al portero:

— Yo también.

El viejecillo había dicho su nombre: José Echegaray.

Guía de la mujer práctica

Las transformaciones prácticas No necesitamos enaltecer la ventaja y utilidad de conocer el arte de transformar los vestidos usados, convirtiéndolos en vestidos nuevos de rigurosa moda. Es ello de tan evidente conveniencia bajo el punto de vista económico que se recomienda por sí solo, y toda mujer de buen sentido y celosa de sus intereses cuida con esmero esta particularidad que tantos beneficios ha de reportarle.

El secreto de la renovación de trajes es siempre cosa más bien de ingenio y de buen gusto. El ingenio permite sacar provecho de los elementos que se tienen a mano; y el buen gusto permite aprovecharlos de acuerdo con los usos y modas reinantes y adaptarlos a las condiciones físicas de la persona interesada.

Hemos dado frecuentes ideas sobre este particular que han sido, sabemos, aprovechadas con éxito por nuestras lectoras. En el número pasado presentábamos precisamente un interesante modelo de transformación muy práctica y fácil. Y hoy queremos reanudar el tema con un nuevo modelo de estilo, que resulta también muy conveniente y oportuno por tratarse de vestidos de uso corriente en esta estación.

Es, el vestido del grabado, de una elegancia muy vistosa, modelo que nuestras lectoras habrán visto muy frecuentemente o tal vez usen ellas mismas. Pues bien: se trata de convertir el vestido, de muselina de seda o de crêpe, que completa un echarpe, vestido muy elegante de paseo, como se verá, pero que ya se ha usado bastante, convertirlo, repetimos, en otro vestido no menos elegante, de baile, y de gran actualidad, tal como el que se ve en el segundo modelo del mismo grabado.

El procedimiento es bien fácil. El corte general del vestido no se altera; queda el mismo. Únicamente que con el echarpe del primer vestido, colocándolo fruncido, se hace el volante de la nueva toilette de baile.

Ésta se adorna en todo el contorno del volante así obtenido, con rosetones del mismo género, que se obtienen con tiras sacadas de la tela de las puntas drapeadas que adornan la falda del primer vestido.

Para confeccionar estas flores, se cortan tiras de unos tres centímetros de ancho, se pliegan tales tiras en dobles y se enrollan sobre un redondel de esparteria comenzando por la parte exterior.



Un vestido de calle que completa un echarpe, se transforma en lindo vestido de baile adornado con rosas del mismo género

El nuevo vestido no habrá costado nada más que un poco de trabajo, y quedará de una apariencia que no hará recordar para nada el otro vestido del cual fué obtenido.

Esta idea puede modificarse a voluntad, puesto que el verdadero sentido de la transformación está en el aprovechamiento del echarpe y de la tela de las demás piezas complementarias que en la nueva toilette han de constituir los nuevos elementos de adorno.

Un almohadón moderno He aquí un modelo de almohadón, de estilo moderno y elegante, que se confecciona en seda de dos colores, negra y blanca, por ejemplo, azul marino y gris, verde y rosa, etc. Por el grabado, fig. 1, podrá creerse que su confección es complicada; sin embargo, es bien sencilla y fácil como se deducirá de las explicaciones que damos a continuación, ilustradas con grabados que facilitan la confección con el menor gasto imaginable.

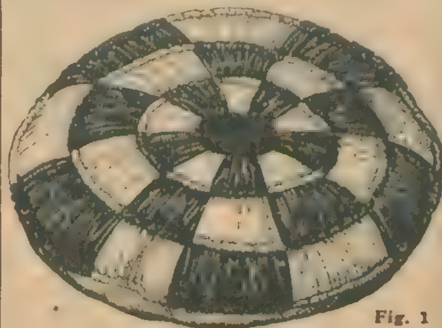


Fig. 1

Se puede emplear para ello restos de vestidos usados, partiendo de la base de que las costuras quedan disimuladas por los frunces y embullonados.

En las instrucciones que damos en seguida, todas las dimensiones están calculadas, sin contar las alforzas, para las cuales debe dejarse un centímetro de más.

Lo primero que debe prepararse es el almohadón interior, que se arma de la siguiente manera: se cortan dos trozos redondos de tela de forro, que tengan unos sesenta centímetros de diámetro, los cuales irán un dos entre sí

por una tira cerrada en redondo, que mide 1 metro 90 de largo por 0.04 de ancho. Al unir los dos trozos con la tira lateral, se dejará una abertura



Fig. 2

para introducir por ella el kapok, la pluma o crin del relleno, cerrándose la abertura al final a punto montado. (Véase la figura 2.)

Se aplica en seguida, a puntada larga, un fondo redondo, de satiné o seda,

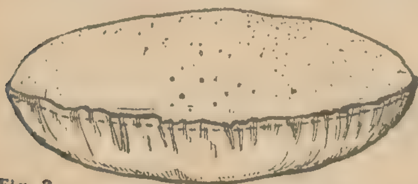


Fig. 3

parecida al de la cubierta, y cuyo diámetro sea, más o menos, de 0.68 metros. Al coser esta pieza del fondo, será necesario hacer algunos frunces, como se verá en el grabado (fig. 3).

Se prepara después las tiras de género destinadas a armar la cubierta.



Fig. 4

Se hacen tres de esas tiras, de un ancho de unos once centímetros. Se cierran en redondo, después de haber unido los distintos trozos que las componen; después de fruncidas a puntos adelante de un lado, y fruncidas igualmente del otro sobre una presilla, a manera de dobladillo (fig. 4). Las tres presillas medirán metros 1,90, 1,39 y 0,80. La primera tira está compuesta de diez trozos de 0,26 centímetros de largo cada uno; la segunda tira está

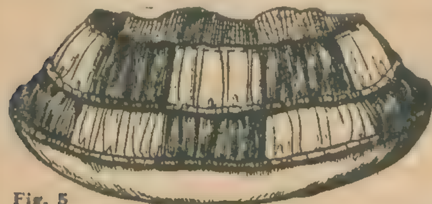


Fig. 5

compuesta de diez trozos de 0,18 cada uno, y la tercera comprende también diez trozos de 0,10 de largo cada uno.

A puntadas corridas, hechas a lo largo de la presilla, se colocará la primera tira alrededor, cubriendo el borde de la pieza de abajo, y se frunce el otro lado de la tira en forma de que quede plana sobre el almohadón; se hace lo mismo con la segunda tira, cuyo borde doblado cubrirá el borde fruncido de la tira precedente. Y, finalmente, se hace lo mismo con la tercera (fig. 5).



Fig. 6

Se hace, por último, un redondel de tela fuerte, de unos doce centímetros de diámetro; se le cubre de seda del color obscuro de la tira, doblándola un poco fruncida por el revés, y se cose esta pieza, a puntos disimulados en el centro del almohadón, montando el borde fruncido de la tercera tira (fig. 6).

Un plafonnier artístico En varias exposiciones de artes decorativas realizadas últimamente, se ha puesto de manifiesto el lindísimo efecto que se obtiene en la imitación de los efectos luminosos del agua, por medio de reflejos producidos mediante la combinación de la luz con cuentas de vidrio.

Esto ha sugerido la idea del artístico plafonnier cuyo modelo damos en esta página con la explicación correspondiente de la manera de armarlo, cosa que, como es fácil y sencilla, cualquiera de nuestras lectoras puede intentar en la seguridad de obtener el efecto deseado al mismo tiempo que se provee de un artefacto de utilidad y de un gusto excelente.

El plafonnier de la figura 1, puede hacerse con una montura sencilla, en forma de copa, que se adorna con hi-



Fig. 1. — Plafonnier de cuentas de cristal

los de cuentas montadas sobre alambres finos, el mismo que se emplea para hacer las flores. Estos alambres adornan la copa desde el borde hasta otro alambre, dispuesto paralelamente al de la orilla, y a alguna distancia del centro, véase la figura 2, y se fijan dichos alambres como lo indica el detalle de la figura 3.

Se prepara un redondel de cuatro centímetros de diámetro, con un alambre más fuerte, y nuevos hilos de perlas partiendo del círculo de alambre fijado a la montura, van unidos a este pequeño redondel donde se montan hilos a manera de fleco sobre una longitud de unos quince centímetros.

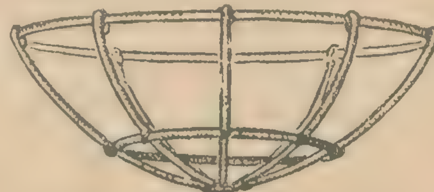


Fig. 2 — Esquema de la armazón

Se recomienda cubrir la montura y todos los alambres gruesos con papel de seda blanca, bien enrollada en espiral, o con cinta del mismo color.

El plafonnier va colgado al medio con hilos de cuentas de vidrio también, agrupadas tres a tres y montadas sobre alambre grueso.

Un fleco formado por hilos de alambre con cuentas redondas y tubulares alternadas, va fijado al borde superior de la copa, y cae libremente al exterior de la misma en la forma que se ve en el grabado.

La longitud de los hilos es diferente formando un borde irregular, y cada hilo o alambre fino conteniendo cuentas o tubos ha de estar siempre terminado por una cuenta redonda de mayor

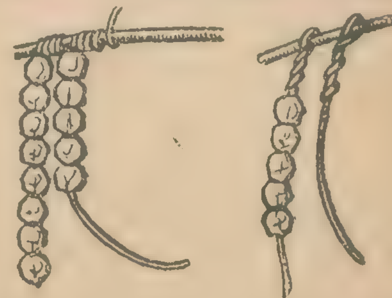


Fig. 3 — Detalle de cómo se montan los alambres de cuentas

tamaño que las otras. (Véase la figura 4.)

Un segundo fleco de cuentas redondas enhebradas también en alambres



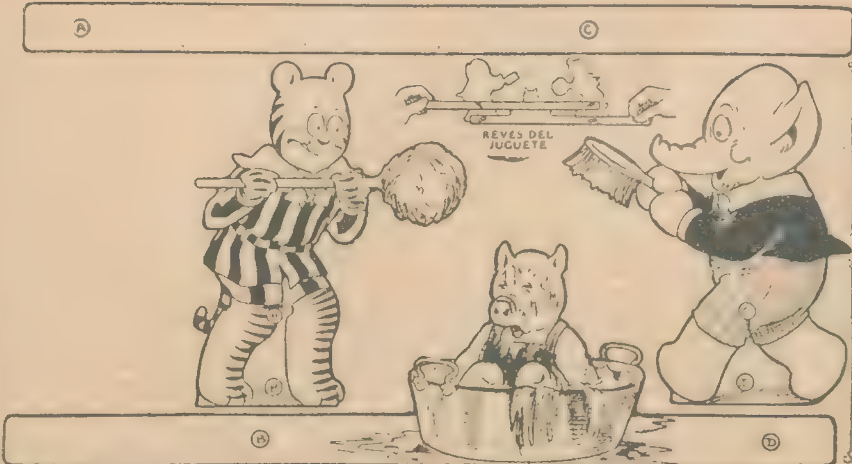
Fig. 4 — Detalle de un hilo del fleco

finos, pende del aro de alambre que va fijo a la montura.

La armazón del plafonnier puede ser también cubierta simplemente con pongé blanco, llevando solamente como adorno unas caídas de cuentas arriba, al medio y en la parte central de abajo.

NUESTRO JUGUETE SEMANAL

¡Al baño!



Lechoncito es poco amigo del agua. Por eso sus vecinos le dan, de vez en cuando, una buena lavada que aguanta sin entusiasmo.

¿Quieren ustedes presenciar el baño de Lechoncito?

Sobre cartulina peguen las cuatro piezas del juguete, y una vez secas y bien recortadas colocan la tira suelta tras los "bañeros" pasando un broche por (A) y otro por (C). Luego, adaptan la otra pieza haciendo coincidir (B) con (B) y (D) con (D) que se fijan con un broche.

Haciendo jugar el modelo, como muestra el diagrama, se explica la actitud del pobre Lechoncito.

SECCIÓN RECREATIVA

Carlitos Chaplin



Para dibujar a este cómico, favorito de los niños, basta seguir los pasos determinados aquí. Sin mayor trabajo se obtiene un retrato de Carlitos que a todos gustará trazar.

Para la gente menuda

Por LA ABUELITA

UN PUÑADO DE ADIVINANZAS

¿Qué cosa es
Que cuanto más se mira
Menos se ve?
—El sol.

Toda mi vida es un mes;
Mi caudal es cuatro cuartos,
Y, aunque me ves pobrecita,
Tengo los humos muy altos.
—La luna.

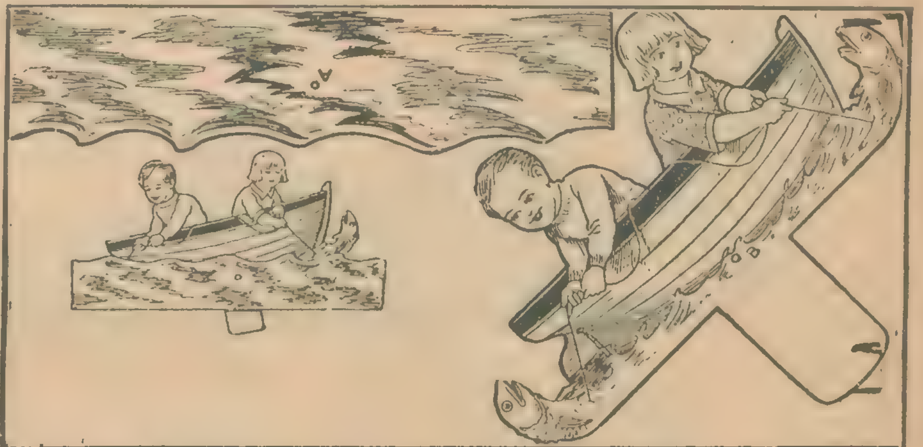
Si la tienes, la buscas;
Y si no la tienes,
Ni la buscas ni la quieres.
—La pulga.

En el agua se cría,
En la calle se vende
Y en el campo se prende.
—La sanguijuela.

Siempre quietas
Siempre inquietas
Durmiendo de día
De noche despiertas.
—Las estrellas.

Soy muy chica y muy ligera
Y, a pesar de esto, es muy cierto
Que no puede ningún vivo
Tenerme un ratito en peso.
—La brasa.

La pesca



Dar color al grabado y luego pegarlo sobre cartulina y recortarlo con cuidado. Poner la pieza del mar sobre el bote, de manera que (A) coincida con (B). Fijar un broche. Al mover la palanca, vense a los pescadores en pleno trabajo.

Er mi casa hay un pozo
Con una soga,
Que tendida no alcanza,
Doblada sobra.
—La boca y el brazo.

Uno larguito
Dos más bajitos
Uno chico y flaco
Y otro gordonazo.
—Los dedos de la mano.

He bebido agua
Que ni del cielo llovida
Ni de la tierra nacida.
—El sudor.

Cuatro andantes
Cuatro mamantes
Un quitamoscas
Dos apuntantes.
—La vaca.

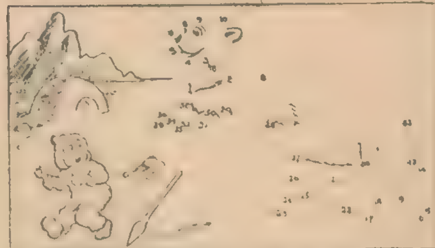
Vestido de fraile vengo
De ver al padre prior
Traigo los hábitos, blancos
Y amarillo el corazón.
—El huevo.



EN EL BOSQUE

Lita y Mario pasan la mañana buscando flores en el campo, durante sus vacaciones. Pero un día se internaron en el bosque y se perdieron. Oyeron un grito que les aterrizó, pero pronto encontraron al indio Pájaro Azul que les enseñó su camino. Busquen mis nietecitos al indio, trazando con un lápiz su figura en el laberinto. También verán a un jabalí, que es el que atemorizó a los chicos.

BUEN SUSTO



El pequeño esquimal ha sido sorprendido en un paseo por alguien que le causa espanto. ¿Quién puede ser?

Una línea de unión entre los números, por su orden, nos aclarará el misterio.

Los niños célebres

(Continuación de la pág. 58)

Esteban Pascal criticó la política financiera del cardenal Richelieu. El primer ministro no permitía a nadie la censura de sus actos, y decretó la prisión de Pascal. Jorgelina obtuvo gracia del poderoso prelado, enviándole una súplica en verso y representando la comedia por ella compuesta ante el severo juez.

Pero los dones de esta niña por meritorios que sean, resultan pálidos ante el valor de su hermano Blas. Sumergido en eterna meditación, quiso hallar la razón de todas las cosas. Conocido es su invento de la Geometría. Agotado por el trabajo intelectual dejó de existir a treinta y nueve años, dejando sus célebres "Pensamientos", donde aplica en el conocimiento del hombre toda la sagacidad puesta al servicio en su obra científica.

Casi todos los precoces genios enumerados tuvieron la suerte de poseer padres cuya elevada posición favoreció las naturales tendencias.

Más admirables resultan aquellos cuyo medio les fué hostil y lograron abrirse camino para descollar, siguiendo una vocación.

Tal acontece a Jacobo Amyot, hijo de humildes merceros de Melun. Obsesionado por la idea fija de aprender a leer, el chico pasaba muchas horas ante el escaparate de una librería, contemplando los libros. Como se negaron a enviarle a la escuela, resolvió dirigirse a pie hasta París, sin un centavo en el bolsillo. Exhausto de hambre, fué recogido en Orleans. Una vez repuesto, prosiguió su camino y se coloca en el colegio del cardenal Lemoine, como sirviente. Su gentileza, su firme voluntad de aprender, conmovieron a los profesores, quienes le permitieron asistir a las clases. A fuerza de perseverancia, el hijo del modesto mercero, supo filosofía, matemáticas, lenguas y se convirtió en uno de los eruditos más eminentes del siglo XVI, tan fecundo en humanistas.

Obscuro fabricante de velas era el padre de Franklin. El niño se instruyó por sí solo, en tanto desempeñaba los trabajos de su ocupación en casa de un cuchillero, primero, y en una imprenta, luego. Imponíase deberes y lecciones, rehaciendo un ejercicio diez veces, si no le parecía aceptable. Recogió el fruto de su esfuerzo a veintiséis años, con el prodigioso éxito de su obra "La ciencia del buen hombre Ricardo", compendio de su sabiduría y su ingenio.

Los estudios sobre electricidad le condujeron al descubrimiento del pararrayos, y cuando Estados Unidos proclamó su independencia, en 1776, envió a Benjamín Franklin a París, a fin de obtener la intervención francesa para salvar a su patria.

¡Cuántos niños admirables han asombrado a la humanidad!

Turena burlaba la vigilancia de su preceptor: iba a dormirse sobre la nieve, para habituarse a la intemperie, y provocaba en duelo a un oficial que dudó en su presencia de las conquistas de Alejandro. Contaba diez años escasamente.

Un Bayardo brilló en torneos a los once años, y el heroísmo de José Bara y de Agrícola Viala está inscripto en todas las memorias.

Inmortalizados en un verso de la "Canción de partida", estos dos héroes populares hallaron a trece años gloria imperecedera.

Las siete maravillas del mundo

(Continuación de la pág. 8)

puerta en la muralla y dos horas de marcha por un barrio muy populoso. Al fin, encontramos descanso en un caravanserrallo, donde algunos esclavos entienden el griego. ¡Gracias a los dioses!

Todo es aquí monstruoso, abrumador. Las murallas que hace tiempo he perdido de vista, una ciudad de tierras ilimitadas, el río encajonado entre muros fortificados; los palacios hechos para ser habitados por titanes, las altas paredes cubiertas de porcelana, donde sobre fondo azul obscuro se destacan monstruos blancos y amarillos; el tiempo de Zeus-Belo y los *zigurats* o pirámides escalonadas, restos de aquellos refugios que los descendientes de Deucalión y de Pyrrha hicieron para salvarse en caso de un nuevo diluvio terrestre.

Una de estas pirámides, cuyas gradas en otro tiempo rellenas de tierra contenían frondosos árboles, eran los famosos jardines colgantes. En Grecia me dijeron que eran obra de Semíramis; es un error: fueron construídos por el rey Nabucodonosor, para complacer a su esposa, princesa meda que se moría de tristeza ante las áridas llanuras babilónicas y que deseaba siquiera ver un remedo de las montañas de su patria.

Largas conversaciones que por mediación de mi guía tuve con los sacerdotes de Babilonia, diéronme la solución de un misterio que venía atormentando mi espíritu desde algún tiempo. ¿Por qué han de ser *siete* las maravillas del mundo, *siete* los planetas, *siete* los días de la semana y *siete* los sabios de Grecia? ¿A qué se debe ese hermoso equilibrio de proporciones que me había encantado en el mausoleo y aquí se revelaba en todos los monumentos? Los sacerdotes me explicaron que el número 7 era el vínculo entre los grandes sistemas numéricos, el decimal y el sexagesimal, la clave misteriosa y divina de los números y de la armonía superior del universo, la cadencia del ritmo supremo, la cifra del cielo revelada a los hombres, puesto que el Dios de los hombres construyó el mundo en seis días y descansó el séptimo.

El viaje de regreso fué tan penoso como el de Sardes a Babilonia. Por recomendación de mis amigos me incorporé a una caravana que iba a Tiro. De esta ciudad me dirigí a Pelusa, y de aquí a Heliópolis; pasé el Nilo y llegué a Menfis.

Aquí encontré una civilización análoga a la de Caldea. El granito reemplaza a la tierra y al ladrillo. Las pirámides se parecen a las *zigurats*, pero son mucho mayores. Pienso que los egipcios, lo mismo que los caldeos, han buscado en esta forma la estabilidad suprema. Algunos intérpretes me divertían con sus narraciones más o menos fantásticas. Conocían el número exacto de las piedras que entraban en cada pirámide, sabían el número exacto de los obreros empleados en su construcción, el número de años invertidos en ella y los días y las horas que habían trabajado, así como la cifra exacta de su costo y la cantidad de ajos, cebollas y perejil que se invirtieron en la comida de los obreros y esclavos. Agregaban que Cheops, uno de los reyes enterrados en esos monumentos, había arruinado al Egipto para construir esa pirámide.

No me detuve mucho tiempo en Menfis. Las suaves armonías de un idioma que formaba contraste con las aspiraciones guturales de los caldeos me acariciaban dulcemente los oídos, y la brisa del norte me traía efluvios de la Hélade, porque salvo los templos consagrados al culto egipcio, todas las demás construcciones de Alejandría responden al gusto y al estilo griego. La mayoría de la población es también griega.

El faro que con su humo por el día y con su llama por las noches sirve de guía a los innumerables bajeles que visitan su puerto, es la manifestación suprema y el emblema tangible de la unión de ambos pueblos.

Construído de mármol blanco, levantá al cielo la torre en forma de prisma octogonal, sosteniendo un brasero donde arde una hoguera inextinguible, tan brillante como la luz de los astros.

La rampa helicoidal que lo rodea permite el acceso a la cima a los guardianes del faro y a los asnos blancos que acarrean la madera para el brasero. Este prisma octogonal descansa sobre un piso cúbico, que a su vez tiene un zócalo cuadrangular ocupado por los alojamientos, caballerizas y depósitos de leña, donde durante años en-

teros permanece secándose el combustible.

Ptolomeo Soter tuvo la idea de construir el faro, y Ptolomeo Filadelfo lo inauguró. Sostrado de Gnido fué el autor del proyecto. Formado en las escuelas donde se profesaban las artes y las ciencias de Grecia y Caldea, púsola a contribución para levantar ese templo que el hombre dedicaba al genio, y que los dioses clementes bendijeron, permitiendo que se llevase a término.

Iba a salir un barco para el Pireo. Subí en él y cerré el periplo de mi viaje. Atenas, ciudad querida de Palas Atenea, ¿por qué me alejé de tus muros?

¿Es más bello el altis que el Acrópolis? No lo creo. Y, sin embargo, cuando me vi ante el templo de Zeus, que guardaba la Victoria de Poeonios, y que se destacaba sobre el Philippeion, el altar elíptico de Júpiter y el Metroom, sentí doblarse mis rodillas y caí prosternado en el suelo.

En la derecha el supremo dios tiene una estatua de la Victoria en señal de que su voluntad siempre triunfa. Su izquierda apóyase en el cetro, indicio del imperio que ejerce sobre el universo. Dentro de la espaciosa frente reside la poderosa inteligencia del creador y ordenador del mundo; y en los tranquilos ojos revélanse pensamientos sublimes. La augusta majestad y la bondad paternal que Fidias supo infundir a su obra, parecen aumentar algo a lo sagrado de la religión pública, y de toda la figura emana tal majestad, que cuanto más se la contempla, más parece aproximarse a la grandeza de Zeus.

Morir sin haber rendido devoto homenaje al Olímpico, es una inmensa desgracia. De ella me han preservado los dioses. ¡Benditos sean!

DE esa manera, viendo reflejadas en un hombre de la antigüedad clásica la impresión de las famosas siete maravillas del mundo, se podrá tener una idea más apropiada de ellas que con una exposición árida de datos minuciosos, dimensiones, etc., la cual no dejaría en el espíritu, en comparación con las grandes obras modernas, sino una impresión de grandeza relativa, no expresando ni bien ni mal lo que ha constituído su mérito evidentemente extraordinario.

Dante y los argentinos

(Continuación de la pág. 23)

te juzgo, te interrogo. ¿Qué recogió de ti la juventud? Supiste acaso sufrir? Supiste enseñar que la gratitud es un consuelo si no una recompensa?

— Mi obra literaria...

— ¿Te sobrevive, por ventura? ¿Dónde está tu acción benefactora para el entendimiento colectivo? ¿Qué problema ayudaste a conjurar? ¿Te entremezclaste al pueblo? ¿Viviste alguna vez su angustia? ¿Uniste tu sacrificio al de los otros?

— No.

— Pero adivino que pasada la tempestad, aquietadas las olas, ¿no titubeabas en fallar desde tu mesa de escritor acerca de los abnegados y de los luchadores, tan ajenos de tu parte a sus martirios como lo acababas de estar a la borrasca?

— Es verdad.

— ¿Y así, con la galana prosa, encubridora artística de la injusticia, acercado siempre a las arcas del Erario, te erigiste en juez — inapelable e inexorable — del dolor, de la desesperación y del patriotismo ajeno?

—Todo ello es cierto.

— ¡Ah! Me es penoso hacerte saber, pobre anciano, que sobre tu nombre, ya borrado, sólo flota este epitafio: "Literato e Ingrato".

PEDRO de Angelis iba sin duda a responderme, pero la onda de un viento frío, como si se hubiera abierto de pronto un obscuro ventanal de piedra, separó en ese instante bruscamente esta sombra de mi vista, dejándome la impresión de una nube de vanidad, incorporándose y disolviéndose en la nada...



Es necesario matar las moscas

En la remota edad de piedra, cuando en el mundo aun no alboreaba la civilización, el hombre se veía obligado a batallar constantemente contra las fieras. Aquellos tiempos pasaron, pero la lucha por la existencia continúa, aunque bajo otro aspecto. No nos referimos, no, a las luchas entre hombres y hombres, sino a otras mucho más mortíferas: a la guerra del hombre con los gérmenes patógenos, y por consiguiente con los insectos que, transmitiendo estos gérmenes, propagan rápidamente las más peligrosas enfermedades.

La idea de la propagación de las enfermedades por los insectos no es de hoy. Ya Moisés, en el Éxodo, nos enseña que la abundancia de moscas y otros bichos molestos es seguida de epidemias y de mortandad en el ganado; pero científicamente no se había estudiado el fenómeno hasta nuestros días.

De los insectos peligrosos como vehículos de gérmenes mortíferos, uno de los primeros es la mosca, propagadora impenitente del tifus y del cólera, de la disentería y la tuberculosis. Una vez más, llegada la época de los calores, recordamos a nuestros lectores que la destrucción de las moscas es uno de los principales problemas de salubridad pública, y que de nada sirven fiestas de la flor, sanatorios, etc., etc., si no se empieza por hacer a las moscas una guerra sin cuartel. Para ello, lo más importante es destruir los gérmenes, que aparecen en los estercoleros, basureros y otros sitios análogos. Debería ser obligatoria la higiene de las cuadras y establos, que supone el uso de cajones para el estiércol forrados de cinc y con cierre hermético, y el riego con cloruro de cal y kerosina; y estas precauciones deberían adoptarse en el invierno lo mismo que en el verano.

Cuando llegan los fríos mueren la mayor parte de las moscas, pero siempre quedan algunas, y cada una que sobrevive significa para el verano siguiente nada menos que ocho millones de moscas.

Todos los medios son buenos contra las moscas, y todos deben emplearse, desde el simple manotazo a los papeles y aparatos ideados por inventores más o menos ingeniosos; pero se consigue muy poco si no se impide, por medio de la limpieza y de la desinfección más escrupulosa, la reproducción de la especie.

Téngase presente que se trata de un enemigo muy listo y dotado de muy desarrollados sentidos. La vista, sobre todo, es delicadísima. Las moscas tienen cinco ojos: tres muy sencillos, encima de la cabeza, y dos a los lados, enormes, con miles de facetas. De aquí que una mosca nos vea centuplicados y en muchas direcciones a la vez, lo que le permite escapar en seguida al menor movimiento que hacemos.

Hagamos, pues, la guerra a estos insectos, mucho más peligrosos que las más temibles fieras. Recordemos, cada vez que veamos una mosca, que no sólo puede llevar en sus patitas los gérmenes de la tuberculosis, sino que dentro de su propio cuerpo pueden estarse multiplicando en aquel momento otros bacilos del mismo género que haya ingerido con su alimento, y que al dejar sobre la pared, o acaso sobre nuestras ropas, su minúsculo "recuerdo", aquella obscura motita puede estar llena de bacilos vivos que atentan contra nosotros.

Lo cual no obsta para que tantos defensores de los animales quieran convencernos de que no debemos matar las moscas porque son insectos muy útiles...



El arte culinario

La dueña de casa, provista de imaginación, encuentra innumerables recursos para la creación del menú

La buena cocina constituye un arte dentro de la vida, el más importante casi, se podría decir, de todos, puesto que es el que asegura nuestra existencia, el que nutre y fortalece nuestro organismo.

Una sabia y buena alimentación debe ser la base y la principal preocupación del ama de casa.

No basta saber redactar un menú; todo depende del talento culinario del que lo ejecuta. Un plato vulgar, bien preparado, toma proporciones de manjar exquisito.

Es por eso que la mujer tiene la obligación de estar enterada de todas las menudencias que están relacionadas con los menesteres de la cocina.

En esta época en que el calor se hace sentir con todo su rigor, se ve precisada en muchas ocasiones la dueña de casa a prescindir de la carne; entonces los huevos y verduras toman un papel importantísimo en el menú.



Hay varios procedimientos que nos indican en una forma práctica si los huevos son frescos, sometiéndolos previamente a un ligero examen.

El primero, puesto que es el más simple, es el de conocerlos por su aspecto exterior; la cáscara del huevo debe ser lisa y brillante, puesto que está cubierta por un barniz albuminoide que desaparece cuando se lava el huevo con la intención de darle mejor aspecto.

El segundo método, más complicado, pero cuyos resultados son también más positivos, es el de miraje; para efectuarlo se tapa con el huevo una abertura practicada en una caja dentro de la que se coloca una fuente luminosa cualquiera. Si se tiene la precaución de efectuar esta operación en un cuarto obscuro, se percibirá claramente en el interior del huevo y en su polo superior, es decir en su punta más ancha, una zona más clara, que es la cámara de aire; a medida que el huevo va siendo más viejo, las partes líquidas se van evaporando a través

de los poros de la cáscara y la cámara de aire se agranda ocupando el espacio libre, de modo que cuanto más grande sea la cámara de aire, más viejo es el huevo.

Visto por transparencia, es decir, en el miraje, debe verse la yema como una vaga sombra movible, sin ningún punto más obscuro dentro de ella, puesto que eso sería un indicio de un principio de incubación o de que ha comenzado a descomponerse, presentándose en este caso la yema no ya movible, sino fijada contra la cáscara.

El tercer método, el de resultados más seguros, consiste en romper el huevo.

Todas habremos tenido ocasión de observar que cuando se rompe un huevo sobre un plato la yema forma un globo que nada en medio de la clara, en la que se distinguen netamente dos porciones: una líquida, que es la clara propiamente dicha, y otra más consistente, impropiamente llamada galladura, y que es la chalaza o filamentos, cuya misión es retener a la yema en el medio del huevo. A medida que éste va envejeciendo, esta parte espesa también se licúa, y en un huevo viejo la yema nada en medio de una clara uniformemente líquida. La clara debe ser siempre translúcida y no lechosa, y la yema debe tener una superficie lisa y estirada y no presentar pliegues.

A veces, al romper el huevo, notamos que una parte de la yema se ha diluído en la clara, que presenta entonces una coloración amarillenta; este es un indicio seguro de que el huevo está descompuesto y no debe, por tanto, ser consumido.

También se acostumbra a no consumir los huevos que han sufrido un principio de incubación; pero no por eso se tiran. Las fábricas de bizcochos y de masas los aprovechan con ventaja y sin peligro para la salud de los consumidores, ya que en algunas partes, como en China, por ejemplo, esta clase de huevos son muy buscados y se les considera como un manjar exquisito.

Y ahora que podremos reconocer ya cuándo un huevo está o no fresco, vamos a pasar revista a los mejores modos de cocinarlos.

Huevos cocidos en agua. — Al ser sumergidos en agua hirviendo, los huevos adquieren distinto sabor según el tiempo que se les haga permanecer en ella, y así tenemos los huevos duros, los huevos pasados por agua y los huevos a la coque.

Huevos a la coque. — Para conseguir hacer a punto los huevos a la coque, es decir, para que la yema esté apenas tibia y líquida y la clara caliente y lechosa, hay que poner los huevos en el agua hirviendo, con precaución para que no se rajen. Según que se trate de un huevo chico, mediano o grande, habrá que dejarlo en el agua dos, dos y medio o tres minutos; por tanto, es preferible controlar el tiempo con reloj, porque si no, a lo mejor se obtienen huevos que no son ni a la coque ni pasados por agua.

Huevos caídos o poché. — Se llaman así los huevos cocidos en agua salada y avinagrada hirviendo. Se rompe un huevo, echando el contenido en una taza de te, desde la que se le deja caer en el agua hirviendo; al caer la clara queda inmediatamente coagulada. Se le deja cocer durante un minuto y medio y, mientras tanto, se puede ir preparando otro huevo en la taza de te.

Una vez cocidos se retiran los huevos del agua con una espumadera y se les coloca sobre un plato previamente calentado, regularizando, antes de servirlos, los contornos de la clara con un tenedor.

Huevos fritos. — Se hacen con el mis-



mo procedimiento que los pochés, sólo que en vez de dejarlos caer en el agua, se les echa en manteca o aceite hirviendo. Un huevo, para estar bien frito, no debe permanecer en la sartén más de treinta segundos, porque, pasado ese tiempo, la yema se endurece; pero es imprescindible que el aceite esté hirviendo antes de echar en él los huevos.

Una buena manera de servir los huevos fritos es, después de salarlos al ser sacados de la sartén, espolvorearlos con pimentón y rodearlos con salchichas fritas en el mismo aceite.

Cuando se fríen los huevos en una sartén con muy poca manteca, se obtiene lo que se llama huevos al plato; pero para que estén bien a punto es necesario que la yema quede completamente líquida y que la clara, en cambio, se haya coagulado por completo; es bastante difícil obtener este punto; todo el secreto del éxito reside en la intensidad de la llama. Lo que hace falta es colocar la sartén sobre un fuego intenso.

Los huevos al plato pueden ser servidos con espinacas o con acederas, y si reemplazamos la manteca por tocino ahumado tendremos lo que los ingleses llaman "eggs and bacon".

Huevos batidos. — Se podría fácilmente escribir un capítulo entero sobre los huevos revueltos y la "omelette". Cada cocinero tiene su secreto especial para la confección de estos exquisitos platos. Sin embargo, todos están de acuerdo en declarar que es indispensable observar las reglas generales que pasamos a exponer:

1º Los huevos deben romperse recién un minuto antes de ponerlos al fuego.

2º Deben comenzar a batirse recién cuando la manteca esté ya derretida en la sartén.

3º No hay que salarlos hasta el momento exacto de ser echados sobre la manteca hirviendo.

4º La manteca debe estar bien hirviendo, el fuego debe ser muy vivo y la sartén bastante grande.

Después de haber seguido al pie de la letra estas reglas, se echan los huevos sobre la manteca, a cuyo contacto se coagulan inmediatamente; entonces, con un tenedor, se vuelven una sola vez los bordes de la "omelette" hacia el centro, y se forma así una segunda capa de huevo coagulado. Luego de unos pocos segundos, se levanta un poco un borde de la "omelette" y se inclina hacia ese lado la sartén; el huevo que todavía esté líquido se correrá hacia el vacío así formado y se coagulará también. Se repite esta operación por los cuatro costados, y ya la "omelette" estará lista.

Se la enrolla entonces sobre sí misma, se la deja resbalar hasta un plato caliente, y se sirve.

Hay que hacer notar: para que la "omelette" esté verdaderamente a punto, el huevo que ha quedado en el interior, no debe estar cocido del todo, sino semilíquido.

En cuanto a los huevos revueltos, lo mejor es prepararlos al baño de María, porque es la única manera de conseguir una masa homogénea y sin grumos.

A cualquiera de las dos formas que hemos señalado de preparar los huevos batidos, se les puede agregar todos los complementos imaginables, a condición, como es natural, de haberlos cocido previamente. Se obtendrán así las "omelettes" o los huevos revueltos con "champignons", "petits-pois", tronquitos de alcaucil, trufas, patatas, riñoncitos, almejas, pan tostado, camarones, "foie-gras", y mil cosas más que se le puedan ocurrir a cada una.



En voz baja...

(Continuación de la pág. 7)

sus alfilerazos; de las buenas, serás cariñosa compañera; y el superior, si tiene del moscardón el fastidioso rezongo, se cansará de frecuentar a quien no da muestras de fatiga por el zumbido inútil, y si es fuente de luz, marchará en armónica colaboración con quien es suave destello.

"Niña maestra: prepárate para tus niños.

"Tú no sabes como son; cuán profundos psicólogos, cuán finos observadores; te vigilarán en tu voz, en tus gestos, en tus movimientos, en tus palabras; conocerán tu estado de ánimo de una ojeada a tu entrecejo y a tus labios; probarán tu carácter en mil formas; aguzarán su ingenio para ver hasta dónde eres buena y hasta dónde severa. Y cuando vean que eres una y única, te querrán, ¡oh mucho, mucho!, con adorable fervor; te colocarán alto, en un pedestal hecho de admiración y amor, desde donde tú lo serás *todo*.

"Cuida, niña maestra, que no te bajen de él.

"Que nunca vean ellos que eres frágil, que eres tornadiza, que te agobia el trabajo, que te vence el carácter, que te arrastra la contrariedad, que te exaspera la lentitud, que te deprime el fracaso, que te agrada el halago, que te mueve el interés, que te sorprende la duda; que ignoren que no eres la perfección maravillosa y el sumo bien que ellos soñaran.

"Y tus niños elevarán sus ojos para mirarte allá, arriba, donde el amor de ellos te entronizó y el aroma de sus cariños subirá hasta ti, dulce como canción de cuna, consolador como las estrellas, bueno como la alegría, hondo como el dolor.

"Y esos cariños juntos te harán olvidar las asperezas de la jornada, como te olvidas del barro de la charca si en ella se espeja el cielo azul.

"Niña maestra: yo sé que algún día recordarás esto que en voz baja me atrevo a decirte.

"...Y, entretanto, yo me vuelvo a la sombrita leve de la hojuela."

El orador de banquetes

(Continuación de la pág. 10)

todos que el "groom" entrega a sus dueños:

—¡Che, che, che, ése es el mío!...

No se le hace caso, mientras él se encarga de pedir perdón tras perdón a los dueños de las prendas.

Ya en el ascensor, repite dos o tres veces la misma cosa: algo sin sentido, hueco, propiamente de borracho... Asegura que se siente mal. Se quita el sombrero, entregándolo de mala manera a uno de sus acompañantes. Al llegar a la planta baja, al parecer sereno, le dice por lo bajo al que retiene su sombrero:

—¡Que me lleven a casa, por favor!... No puedo más...

Unos, comentan que es un flojo; otros, aseguran que "ha bebido como un bárbaro"; observa un tercero, que debe estar muy débil para que lo voltee tan fácilmente un par de copas.

Llegan a su casa. El orador ha dormitado en el automóvil. Lo bajan con cuidado. Entran en el ascensor y, al llegar a la puerta del departamento, el orador ruega que se haga silencio:

—Che, no quiero enterar a la vieja de estas... —agrega luego.—¡Déjenme solo con Alberto!...

Entran con pies de plomo en la residencia del orador. Atraviesan el "hall". Guía el dueño de casa, que, en el apurado trance, parece despertar de su borrachera.

El beodo da inmediatamente con la perilla de la luz. Ayúdale su amigo a desnudarse, y, abandonándolo tendido en su lecho, se aleja evitando los ruidos... Cuando los amigos comentan el caso en la puerta de calle, el orador se pone de pie, anda hacia el espejo del ropero y, frente a él, pásase ambas manos por la cara, restregándose los ojos, y dice en voz alta, creyendo que está solo:

—¡Qué infeliz que soy! ¡Dios mío, lo que he hecho! ¡Quién me habrá metido en semejante lío!... ¡Qué vergüenza!...

Una de las hermanas del orador, alarmada por los ruidos, camina hasta la habitación de éste; junta su oído a la rendija de la puerta y luego espía. Ve, sorprendida, a su hermano frente al espejo, y se apena de hallarle en aquel lamentable estado.

A la mañana siguiente, toda la familia descubre en su rostro las huellas del alcohol. Una nueva alegría le brota en el pecho; y, con cara de borracho mal dormido, sale a la calle a fin de justificar ante sus amigos la estúpida peroración.

Con Roberto Bracco

(Continuación de la pág. 6)

nal, que en Italia no hay comunistas y que los pocos que así se intitulan carecen de toda significación e influencia sobre las masas. Y, entonces, ¿dónde está la razón de ser del fascismo?

—¿Es, pues, verdad que el comunismo tiene escasa importancia en Italia?

—Yo creo que tiene escasa importancia. Mire usted: en la guerra, los que lucharon y se sacrificaron fueron los campesinos. Fueron la carne de cañón. Los hombres de la ciudad siempre encuentran manera de ocupar las plazas de menor riesgo. Por lo menos, hay razones para que se los retenga en los servicios de retaguardia: son instruídos, hacen falta para fabricar material bélico, y... y después son los que pueden difundir ideas antiguerreras en las trincheras. A las primeras filas fueron, pues, los campesinos. Y fueron a ellas con la promesa de que, terminada la guerra, se les mejoraría la situación mediante una conveniente legislación agraria, etc., etc. Terminó la guerra, y las promesas no fueron cumplidas. Parte de Italia es hoy tan feudal como antes del 14. ¿Qué hicieron entonces los campesinos? Entregarse a las solicitaciones del movimiento obrero y esperar, como lo mejor, el anunciado movimiento de reivindicación social. No eran comunistas, como ve; eran seres desesperados, con una situación peor que antes de la guerra. Eran hombres que protestaban. Contra esos hombres, apoyado en el dinero de los privilegiados, se levantó el fascismo. Eso fué todo.

—¿No hubo, pues, comunismo?

—No lo hubo, pero lo habrá. Y el culpable de que lo haya será el propio fascismo. Porque tanto extrema sus actos de violencia que, necesariamente, como ha sucedido siempre en la historia, concluirá por suscitar la violencia de contragolpe. Esa será su obra. Mucho me lo temo. Los pueblos no toleran mucho las tiranías.

—¿Y qué remedio?

—Que el rey quite su confianza a ese gabinete.

—El rey confirma su confianza.

—Entonces, el rey está a la cabeza de la revolución.

—Inconcebible.

—Si es que no prefiere estar... prisionero de la revolución.

En esto Bracco se detiene.

—Observo —dice— que, contra mi voluntad, estoy hablando de lo que no quiero hablar. Espero que usted no repetirá nada de esto.

—Sea así.

Desde este momeno la conversación recae sobre asuntos de índole diversa. Bracco nos habla con la familiaridad de un viejo amigo. Sí, somos ya viejos amigos. Nos muestra sus últimas cuartillas de "Smorfie tristi", la obra que tiene en preparación; nos relata episodios de su vida íntima; nos habla de sus proyectos de labor.

Nicolás Antonio, que, ya concluída su tarea, se dedica a revolver las cosas de la estancia, le formula una pregunta respecto de un antiguo retrato que pende de un muro.

—Es Miguel Tenor, mi padre —responde Bracco con toda naturalidad.

—¿Su padre?

—Miguel Tenor, profesor y senador, fué librepensador en la época de mayor auge católico de Nápoles. Se unió libremente con mi madre—una Bracco—y nunca quiso casarse para ser fiel a sus ideas. Mi madre fué una santa mujer. Nunca Nápoles conoció y respetó tanto una unión más feliz y más noble que la de mis padres. Trato de ser digno de esa tradición.

Era la una cuando nos despedimos de Bracco. ¡Cerca de tres horas de conversación! Nos confundimos con la abigarrada y vocinglera muchedumbre que llena las callejas. Un espectáculo múltiple solicita a cada paso nuestra atención. Pero hay una visión que no consigo apartar de mis ojos, y esa visión es la del alto representante del espíritu italiano que hoy nos ha recibido empuñando un grueso garrote. ¡Signo de los tiempos!

Nápoles, 1926.

DESDE CUÁNDO SE USA EL ASFALTO

En el lenguaje corriente se designa con el nombre de asfalto a todas las substancias bituminosas, ya sea que se empleen para la pavimentación de calles o para construcciones de diversas especies. El uso del asfalto se ha podido comprobar hasta en la más remota antigüedad, y ya en la Biblia se lee que Noé empleó esta substancia en vez del cemento para construir su arca. Los egipcios también lo usaron, lo mismo como los asirios y los babilonios. Finalmente, los romanos también conocieron esta substancia, y en las ruinas de Pompeya se han hallado calles completamente pavimentadas con asfalto. En los tiempos modernos, parece que sólo en 1712 se volvió a usar el asfalto, pero en cuanto a las grandes industrias de productos bituminosos, hoy tan florecientes en algunos países, sólo comienza en Europa en 1830.

La paja en el ojo ajeno...

Por PESCATORE DI PERLE



E aquí que a pesar de nuestra absoluta serenidad filosófica, a pesar de la ecuanimidad glacial, escéptica y didascálica que distingue a esta docta página, no podemos substraernos a la presión del entusiasmo popular. Y hemos de hablar de Franco, del corajudo Franco, del recontracorajudo Franco. Perdonad, ¡oh dioses inmortales!, lo poco ático del léxico. Pero el entusiasmo nos saca de quicio. *C'est un oiseau qui vient d'Espagne...* ¡Qué le vachaché!

Tenemos perfecta conciencia de que estamos desvariando. Pero es que la exaltación producida por el formidable vuelo nos ha hecho disparatar a todos con la mejor de las intenciones. Jamás en ocasión alguna ha ofrecido el periodismo al inquieto público mayor suma de dislates. ¡Cómo hemos desbarrado, ilustre comandante! ¡Sólo usted ha conservado la necesaria serenidad en este deschavetado fandango de informaciones locas, abultadas, equivocadas y repetidas hasta el cansancio!

Empecemos por *La Prensa*, que el día 23, al siguiente de iniciarse el raid, nos ofreció a tres columnas el detalladísimo plano de Las Palmas con esta circunstanciada leyenda:

> *Croquis del puerto de Las Palmas, primera etapa del vuelo entre España y la República Argentina, que realiza el comandante Franco. En este plano está indicado, de acuerdo con la información telegráfica, con una letra* **A** *el punto en que fué recibido al "acuatizar" el "Plus Ultra" por una falúa con el práctico que lo condujo hasta el interior del puerto.* **B**, *la entrada al puerto, desde la que se habían formado en dos filas diferentes embarciones hasta el fondeadero, y que rindieron honores al aviador y sus compañeros de viaje, y* **C**, *el punto que ha servido a Franco de fondeadero frente al Real Club Náutico.*

Contemplamos el plano y vemos en seguida que representa, efectivamente, el puerto de Palma de Mallorca, que se parece al de Las Palmas tanto como un huevo quimbo a una locomotora. Para el caso, lo mismo hubiera dado el plano de Constantinopla o el de San Nicolás de los Arroyos.

En el mismo número de *La Prensa*, léese este telegrama enviado por la United desde Las Palmas:

> *LOS MUELLES Y AZOTEAS LLENOS DE PÚBLICO*
>
> *En estos momentos empiezan a llenarse los muelles y azoteas de la población de un enorme gentío. La ciudad ofrece un aspecto de animación extraordinaria. Centenares de automóviles ocupan las grandes explanadas del parque de Santa Catalina.*
>
> *Vapores y embarcaciones de todas clases están fondeados en la bahía del puerto con las banderas* **arriadas** *y empavesados.*

Naturalmente, el colega ha querido decir todo lo contrario. No que las banderas estuvieran *arriadas*, sino *izadas*.

El mismo periódico, en su edición del día 24:

> *ERECCIÓN DE UNA COLUMNA ALEGÓRICA*
>
> *Para el caso de que la empresa de los pilotos españoles obtenga buen éxito, la comisión de agasajos, con sede en la calle San Martín, 345, patrocinará la erección de una columna alegórica* **en el lugar en que se realice el descenso** *del "Plus Ultra", como perpetuación de la proeza del comandante Franco y sus acompañantes.*

Va a ser un tanto difícil la erección de la columna. Porque, como el "Plus Ultra" es un hidroavión, tiene la costumbre un tanto húmeda de acuatizar, es decir, descender sobre el agua. La comisión de agasajos ha ido un poco lejos en sus alegorías...

La Nación, del 22, bajo el título *Franco visitará en San Vicente sitios históricos*:

> *(Especial de "La Nación")*
>
> *LAS PALMAS, 21. — Aunque la ciudad de* **San Vicente** *se halla contristada por la dolorosa tragedia de los enormes daños causados por los temporales, se prepara a tributar un entusiasta recibimiento a los aviadores, suspendiéndose tan sólo los festejos públicos.*
>
> *Las autoridades recibirán a los aviadores en* **Santa Catalina**. *El hidroavión fondeará en el puerto interior, en el lugar donde se supone que estuvieron las carabelas de Colón y la nao Victoria, que regresó, al mando de Sebastián El Cano, de su viaje alrededor del mundo. Varias corporaciones obsequiarán a los aviadores con un banquete.*
>
> *Antes de reanudar el vuelo los expedicionarios visitarán el histórico templo de San Antón, donde oró Cristóbal Colón antes de emprender su viaje, y recibirán la bendición del obispo de las Canarias.*

Por cierto que ni Franco pensó jamás en visitar a San Vicente, ni San Vicente está en las Canarias, ni el templo de San Antón se encuentra en San Vicente... El distinguido colega ha hecho una pintoresca ensalada geográfica confundiendo a Cabo Verde con las islas Canarias.

La Razón, del 22 de enero, al final de un suelto titulado *Desde el Plata a los Andes...*:

> *La ciudad toda, el país entero con el estuario de Garay y la cordillera de San Martín, vestirán de gala y de entusiasmo para recibir al simpático e intrépido aviador que ha salido esta mañana de Palos. ¿Quién no se sabe de memoria las etapas del vuelo? En 8 horas a Las Palmas, en otras 8 a Puerto Praia, en 18 a Pernambuco, en 11 a Río de Janeiro, y en 14 a Buenos Aires. Franco llegará, el Cielo ha de querer que así sea, como llegaron en otrora Colón y Cervantes!...*

¿Colón y Cervantes llegaron a Buenos Aires? ¿Y llegaron en otrora? Debió ser en otrora y como inmigrantes clandestinos, pues las más altas autoridades de la nación no tenemos noticias de semejantes visitas. ¡Valiente papelón el nuestro! ¡Han estado aquí el famoso descubridor del Paseo Colón y el célebre inventor del Teatro Cervantes, y no nos hemos enterado!

En *La Razón*, del mismo día, un establecimiento comercial publica en gran tamaño el mapa de España. Y da en muy legibles letras el nombre de esta provincia:

> **Saragossa**

Y todos sabemos que Zaragoza no se escribe con dos eses: se escribe con tres.

——— :: ———

EL diario montevideano *La Defensa* da, en su número del 21 de enero, la siguiente respuesta a un lector:

> *A escritor. — Emitir en pocas líneas — como tendríamos que hacerlo desde esta sección, dada la tiranía de la falta de espacio — nuestra opinión sobre la evolución del teatro español, es imposible. Sin embargo, si usted desea charlar con nosotros al respecto, a sus órdenes estaremos en esta redacción, mañana después de las 6 de la tarde.*

Ignoro lo que charlarán en la redacción del colega después de las 6 de la tarde. De modo que para enterarme de los conocimientos de *La Defensa* sobre el teatro español, leo en la edición del siguiente día:

> *LA OLONA EN BUENOS AIRES*
>
> *Para anoche tenía anunciado su debuto en el Pueyrredón de Flores la compañía española de dramas y comedias de la destacada actriz Concepción Olona, y en cuyo teatro dará cuatro funciones.*
>
> *La obra elegida para la presentación es "Cancionera" de los hermanos Álvarez Quintero; para hoy se anuncia* **"La otra honra"**, *de los mismos autores; el sábado irá* **"La Malquerida"**, *de los mismos.*

Por lo visto, los hermanos Álvarez Quintero se lo han escrito todo ellos solitos. Y a Benavente no le han dejado ni siquiera *La otra honra* de ser el autor de *La Malquerida*.

——— :: ———

CIERTO caballero que firma *Un viejo que pasó los cincuenta* me envía las siguientes líneas:

"Signore Pescatore di Perle:

"En el número correspondiente al 22 de enero último, he leído con mucho interés el artículo que publica el señor Montagne, sobre "La orilla porteña del majestuoso Plata". Lo encuentro muy bien, menos lo "del casco viejo que asoma y que tiene su historia", según dice el señor Babuglia, era el "Saturno".

"Aquí me permitirá una pequeña rectificación el señor Babuglia y el señor Montagne.

"Mal puede verse desde el balneario, ni de la avenida costanera el casco del viejo "Saturno".

"El que se divisa de dicho lugar es un casco de un vapor incendiado, y si la memoria no me flaquea, creo que fué el "Vigilante".

"El viejo "Saturno" naufragó un poquito más al norte de los depósitos de las aguas corrientes (Recoleta). Creo que con grandes bajantes aun puede verse su osamenta. Y fué debido su naufragio no al temporal, sino a una gran niebla, que no se distinguían los individuos de popa a proa ni de babor a estribor."

Montagne, nuestro gran Montagne (a quien se ruega no confundir con el otro de la vereda de enfrente) tiene la palabra.

Los fotógrafos y las fotografías de "EL HOGAR"

No hay enlace, banquete, dancing, ni acontecimiento social de los muchos que se celebran en esta capital, en el que — fatalmente — no se presente algún titulado fotógrafo de EL HOGAR. Éste suele proponer al obsequiado, al organizador de la fiesta o al que supone más interesado, la compra de una docena de las fotografías que va a tomar. En esta proposición, naturalmente, va implícita la seguridad de que EL HOGAR reproducirá en sus páginas un grabado del acontecimiento. Y mediante tal condición, el precio — siempre elevado — no se regatea. El cliente paga y espera. Al cabo de unas semanas se presenta en son de queja a nuestra redacción, donde tiene la desagradable sorpresa de convencerse que ha sido víctima de una vulgar estafa.

A fin de evitar en lo posible la repetición de este abuso, advertimos a nuestros lectores que los fotógrafos de EL HOGAR llevan CARNETS que los acreditan como tales, y cualquiera tiene derecho a exigirles su presentación.

Por otra parte — y esto es lo más importante — EL HOGAR NO COBRA ABSOLUTAMENTE NADA por la publicación de cualquier género de fotografías, ni autoriza a nadie para vender reproducciones ni hacer arreglo alguno por el estilo. En todos los casos la selección y publicación de las fotografías quedan libradas exclusivamente al criterio de la Dirección.

Quien pida dinero o trate de vender fotografías en nuestro nombre, no es fotógrafo de EL HOGAR: es, simplemente, un estafador.

EL HOGAR no exige un solo centavo por la publicación de fotografías o retratos, ya sean para las páginas de actualidades sociales o las tituladas "Nuestro gran mundo", "Las actrices bonitas", y todas las demás.

Semanalmente se premiará con una libra esterlina al que remita la mejor "perla" a juicio de nuestro "Pescatore". No se admiten "perlas" anónimas, es decir, sin documentación. Todo envío debe acompañarse con el recorte del diario, revista o libro donde se hizo el hallazgo, "e si non, non". Esta semana corresponde la áurea moneda a José S. Rodés, de Montevideo.

CANAS

Un experimento interesante

Échese sobre un pañuelo limpio unas gotas de cualquier tintura química. Échese, al lado, unas gotas de AGUA DE COLONIA HIGIÉNICA

"La Carmela"



y déjese secar. Pronto observará que la tintura ha dejado en el pañuelo una mancha indeleble: negra o marrón, más o menos obscura, mientras que el Agua de Colonia "LA CARMELA" no ha dejado absolutamente ningún rastro.

¿Cuánto vale este solo detalle? Después de conocerlo y comprobarlo ¿preferirá Vd. seguir manchando químicamente su cabeza, su rostro y sus ropas, cuando puede lograr que sus canas recobren el color natural exacto, usando un producto limpio, higiénico y agradable como es el Agua de Colonia "LA CARMELA"? No vacile: si tiene alguna duda, consúltenos.

"LA CARMELA" está en venta en todas las tiendas, farmacias y perfumerías del país. Precio del frasco: $ 8.—. Interior: $ 8.50

Desconfíe de los frascos que le ofrezcan a menos de $ 8.—

Rechace las imitaciones, siempre peligrosas. Exija "LA CARMELA" legítima, que se distingue por la estampilla fiscal de $ 1.— con nuestro nombre impreso y pegado como se ve en el siguiente grabado.

J. L. CONDE y Cía.

Carlos Pellegrini 435 Buenos Aires

En el Uruguay: Ejido, 1422, MONTEVIDEO. En el Paraguay: G. Llorente, General Díaz, 402, ASUNCION. En Bolivia: C. Ardiles Arce, SUCRE. En Chile: C. Villalón de A., Las Heras, Nº 320. VALPARAISO.

Regalo de Propaganda

DE $ 5.- A $ 2.-

Con el fin de que no haya un solo hogar argentino donde falten las Carteras "MARTI"

OFRECEMOS POR SOLO $ 2.-

hasta el 10 de Marzo únicamente, las Carteras "Marti" para ropa exterior de señoras, cuyo precio corriente es de $ 5.—.

Contiene:

140 FIGURINES

de vestidos, blusas, chaquetas, trajes "tailleur", etc., etc., con sus

140 PATRONES

correspondientes, trazados a tamaño natural y graduados para todos los talles, desde el 42 hasta el 60.

Para niñas o varones, de 2 a 12 años, cada cartera............ $ 1.-

Cartera con 150 dibujos de bordados para vestidos y otros usos .... $ 1.50

IMPORTANTE: Sólo entregaremos pedidos de una cartera por cada persona. Es indispensable enviar recortado este aviso al hacer el pedido.

J. L. CONDE y Cía.

CARLOS PELLEGRINI, 435 Buenos Aires



Ningún hombre es viejo hasta que sus articulaciones se lo dicen

El ejemplo del hombre de 72 años que ha ganado recientemente un "cross-country" de 7 kilómetros en París, es la demostración más clara de que los años no pesan sobre el organismo cuando se mantiene el perfecto funcionamiento de las articulaciones y músculos.

Se imputan erróneamente a la edad los achaques seniles cuando ellos son consecuencia de la imprevisión y del abandono. La Gota y el Reumatismo, por ejemplo, no son más que simples intoxicaciones producidas por el exceso de Acido Urico. Y este exceso puede sobrevenir en cualquier tiempo y edad, ya sea uno joven o anciano.

Prevéngase, pues, tomando tabletas Schering de Atophan al primer amago de dolores articulares o de los huesos. Este poderoso medicamento — uno de los más grandes triunfos de la ciencia — solubiliza y elimina infaliblemente el exceso de ácido úrico, aliviando tan terribles padecimientos.

Consulte a su médico

Insista en el envase original Schering, tubos con 20 tabletas de ½ gr.

Tabletas Schering de

ATOPHAN



PRECIO EN LA CAPITAL: 20 centavos

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.

PRECIOS: En el Interior: 30 centavos
En el Uruguay: 10 centésimos